

LA VIGENCIA DEL DON DE LENGUAS PARA HOY.

Pr. Joaquín Yeбра.



Abraham van Linge, "Apostles on Pentecost day"
1635. Queen's College chapel, Oxford



COMUNIDAD CRISTIANA EBEN-EZER DE LA VILLA DE VALLECAS
Calle Sierra Tortejada núm. 2, Vallecas-Villa, 28031-Madrid.

INDICE:

I - Introducción:	- 2 -
II - Definición de la Glosolalia:	- 7 -
III - El testimonio neotestamentario:	- 29 -
IV - Análisis exegético de los textos neotestamentarios.	- 36 -
V - La distinción entre las lenguas para edificación espiritual personal y el don profético de diversos géneros de lenguas para edificación de la iglesia local.	- 64 -
VI - Textos problemáticos.	- 80 -
VII - La vigencia de las lenguas para todo el período de la Iglesia. ...	- 84 -
VIII - La doctrina de bautismos.	- 93 -
IX - Conclusión:	- 97 -
X - Bibliografía.	- 114 -

Prólogo al escrito de Joaquín Yebra

Joaquín Yebra fue mi pastor. Él fue invitado a pastorear por el año 1977 una de las iglesias pentecostales más antiguas y de más prestigio de España, la iglesia Casa de Dios en la calle Fernando Díaz de Mendoza 3 y calle Tortosa 3 de Madrid. Esta congregación fue fundada en 1927 y contó con el primer pastor pentecostal español: Don Antonio Rodríguez Ben. Joaquín Yebra, paralelamente a su nuevo pastorado, inició una obra pionera bautista, y no deja de ser anecdótico y quizá para algunos controvertido, que pudiera dirigir al mismo tiempo la iglesia pentecostal más antigua de Madrid y la nueva congregación bautista; pero Dios a veces nos sorprende.

Durante los dos años de pastorado en la Iglesia Pentecostal, pudimos disfrutar de su dinámica y profunda predicación, y de una erudita enseñanza expositiva de las Escrituras. Ese fue un tiempo de numerosas conversiones en el que se despertó un profundo anhelo en muchos de nosotros por conocer más a fondo la Palabra de Dios. Además, gracias a su influencia espiritual, varios jóvenes fuimos llamados al ministerio y con el paso del tiempo hemos llegado a ser pastores y ancianos en distintas congregaciones evangélicas en España y fuera de ella.

Joaquín Yebra hoy nos presenta a través de su pluma experta, un estudio serio, documentado y sobre todo bíblico, para hacernos reflexionar sobre el fenómeno de la glosolalia, experiencia edificante y transformadora para millones de creyentes en todo lugar, y denominador común del movimiento pentecostal y carismático, que en diversas denominaciones está produciendo el mayor crecimiento mundial dentro del ámbito evangélico. De todos es conocido, que en la actualidad la mayoría de las iglesias más grandes del mundo, se encuadran en esta línea teológica y vivencial.

Meditando en todo esto, comprendo con más claridad el por qué en cada una de las cinco veces en que aparece la Gran Comisión en el Nuevo Testamento, se revela la promesa de poder sobrenatural para llevarla a cabo.

Sin embargo, todavía hay muchos buenos hermanos que miran con recelo la manifestación bíblica denominada Bautismo en el Espíritu Santo, y la señal física inicial de hablar en lenguas desconocidas a través del Espíritu, así como el uso, en este tiempo, de diversos dones sobrenaturales para la edificación de la Iglesia. Por todo ello, quiero recomendar enfáticamente la lectura sin prejuicios del interesante estudio que el pastor bautista Joaquín Yebra nos presenta. En él nos guía por la historia antigua y reciente, la teología, y sobre todo las Escrituras, en el conocimiento de la bendita persona del Espíritu Santo y sus manifestaciones sobrenaturales que sin duda reflejan un hecho incuestionable: "Jesucristo es el mismo, ayer, hoy, y por los siglos".

Mi oración es que no sólo a través de esta lectura sino de la experiencia personal, muchos más podamos disfrutar de la promesa divina de ser llenos con el bendito Espíritu Santo por la pura gracia de nuestro Señor.

Ángel Luis Álvarez

Pastor Iglesia Evangélica Pentecostal Casa de Oración.

I - Introducción:

“No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho el Señor de los ejércitos.” (Zacarías 4:6).

De todos los peligros que se ciernen sobre la Iglesia de Jesucristo, ninguno tan sutil y enmascarado como el humanismo que se maquilla y autocalifica “cristiano”.

El humanismo nació en la Italia de principios del siglo XV. Aquellos fueron días en que volvieron a la luz las obras de Platón, Homero, Horacio, Cicerón y la Divina Comedia de Dante. En principio, nada malo en ello. Sin embargo, la idea de que el hombre sea la medida de todas las cosas, con independencia de Dios, ha sido un fermento que ha llegado hasta nuestros días, cuando muchos creen que el hombre es capaz de la realización plena de sí mismo, y de instaurar una paz duradera basada en una ética universal, a espaldas de la Divinidad. Bastaría con echar una mirada a los periódicos para percatarnos de la falsedad de semejantes bravuconadas.

Pero el gran peligro del humanismo radica en su invasión de la Iglesia de Jesucristo mediante sutiles artimañas, engaños y subterfugios. Muchos cristianos fieles han estudiado estas incursiones maléficas desde diferentes perspectivas, con diversas herramientas de análisis, y todos han llegado a la conclusión de que las corrientes humanistas dentro de la Iglesia se manifiestan siempre en las siguientes actitudes: Primeramente, la preocupación por los valores materiales y temporales, frente a los espirituales y eternos. En segundo lugar, la interpretación del pecado como desajuste social y/o psicoafectivo, en lugar de desobediencia del hombre a la voluntad revelada de Dios. En tercer lugar, la ignorancia de la necesidad inevitable de la reconciliación del hombre con Dios por medio de la Persona y la Obra de Jesucristo como único Señor y Salvador personal, eterno y todo suficiente. En cuarto lugar, la preocupación por el entorno material del hombre, con ignorancia de las necesidades espirituales del alma humana. En quinto lugar, la negación práctica de que “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos.” (Hebreos 13:8). En sexto lugar, la ignorancia de la personalidad del Espíritu Santo de Dios nuestro Señor.

Creemos que la “filosofía humanista”, disfrazada como “teología cristiana”, es el arma más poderosa del humanismo actual, ya que actúa con casi total impunidad dentro de la Iglesia de nuestros días, invadiendo los seminarios y demás centros de formación de los cristianos para el ministerio específico de la Palabra. Y el campo donde más claramente se manifiesta este engaño se sitúa en el ámbito de la manifestación del Espíritu Santo y sus dones. El humanismo “cristiano” rechaza todos los aspectos fenomenológicos sobrenaturales del Evangelio, y sutilmente lo hace incitando a muchos fieles a creer que todas las manifestaciones del Santo Consolador de que da testimonio la Escritura, no son para nuestros días, sino que cesaron al concluir una “dispensación” inventada por ellos, y que suelen denominar “era apostólica”, de la cual no existe ninguna referencia en las Sagradas Escrituras, donde, por el contrario, se afirma siempre y sin excepción el carácter y la naturaleza inmutables de Dios y su relación con los hombres, así como la naturaleza apostólica de la Iglesia de todos los tiempos, hasta la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo en poder gran gloria.

La historia de la Iglesia puede acometerse y analizarse precisamente desde la perspectiva de la lucha entre el humanismo secular y la Persona del Espíritu Santo. La extensión del Evangelio bajo la unción del Santo Consolador es, sin duda, la mejor y más irrefutable prueba del carácter y de la naturaleza de la verdadera Iglesia del Resucitado. La enseñanza primordial del Santo Espíritu de Dios no se centra en cuestiones sociales, filosóficas ni temporales, sino en la bendita Persona de nuestro Señor y Salvador Jesucristo:

“Él (El Espíritu Santo) me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber.” (Juan 16:14-15).

Tampoco se centra en el momento presente, sino que su mirada profética está dirigida hacia la consumación de los tiempos:

“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir.” (Juan 16:13).

La labor primordial del Santo Espíritu es producir la reconciliación del hombre con Dios. Su primera visitación a todo hombre -varón y mujer- es aportar esa luz que no permite que la degeneración por el pecado acabe con la humanidad. Esa es la luz que alumbró a todo hombre, sea creyente o no:

“En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres... Aquella luz verdadera, que alumbró a todo hombre, venía a este mundo.” (Juan 1:4, 9).

La segunda visitación del Espíritu Santo es un acto de convicción y de perdón, mediante las gracias del arrepentimiento y la fe. Sólo el Consolador puede convencernos del pecado como desobediencia de la voluntad revelada de Dios nuestro Señor:

“Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuese, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado.” (Juan 16:7-11).

Las siguientes visitaciones del Consolador están relacionadas con los dones, ministerios y operaciones que el Espíritu reparte entre todos los redimidos por la sangre de Jesucristo:

“Cada uno tiene su propio don de Dios...” (1ª Corintios 7:7). “Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo...” (1ª Corintios 12:4). “Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres...” (Efesios 4:8). “No descuides el don que hay en ti, que te fue dado mediante profecía con la imposición de las manos del presbiterio...” (1ª Timoteo 4:14). “Por lo cual te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos...” (2ª Timoteo 1:6). “Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios.” (1ª Pedro

4:10).

El Espíritu Santo es quien ilumina el intelecto de todos los hombres y mujeres redimidos por la sangre de Jesucristo. Todas las dimensiones humanas son potenciadas por el poder del Espíritu del Señor:

“Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo.” (1ª Corintios 2:16).

Y la propia Escritura responde a estas preguntas del apóstol Pablo: “Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos la reveló a nosotros por el Espíritu (Santo); porque el Espíritu (Santo) todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así también nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu (Santo), acomodando lo espiritual a lo espiritual.” (1ª Corintios 9-13).

De ahí se desprende que la esencia de aquel Pentecostés de los Hechos de los Apóstoles, como todos los derramamientos posteriores, hasta el día de hoy, está relacionada siempre con palabras que no proceden de sabiduría humana, sino de la sabiduría espiritual que se acomoda a nuestra lengua, más allá de la habilidad propia de nuestra mente.

Creemos que la evidencia bíblica es muy abundante y clara respecto al propósito de todos los dones del Espíritu Santo. Si Jesús nos dijo que no nos dejaría huérfanos, y que para estar con nosotros todos los días, hasta el fin del mundo, vendría a nosotros en la bendita Persona del Espíritu Santo, mientras Él permanecía en el santuario celestial como nuestro Sumo Sacerdote, intercediendo por nosotros, eso significa que los dones del Santo Consolador hemos de considerarlos como el equipamiento que se nos da para ser testigos de Jesucristo. Su otorgamiento es precedido por el bautismo con o en el Espíritu Santo:

“Y estando juntos, les mandó (Jesús) que no se fueran de Jerusalem, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí... Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalem, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra.” (Hechos 1:4, 8).

Cuando nuestro Señor Jesucristo pronunció las palabras de Juan 16:8, muy poco antes de su crucifixión, nos dio la enseñanza más clara respecto a la personalidad del Espíritu Santo: “Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio.” El Maestro nunca hizo referencia al Santo Consolador como si se tratara de una fuerza, sino que siempre se refirió al

“Paráclito”¹ como una Persona, como uno que camina a tu lado para ayudarte. Por consiguiente, para gozar del ministerio del Espíritu en nuestras vidas es de suma importancia que le reconozcamos como tal, y no como una mera fuerza, poder o influencia. Nunca olvidemos que puede ser alegrado, complacido y contristado; que el Espíritu Santo convence, enseña, revela, guía, consuela, intercede, testifica, imparte vida física y espiritual, y reparte dones, ministerios y operaciones, conforme a la soberanía absoluta del Dios Eterno. Tampoco debemos ignorar que el Espíritu Santo no es simplemente personal, sino que es Persona, y Persona Divina. Dicho de otra manera, la personalidad del Padre y del Hijo están presentes en el Espíritu Santo. Él es el administrador de la gracia de Dios.

El conocimiento del Reino de Dios sólo puede ser experimentado por aquellos hombres y mujeres nacidos del Espíritu: “Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios.” (Juan 3:5).

El Espíritu Santo nos ayuda a recordar: “Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho.” (Juan 14:26).

El Espíritu Santo nos ayuda a seguir la verdad: “Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad, porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que han de venir.” (Juan 16:13).

Es el Espíritu Santo quien siempre nos ayudará a dar testimonio de nuestro Señor Jesucristo: “Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalem, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra.” (Hechos 1:8).

El propósito y el resultado de la unción del Santo Paráclito están implícitos en esta palabra clave: “testigos”.

La bendita Persona del Espíritu es quien nos ayuda también en la práctica de la oración conforme al Señor: “Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles.” (Romanos 8:26).

El Espíritu del Señor toma nuestros deseos y anhelos inexpresables, indecibles, con nuestras lágrimas y gemidos, y los traduce en lenguaje divino ante el trono de la Majestad en las alturas. Ahora bien, es posible entender teóricamente el lugar y el ministerio del Santo Consolador en nuestras vidas, y, sin embargo, no experimentar los efectos directos y prácticos de su influencia sobre nuestra existencia. Podemos cantar alabanzas, citar textos de las Sagradas Escrituras y disertar sobre ellos, sin jamás experimentar realmente el ministerio del Espíritu en nuestra vida.

¹ Del griego “paráclitos”, literalmente “Consejero para nuestra defensa”. El término se aplica a Jesús, en la tierra y en el cielo. (1ª Juan 2:1). También se aplica al Espíritu Santo. (Juan 15:26). Este es el sentido de la voz “Consolador”. El Santo Espíritu de Dios aboga por Jesucristo en la vida del creyente.

Necesitamos urgentemente estrechar el espacio entre aquellas promesas que son potencialmente nuestras, por voluntad divina, y lo que realmente experimentamos en nuestro cotidiano vivir. El Reino del Espíritu no es el antiguo “papel y tinta”, ni el actual soporte magnético informático. No olvidemos que el Consolador es el “Parácleto”, el que camina a nuestro lado para ayudarnos.

Sentimos que muchos amados hermanos no acepten la vigencia de las manifestaciones del Espíritu Santo que se describen en las Sagradas Escrituras. No nos es difícil entenderles porque nosotros mismos tampoco creímos en su vigencia durante muchos años. Pero lo que nadie puede negar es que estas manifestaciones del Consolador estaban presentes en aquellas congregaciones del Nuevo Testamento. Tampoco podemos negar que “el Reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder.” (1ª Corintios 4:20). Hemos comprendido, después de nuestra jamás merecida experiencia con el Espíritu, que para mantener la posición de negar la vigencia para hoy de los dones espirituales vocales es necesario aislar 1ª Corintios 13:8 de su contexto: “El amor nunca deja de ser; pero las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará.” Este error viene de antiguo, pues ya Crisóstomo sostenía que como el Evangelio estaba siendo predicado por todo el mundo conocido en aquellos días, los dones del Espíritu Santo ya no eran precisos. Sin embargo, cuando consideramos el contexto de este versículo, aprendemos que “cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará...” “Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido.” (vv. 10, 12). Es evidente que Pablo asocia el “espejo oscuro” con su vida en el cuerpo, tiempo durante el cual continuarán manifestándose los dones del Espíritu. Luego, Pablo anticipa la venida de “lo perfecto”, que él describe como una experiencia “cara a cara”, y que evidentemente hace referencia a una persona. Y aquí hemos de preguntar a nuestros amados hermanos: ¿Quién es, pues, esa Persona que Pablo ha visto primeramente como en un “espejo oscuro”, y que espera después ver “cara a cara”? Pablo aclara esto muchísimo más en 2ª Corintios 3:18: “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor.”²

Sin el poder divino que el Señor Jesucristo derrama con la bendita Persona del Espíritu Santo, el mensaje de la Iglesia estará empapado de “apariencia de piedad” (2ª Timoteo 3:5), de conocimiento filosófico, histórico, etimológico, sociológico y psicológico -disciplinas que tienen su lugar en el mundo- pero le faltará el brillo de la presencia del Santo Consolador, con los dones (regalos) que Dios quiere derramar en los corazones de quienes tienen sed de Él. Por eso es que el apóstol Pablo enseña a los cristianos de Corinto que “a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu”. (1ª Corintios 12:13). Y a los Efesios añade: “Para que os dé (el Padre de nuestro Señor Jesucristo), conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu.” (Efesios 3:16). Esta es la razón por la que hemos tomado la decisión de escribir este trabajo sobre la vigencia de los dones del Espíritu Santo, centrándonos en uno de ellos: El don de diversos géneros de lenguas. Probablemente el más controvertido de todos los carismas.

² L. Hoy, Albert, “Spiritual Fruit and Gifts”, Paraclete, Winter 1985.

II - Definición de la Glosolalia:

La voz “glossa”, “lengua”, corresponde al hebreo “lason”, y aparece unas cincuenta veces en el texto del Nuevo Testamento, con diversas acepciones. De ellas, en diecisiete ocasiones hace referencia al órgano de la boca.³ En una ocasión, con referencia simbólica a “lenguas de fuego”.⁴ En el libro de Apocalipsis se emplea siete veces en sentido étnico.⁵ El resto de los casos, son veinticinco ocasiones en las que se hace referencia al don de lenguas.⁶ Las construcciones en que aparece este término varían en función de su contexto. A veces se describen como “glossais kainais”, “nuevas lenguas”⁷; “heterais glossais”, “otras lenguas”⁸; “gene glosson”, “diversidades de lenguas”⁹; o bien simplemente “lengua” o “lenguas”.¹⁰

La primera mención del fenómeno que la teología denomina con el término técnico “glosolalia”, se encuentra en el relato lucano del libro de los Hechos de los Apóstoles 2:4: “Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen.”

El término que nos ocupa no aparece en el Nuevo Testamento como una sola palabra, sino que la teología ha unido las voces griegas “glossai” (“lenguas”) y “lalein” (“hablar”) para formarlo, si bien sería más preciso referirse al fenómeno de hablar lenguas que uno desconoce, movidos por el Espíritu Santo, mediante la expresión “heteroglosolalia”, por cuanto el texto bíblico se refiere a “otras lenguas”, al igual que en 1ª Corintios 14:21: “En la ley está escrito: En otras lenguas y con otros labios hablaré a este pueblo; y ni aun así me oirán, dice el Señor.”¹¹ Algunos piensan que tratándose de idiomas humanos -lenguas extranjeras-, como aconteció en el Pentecostés de los Hechos de los Apóstoles, sería más correcto hablar de “xenoglosia”.

³ Ejem.: Marcos 7:33; Lucas 1:64.

⁴ Hechos 2:3.

⁵ Ejem.: 5:9; 7:9.

⁶ Marcos 16:17; Hechos 2:4, 11; 10:46; 19:6; 1ª Corintios 12:10 (2 veces), 28, 30; 13:1, 8; 14:2, 4, 5 (dos veces), 6, 13, 14, 18, 19, 22, 23, 26, 27, 39.

⁷ Marcos 16:7.

⁸ Hechos 2:4.

⁹ 1ª Corintios 12: 10, 28.

¹⁰ Ejem.: 1ª Corintios 14:19, 22.

¹¹ Ver también Isaías 28:11-12.

Quienes niegan la vigencia de este don en nuestros días, suelen aludir al fenómeno presente en el mundo helenístico, denominado igualmente “hablar en lenguas”, y que se daba en el culto pagano, como el de Pitia de Delfos, de la que Plutarco dice que empleaba “epe kai glossas kai perifrásais kai asáfeian”, es decir, “versos, lenguas, perífrasis y lenguaje oscuro.” Galiano define “glossai” diciendo que se trataba de expresiones que en los tiempos antiguos eran normales, pero que no lo eran ya entonces. Plutarco salió varias veces en defensa de los poetas contra la acusación de emplear barbarismos, a los que denomina “lenguas”. Según Quintiliano, los griegos llamaban “glossa” a las expresiones poco frecuentes por pertenecer al lenguaje esotérico o “lingua secretior”, “lengua secreta”. Lo mismo acontecía en el Dionisio Traciano y en la Frigia Déléfica y su culto adivinatorio, así como en diversas oraciones herméticas. De este modo fue como la voz “glossas” llegó a convertirse en un término técnico para referirse a un lenguaje arcaico, empleado a propósito en diversas liturgias paganas.

Nada de esto tiene que ver con el don del Espíritu Santo, como vamos a tratar de ver en este estudio. Negar la procedencia divina de las lenguas por el hecho de darse un fenómeno parecido en el mundo pagano, sería un argumento semejante al rechazo del origen divino del sistema sacrificial hebreo por sus semejanzas con los ritos religiosos de los pueblos circunvecinos de Israel. Es más, frecuentemente, según se desprende del testimonio de las Sagradas Escrituras, el Señor se manifiesta y enseña dentro de las estructuras culturales en que nos desenvolvemos los humanos. No conviene olvidar que la Biblia es la Palabra de Dios al hombre en su circunstancia.

El apóstol Pablo es claramente consciente de la similitud entre el fenómeno de las lenguas manifestado en las comunidades cristianas y las formas culturales helenistas y sus lenguas místicas y estáticas. Sin embargo, la diferencia esencial radica en el contenido de ambas formas. El apóstol acepta el hablar en lenguas como una manifestación del Espíritu Santo, es decir, como un carisma (don).¹² Incluso reivindica haber recibido él dicho don.¹³ Sin embargo, demanda que el uso del don en la asamblea cristiana se subordine a los principios de la exhortación general, el orden, la decencia y la prueba.¹⁴

El fenómeno de las lenguas, registrado desde las primeras comunidades cristianas, ha sido interpretado de muy diferentes formas a lo largo de los dos milenios de historia del cristianismo. El libro de los Hechos de los Apóstoles registra cinco ocasiones en las que los fieles fueron bautizados con o en el Espíritu Santo: El día de Pentecostés, el avivamiento espiritual en Samaria, el apóstol Pablo en Damasco, el apóstol Pedro en la casa del gentil Cornelio, y la experiencia de los discípulos de Juan el Bautista en Éfeso. En tres de estos cinco casos -en Jerusalem, Cesarea y Éfeso- es evidente que el hablar en lenguas fue la señal física inmediata a ser bautizados o llenos del Espíritu Santo. En el cuarto de los casos, está claramente implícito que hablaron en lenguas. Y en el quinto de los casos registrados, aunque no se manifiesta

¹² 1ª Corintios 12:2; 14:39; 1ª Tesalonicenses 5:19.

¹³ 1ª Corintios 13:1; 14:18; 2ª Corintios 12:4.

¹⁴ 1ª Corintios 14:26 ss.; 1ª Tesalonicenses 5:21 ss.

explícitamente que Pablo hablara en lenguas, contamos con el testimonio escrito del apóstol, en el que afirma: “Doy gracias a Dios que hablo en lenguas más que todos vosotros.” (1ª Corintios 14:18).

En los primeros escritos cristianos posteriores al Nuevo Testamento, durante el tiempo de la patrística, los llamados “Padres de la Iglesia” hablan también de las lenguas, como es el caso de “El Pastor de Hermas” y la “Didajé”. Esta última obra, hallada en Jersusalén, y publicada en Constantinopla en el año 1883 por Ph. Bryennios, llevaba el doble título de “Doctrina de los doce apóstoles” y “Doctrina del Señor por los doce apóstoles a los gentiles”. La iglesia donde se redactó esta obra debió de ser la de Antioquía, entre los años 50 y 70 d.C., ya que el contenido de la “Didajé” es independiente de la “Carta de Bernabé”, del “Pastor de Hermas” y de los escritos que constituyen el Nuevo Testamento, a pesar de haber ciertos puntos de contacto entre los cuatro. Hablan de la “Didajé” Atanasio, Eusebio y Rufino.¹⁵

Respecto a “El Pastor de Hermas”, escrito hacia el año 130 d.C., se trata de una colección de visiones, mandamientos y parábolas originalmente redactadas en griego durante los primeros años del movimiento montanista, del que hablaremos después con más detalle. La primera mención conocida de esta obra parece en el Fragmento Muratoniano (c. 170 d.C.). Esta colección de escritos dedica bastante extensión a la profecía, don muy frecuente en las asambleas cristianas de aquellos días, así como a un sistema ético basado en el ayuno, las obras meritorias y el carácter purificador del martirio. Una particularidad de este trabajo es la ausencia de citas textuales de las Sagradas Escrituras, mientras que, por el contrario, abunda en alusiones y paráfrasis del Nuevo Testamento. El problema es idéntico al que se trata en la “Didajé”: La presencia de falsos profetas y falsos maestros, su pretensión de “hablar en el Espíritu”, el discernimiento de quiénes eran verdaderos y quiénes no, la regulación de los dones y el equilibrio entre los elementos carismáticos y la supervisión regulada por los pastores u obispos.¹⁶ El Pastor de Hermas es citado por Ireneo, Tertuliano, Orígenes y Clemente.

Estos testimonios demuestran contundentemente que el bautismo o llenura con el Espíritu Santo, con la evidencia física inicial de hablar en otras lenguas, no cesó durante la llamada “era apostólica”, sino que continuó durante el tiempo de la patrística. Veamos algunos ejemplos de aquel período:

Ireneo (130-202 d.C.), discípulo de Policarpo¹⁷, quien a su vez fue discípulo del apóstol Juan, el último en morir del “colegio apostólico” establecido por Jesús, es un pastor del segundo siglo que aporta un importante testimonio para nuestra afirmación respecto a la presencia de los dones del Espíritu Santo en la Iglesia que algunos denominan “post-apostólica”, ya que él pertenece

¹⁵ Enciclopedia de la Biblia, II vol., Ediciones Garriga, S.A., Barcelona, 2ª Ed., 1969.

¹⁶ “El Pastor de Hermas”, Mandate 11.

¹⁷ Policarpo fue obispo de Esmirna. Su breve epístola está plagada de referencias al Nuevo Testamento. Advierte sobre el peligro del anticristo. Sufrió el martirio hacia el 155 d.C. Ireneo fue su más íntimo alumno.

a un momento histórico en el cual ninguno del grupo de los Doce estaba ya vivo. Su estrecha relación con Policarpo es de tenerse en cuenta, pues su relación con los Apóstoles de Cristo es ciertamente muy próxima. El propio Ireneo, obispo de Lion, nos da un testimonio importante al respecto: “Puedo incluso describir el lugar donde el bendito Policarpo solía sentarse para dar su discurso... También la manera en que nos relataba su relación familiar con Juan y con el resto de aquellos que habían visto al Señor, y cómo recitaba sus palabras de memoria. Todas aquellas cosas que había escuchado de ellos respecto al Señor, tanto en lo referente a sus milagros como a sus enseñanzas, Policarpo, que había recibido información de los testigos oculares de la Palabra de Vida, las relataba en armonía con las Sagradas Escrituras. Aquellas cosas, por medio de la misericordia que reposaba sobre mí, podía yo escuchar atentamente, para atesorarlas, no sobre papel, sino en mi corazón, y continuamente, por la gracia de Dios, puedo seguir meditando en ellas hasta hoy.”¹⁸

Ireneo había nacido en Asia Menor, y recibió una educación griega. Dedicó profusamente su voz y su pluma hacia la evangelización de las Galias, apologizando respecto a la incursión de los gnósticos platonizantes. Escribe en estos términos: “Oímos a muchos hermanos en la iglesia que poseen dones proféticos, y que hablan diversos géneros de lenguas por el Espíritu.” Su testimonio respecto a la presencia en las congregaciones de dones de liberación, profecía, lenguas, sanidades y milagros, no deja ninguna duda al respecto.¹⁹ Es particularmente interesante el comentario de Ireneo al texto de 1ª Corintios 2:6-16: “Por esta razón, el apóstol declara que hablamos sabiduría entre los perfectos,²⁰ calificando de tales a aquellos cristianos que habían recibido el Espíritu Santo, y que hablaban en lenguas por el Espíritu de Dios, tal y como el propio apóstol lo hacía... Son, pues, perfectos quienes han recibido el Espíritu y permanece en ellos, habiendo preservados sus almas y sus cuerpos sin mancha, firmemente aferrados a la fe de Dios.”²¹ Este es un poderoso argumento para compartir amorosamente con aquellos hermanos que interpretan las instrucciones del apóstol Pablo a los cristianos de Corinto como regulaciones dadas a quienes mostraban aspectos infantiles de inmadurez, incluso, como algunos se atreven a manifestar, con cierto grado de burla por parte del apóstol. Sin embargo, por las palabras de Ireneo comprobamos que para él, como para Pablo, las lenguas eran evidencia de la recepción de la plenitud del Espíritu Santo, y signo de madurez y sabiduría espirituales, de manera que la corrección de Pablo, como veremos más adelante, no tiene nada que ver ni con la esencia ni con la vigencia de este don, como de los demás, sino con el uso de los mismos.

Ireneo es, pues, una de las fuentes de la iglesia del segundo siglo por quien podemos saber que el don de diversos géneros de lenguas era considerado parte integrante de los carismas del

¹⁸ Ante Nicene Fathers, ed. by Alexander Roberts and James Donaldson, William B. Eerdmans Publishing Company, reprint of Edinburg Edition, 1969-1973, Vol. III, p. 672.

¹⁹ “Contra los Herejes”, 5:6.1.

²⁰ Griego “tois teleíois”, del verbo “teleíóo”, “perfeccionar”, “completar”, “cumplir”, “llevar a término”, “llevar a la perfección.”

²¹ Ireneo, “Contra las herejías” 5, 6:1.

Espíritu Santo. También aporta Ireneo la prueba de que el anti-semita Marción, como tantos otros de nuestros días, no aceptaba los carismas del Espíritu, del mismo modo que tampoco aceptaba la vigencia de la Palabra de Dios en las Escrituras hebreas del Antiguo Testamento.²² En su obra titulada “Contra las herejías”, Ireneo da testimonio de la vigencia de los dones de liberación, profecía, sanidades y milagros²³, así como el don de diversos géneros de lenguas.²⁴ Eusebio nos da el mismo testimonio en su “Historia Eclesiástica”.²⁵

Tertuliano (160-240 d.C.) nació en el norte de África, en Cartago, el viejo rival de Roma. Debió recibir una formación liberal greco-romana, y todo parece indicar que estudió derecho. Vivió como pagano una vida licenciosa hasta los treinta años de edad. Parece ser que frente al sensualismo de los cínicos y el orgullo de los estoicos, quedó prendado por la humildad y el valor de los mártires cristianos. También escribe acerca de los dones espirituales en sus días, comprendido el don de lenguas, respecto al cual siempre lo asocia a la recepción del bautismo con el Espíritu Santo. Su testimonio es importante por dos razones. Primeramente, se trata del representante por excelencia del montanismo africano²⁶. En segundo lugar, porque sus referencias a la presencia de los dones del Espíritu Santo en las asambleas cristianas son anteriores a su conversión a la corriente del montanismo, de la cual trataremos más adelante. En su obra titulada “Sobre el Bautismo”, y dedicada a quienes estaban en el proceso catecumenal, Tertuliano les enseña que todos deben pedir los dones del Espíritu Santo para beneficio del pueblo de Dios, lo cual demuestra que nada puede hacernos pensar en la existencia de una élite cristiana receptora de los carismas del Espíritu frente a una generalidad de creyentes carentes de ellos.²⁷ Igualmente, hallamos enseñanzas de Tertuliano sobre la vigencia de los milagros²⁸, sobre el don de diversos géneros de lenguas, de palabra de conocimiento y de profecía²⁹, sobre el exorcismo o liberación de los oprimidos por Satanás³⁰, y sobre las labores diaconales.³¹

²² Ireneo, “Prueba de la predicación apostólica” 99.

²³ Ireneo, “Contra las herejías” 2:32.4.

²⁴ Ireneo, op. cit. 5:6.1.

²⁵ Eusebio, “Historia Eclesiástica”, V.7.6.

²⁶ Montanismo: Doctrina milenarista (siglo II) que predicaba la inminente Segunda Venida de Cristo, la venida del Espíritu Santo sobre los fieles, y un estricto rigorismo moral.

²⁷ Tertuliano, “Homilía sobre el bautismo” 20.5., traducción y comentario by Ernest Evans, D.D., S.P.C.K., Londres, 1964, p. 16.

²⁸ Id. id., “Sobre la oración” 4:3.

²⁹ Id. Id., “Sobre la paciencia” 12:10.

³⁰ Id. id. “Apología” 23:4, 16; 37:9.

³¹ Id. Id., “Apología” 39:1.

Por los escritos de Tertuliano sabemos también que las lenguas eran evidencia de madurez espiritual, no en el sentido de madurez cronológica, sino de madurez entendida como entrega de todo el ser al control del Espíritu del Señor. Tratando del bautismo cristiano, Tertuliano manifiesta que no es bajando a las aguas como se recibe el don del Espíritu Santo: “A continuación del bautismo, sigue la imposición de las manos como bendición, invitando y recibiendo el Espíritu Santo... ¿Y no se le permitirá a Dios, en un órgano de su propiedad, mediante el uso de manos santas, tocar una melodía de sublimidad del Espíritu?”³² La comparación que Tertuliano hace del fiel como un “órgano” alude indudablemente a la manifestación audible por parte del receptor de la llenura del Espíritu Santo.

Escribiendo sobre la importancia de la oración y el ayuno, Tertuliano alude al gentil Cornelio, de quien se nos dice en el libro de los Hechos que era “piadoso y temeroso de Dios con toda su casa, y que hacía muchas limosnas al pueblo, y oraba a Dios siempre... y ayunaba” (Hechos 10:2, 30), y explica dos grandes beneficios que se derivaron de semejante práctica: “Finalmente, al ver que sobre el centurión Cornelio, incluso antes de ser bautizado, se apresuró a descender el honorable don del Espíritu Santo, junto con el don de la profecía, nosotros podemos apreciar que sus oraciones y ayunos fueron oídos.”³³

Justino Mártir (100-165 d.C.), quien vivió en el mismo siglo que Tertuliano, es un importante testigo de la presencia de los dones del Espíritu Santo en las congregaciones cristianas de sus días. Nació en Samaria, y recibió una educación liberal helenística. Buscó la verdad por diversos sistemas y escuelas filosóficas. El platonismo le fascinó durante un tiempo con sus altos ideales de verdad, belleza y bondad. Las verdades incuestionables del Antiguo Testamento, particularmente en sus profecías respecto a la encarnación del Mesías, y el valor ante la muerte de los mártires cristianos, le condujeron a encontrar en Jesucristo lo que Platón no había podido ofrecerle. En sus apologías, especialmente en la segunda, probablemente durante el reinado de Marco Aurelio, escribió contundentemente contra la necedad de la sabiduría humana y la impotencia del paganismo contemporáneo y sus insostenibles supersticiones. También escribe acerca de la vigencia de los carismas.³⁴ Justino elabora detalladamente acerca del don de “diakonía”, “servicio”, y explica que se trataba de un don eminentemente práctico; un servicio de benevolencia y misericordia, en el que los cristianos acomodados de las congregaciones entregaban voluntariamente ofrendas para que el presidente de la asamblea local, el pastor u obispo, las administrase junto con los diáconos para la atención de los menos favorecidos económicamente, empezando por las viudas, huérfanos, enfermos, encarcelados por la fe, los llegados de otras comunidades, e incluso los ajenos a la comunidad creyente.³⁵

³² Id. id. “Homilía sobre el bautismo”, p. 17.

³³ Ante Nicene Fathers, op. cit., vol. IV, p. 107.

³⁴ “A Selected Library of the Nicene and Post-Nicene Fathers of the Christian Church, ed. by Philip Schaff, D.D., LL.D., WM. B. Eerdmans Publishing Company, Grand Rapids, Michigan, 1979.

³⁵ Justino Mártir, “Apología” 1:67.

En una interesante obra apologética de Justino, titulada “Diálogo con Trifo” (c. 148 d.C.), judío escéptico con quien mantuvo grandes y largas controversias, Justino argumenta diciendo que el poseedor de los dones del Espíritu Santo es alguien que ha huido del camino del error para convertirse a la cristiandad.³⁶ Para Justino Mártir, la presencia de los carismas del Espíritu en la congregación local era la prueba definitiva de la presencia de Dios en su Iglesia.³⁷ Por esta obra sabemos que todos los dones del Consolador eran otorgados tanto a varones como a mujeres, y menciona específicamente el don de servicio, sanidades y liberación de oprimidos³⁸; don de palabra de sabiduría, de ciencia, de conocimiento, de consejo, de temor del Señor y de profecía.³⁹; así como de maestros.⁴⁰ Por los escritos de Taciano, discípulo de Justino, sabemos que los dones del Espíritu Santo estaban igualmente presentes en las congregaciones locales en sus días.⁴¹

A partir del siglo III, hallamos en los escritos de Orígenes, y en particular en su obra titulada “Contra Celso”,⁴² la descripción de la práctica del don profético. Orígenes es el representante por excelencia de la cristiandad en Alejandría, y después también de los cristianos en Cesarea. Su entendimiento del sentido, significado y práctica de los dones del Espíritu Santo es idéntico al del apóstol Pablo. Para Orígenes, los carismas son repartidos conforme a la voluntad divina, según el Señor quiere hacer.⁴³ Sin embargo, hemos de buscarlos en oración. Menciona el don de profecía⁴⁴, sanidades y milagros⁴⁵, así como las lenguas, respecto a las cuales hace una clara distinción entre las lenguas proféticas, para la asamblea cristiana, y las lenguas como idioma de oración en el Espíritu.⁴⁶ Celso observó personalmente hacia el año 178 a muchos cristianos profetizar en lenguas en Fenicia y Palestina. Relata que estos cristianos añadían a sus profecías

³⁶ Justino Mártir, “Diálogo con Trifo”, Diálogos 39 y 87.

³⁷ Op. cit., Diálogo 39.

³⁸ Justino Mártir, “Apología” 2:6.

³⁹ Op. cit. Diálogos 37 y 89.

⁴⁰ Op. cit. Diálogo 82.

⁴¹ Taciano, “Discurso a los griegos” 16 y 18.

⁴² Orígenes, “Contra Celso” 3:46, The Ante-Nicene Fathers, op. cit.

⁴³ Orígenes, “Sobre la oración” 16:2.

⁴⁴ Orígenes, “Exhortación al martirio” 8.

⁴⁵ Orígenes, “Contra Celso” 3:24 y 26.

⁴⁶ Orígenes, “De Principiis”, Prefacio 3.

palabras extrañas e ininteligibles, una clara referencia a las lenguas.⁴⁷ Su testimonio tiene gran valor, pues proviene de un hombre escéptico, por quien podemos entender que aquellos profetas de las comunidades cristianas daban dos tipos de mensajes, unos en idioma inteligible, y otros en idiomas desconocidos. Orígenes es el primero de los “padres de la Iglesia” que menciona el hecho de la pérdida de interés por los carismas del Santo Espíritu de Dios en las congregaciones locales de sus días. Específicamente dice que “no se manifestaban tan frecuentemente como en el pasado.”⁴⁸ Y añade que, “sin embargo, continúan vigentes entre quienes viven su fe en conformidad con los preceptos del Evangelio.”⁴⁹

Volvemos a encontrarnos con el fenómeno de la “glosolalia” en el movimiento montanista, al que ya hemos aludido anteriormente, y del cual sólo conocemos algunos pocos datos, e infortunadamente procedentes de la pluma de sus enemigos y perseguidores. Creemos que es importante que le dediquemos algo de espacio, pues su influencia fue verdaderamente importante, tanto directa como indirectamente, en aquellos primeros años de la Iglesia. Todo indica que se trató del primer gran movimiento de avivamiento espiritual, después de unos años en que ya parecía haberse producido algún enfriamiento espiritual dentro de lo que podríamos denominar la “corriente principal” de la Iglesia.

De Montano sabemos que nació hacia el año 172 d.C., en la región de Frigia, en el Asia Menor. Con anterioridad a su conversión a Jesucristo, parece ser que Montano fue sacerdote de Cibeles, la gran “diosa madre” del Mediterráneo.⁵⁰ Después de su conversión y bautismo, fue nombrado “presbítero” (“pastor” o “anciano”) en la iglesia en Frigia. Por la “Historia de la Iglesia”, de Eusebio, sabemos también que Montano tuvo dos discípulas destacadas, seguidoras de sus enseñanzas de espiritualidad y vida ascética, cuyos nombres fueron Priscila y Maximila, lo que parece indicar que en su movimiento no hubo discriminación hacia la mujer. Entre los varones que siguieron su corriente espiritual nos llegan los nombres de Themiso, Miltades, Theodotus, Proculus y Alejandro. Su más destacado discípulo fue Tertuliano, famoso por sus obras apologéticas, y cuyo ministerio se desarrolló principalmente en Cartago, en el Norte de África. Todo indica que el movimiento dirigido por Montano tuvo al principio un impacto meramente local. Pero pronto se extendió entre los cristianos más espiritualmente íntegros de Asia Menor, África proconsular y el Oriente. Eusebio lo denomina la “herejía Catafrigiana”,⁵¹ así como “La Nueva Profecía”⁵²

⁴⁷ Op. cit. p. 615.

⁴⁸ Orígenes, “Contra Celso” 1:2.

⁴⁹ Op. cit. 1:2; 7:8.

⁵⁰ Jerónimo, Epístola 41:4.

⁵¹ Eusebio, Historia Eclesiástica 4:27.

⁵² Id. id., 5.19.2.

Efectivamente, la corriente espiritual de Montano hubiera muy probablemente desaparecido de no haber sido por la conversión de Tertuliano, hacia el año 200 d.C. Él sería quien extendería este movimiento carismático por toda la cristiandad del momento. Así nos encontramos con este problemático movimiento, entiéndase “problemático” para la Iglesia oficial, bien avanzado el siglo III. Por los escritos de Agustín de Hipona (354-430 d.C.) sabemos que incluso hasta el siglo V había logrado sobrevivir en medio de muchas luchas y persecuciones.

El propósito del movimiento montanista era, evidentemente, la restauración del cristianismo original, mientras que los maniqueos trataban de reconstruir el cristianismo a su antojo, haciendo dudar de la autenticidad de los documentos escriturales. Los énfasis del movimiento montanista fueron la vida comunitaria, compartiendo todos los bienes, y la vigencia de los dones del Espíritu Santo, particularmente de la palabra profética y las lenguas, su esperanza en la inminencia de la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo, y la consecuente enseñanza de la vida cristiana como camino de santidad. ¿No nos suena a tremenda actualidad todo esto? Naturalmente, estas enseñanzas produjeron un rechazo fortísimo por parte de la iglesia romana, a la que los montanistas acusaban de corrupción, mientras que muchos cristianos sencillos y sinceros se sintieron fuertemente atraídos por esta corriente, dejando atrás la iglesia que se deslizaba hacia el paganismo circundante.

Tertuliano fue uno de los principales acusadores de los desmanes de la corriente romana de la Iglesia, especialmente contra las innovaciones introducidas por los gnósticos. Irónicamente atacó al obispo Ceferino, llamándole “Pontifex Maximus”, expresión empleada en aquel momento de la historia para referirse exclusivamente a los sumos sacerdotes del paganismo politeísta⁵³, y título que paradójicamente llegaría a convertirse después en el distintivo del obispo de Roma, por sus pretensiones universalistas.

Los montanistas creían haber hallado una verdad de suma importancia para toda la cristiandad, que aparentemente comenzaba a declinar: El poder del Santo Espíritu de Dios para guiar a la Iglesia a toda la verdad, según la enseñanza de nuestro bendito Salvador: “Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir.” (Juan 16:13).

El error principal del movimiento montanista debió de consistir en su pretensión de ser los únicos ungidos con el Espíritu Santo. En los escritos de Tertuliano aparecen repetidamente expresiones de las que se deduce que ellos creían ser los únicos verdaderos cristianos, y que se consideraban la verdadera Iglesia de Jesucristo.⁵⁴ Su actitud crítica hacia la corriente principal de la Iglesia les ganó el desprecio y después su persecución por parte del Imperio Romano, para el cual el movimiento montanista fue considerado simplemente como una herejía entre otras. Eso es lo que se desprende del testimonio que nos llega de la pluma de Eusebio.⁵⁵ Por Epifanio

⁵³ Tertuliano, *Sobre la modestia*, cap. 7.

⁵⁴ Tertuliano, *Tratado del alma* 9.3-4; *Contra Marción* 4.22.5; *De la monogamia* 1.1-2.

⁵⁵ *Id. id.*, 5.16.8,9.

también sabemos que en su fervor, Montano dio algunas profecías en las que hablaba en primera persona, lo que sus enemigos interpretaron como que pretendiera ser el mismísimo “Dios encarnado.”⁵⁶ Sin embargo, no hay fundamento serio para aceptar semejante despropósito, sino que Montano creía que en el acto profético era el Señor quien hablaba a través del profeta o profetisa, quien actuaba como mero instrumento pasivo en las manos del Espíritu.⁵⁷

El entusiasmo y el fervor de los montanistas fue despreciado por sus enemigos, para quienes su forma de culto y su búsqueda de la profecía fueron elementos entendidos como meros éxtasis emocionalistas.⁵⁸ Es más que evidente que las acusaciones de que fueron objeto tienen muchos puntos de coincidencia con las críticas por parte del conservadurismo eclesial hacia el pentecostalismo moderno y los sectores carismáticos o renovados de todas las denominaciones cristianas de nuestros días.

Cirilo de Jerusalem estuvo también entre quienes acusaron a Montano de ser un hereje y un blasfemo.⁵⁹ Sin embargo, por Epifanio⁶⁰ e Hipólito⁶¹, sabemos que Montano aceptó y enseñó las doctrinas generalmente aceptadas por toda la cristiandad. Creía en la Trinidad divina, en la Persona y en la Obra de nuestro Señor Jesucristo, en la revelación de las Sagradas Escrituras, en la total depravación del hombre inconverso, y en su necesidad de la conversión y la vida consagrada a Dios.

La tensión de aquellos días fue extraordinariamente grande. Por una parte, la corriente gnóstica capitaneada por Marción⁶² trataba por todos los medios de eliminar importantes porciones de los escritos apostólicos, e incluso todas las Escrituras hebreas del Antiguo Testamento, mientras que la corriente principal de la Iglesia temía que los montanistas pretendieran incluir sus oráculos privados en el canon de las Sagradas Escrituras, añadiendo sus profecías a las enseñanzas de los apóstoles y profetas bíblicos. Aunque no existe constancia de que Montano y sus discípulos pretendieran tal acción, la tensión entre la corriente principal de la Iglesia y el

⁵⁶ Casi todas las profecías de Montano se encuentran recogidos en M. Grant, Robert, “Second Century Christianity: A Collection of Fragments”, S.P.C.K., Londres, 1957, pp. 95-96.

⁵⁷ Epifanio, Panarion 48:11.

⁵⁸ Eusebio, Historia Eclesiástica 5.16.7; 5.17.2.

⁵⁹ Cirilo de Jerusalem, Discurso catequético 16.8.

⁶⁰ Epifanio, Panarion 48:1.

⁶¹ Hipólito, La Refutación de todas las herejías 8:12.

⁶² Marción: s. II. Fundador de la comunidad gnóstica marcionista, según la cual el Dios del Antiguo Testamento era inferior al Dios de Jesucristo. Resumió sus ideas en “Antítesis”.

movimiento montanista llegó a tal punto que éste fue excomulgado por aquélla. Por Eusebio sabemos de varios concilios celebrados en Asia Menor en los que se trató la cuestión del montanismo, llegando a juzgar que lo que ellos afirmaban ser obra del Espíritu Santo, era atribuible a los demonios. Los montanistas, por su parte, al recibir tales acusaciones y la decisión de mantenerlos fuera de la comunión de la Iglesia, procedieron a excomulgar a ésta, afianzándose aún más en su creencia de ser la pura y verdadera Iglesia de Cristo.

De manera indirecta, el montanismo contribuyó poderosamente a la formación del canon de las Escrituras, y su testimonio ha servido de acicate para muchos cristianos de todos los tiempos en su búsqueda del poder del Espíritu Santo y sus dones. Por otra parte, el montanismo nos sirve de advertencia del peligro de caer en el error del orgullo espiritual que conduce inevitablemente al aislacionismo excluyente.

Para el año 400 d.C., el panorama de la Iglesia había cambiado completamente. El rápido establecimiento de la iglesia imperial por parte de Constantino hizo que un remanente de cristianos sinceros abandonaran la iglesia parcialmente paganizada. Entre los siglos III y IV hallamos a los “santos del desierto” que abandonaban el mundo para vivir en cuevas y buscar la unión con Dios mediante la oración y la meditación. La estructura eclesiástica había vencido sobre la actividad carismática de los siglos anteriores. Un ejemplo claro al respecto nos llega de la pluma de Juan Crisóstomo, por quien sabemos que la presencia de los dones del Espíritu brillaba ya por su ausencia. En su comentario sobre el capítulo 12 de la Primera Carta a los Corintios, hallamos un razonamiento que corresponde al milímetro con el que habitualmente hacen los hermanos que no aceptan la vigencia de los carismas del Espíritu Santo para nuestro tiempo. Para Crisóstomo, los dones espirituales carecían ya de sentido, por cuanto la fe cristiana se había extendido por todo el imperio, lo que los convertía en “señales superfluas”.⁶³ Es evidente que la supremacía de la Iglesia, desde la perspectiva de Crisóstomo, convertía en innecesarios los carismas del Consolador. Es muy triste el comentario en el que nos dice así: “Este texto (1ª Corintios 12) es muy oscuro, pero su oscuridad se debe a nuestra ignorancia de los hechos a los que hace referencia, así como a su cesación, por cuanto habla de lo que ocurría, pero ya no acontece.”⁶⁴

Sin embargo, esta nota pesimista no puede interpretarse como un cese absoluto de los dones del Espíritu Santo, sino como su reducción, e incluso desaparición, en la corriente oficial de la Iglesia, mientras que en la vida monástica, que comenzaba a desarrollarse precisamente en ese mismo siglo IV, hacían acto de presencia los carismas espirituales. El desarrollo de las órdenes monásticas en el siglo V prueba el anhelo por parte de muchos cristianos por volver a la sencillez de la vida cristiana del Nuevo Testamento. De este modo podemos seguir el devenir de dichas órdenes en el curso de la Edad Media, pasando de la pobreza a la abundancia. Lo mismo podemos afirmar respecto a algunos movimientos marginales, distanciados de la superestructura religiosa de Roma y su pretensión de ser la “religión católica”, es decir, “universal”, en un

⁶³ Crisóstomo, Juan, “Homilía 34:2 sobre 1ª Corintios 13:8”.

⁶⁴ Crisóstomo, Juan, “Homilía 29 sobre 1ª Corintios 12:1-2”.

proceso de desplazamiento de Jesucristo del centro de la Iglesia, y, por consiguiente, de su Espíritu, para ser substituido por el sincretismo constantiniano y el cesaropapismo emergente. Incluso se registra el caso de Pacomius (346), fundador del movimiento monástico cenobítico, en Egipto, quien, después de pasar tres horas en oración, pudo conversar en latín, lengua que nunca había estudiado, con un visitante llegado de occidente. Juan Casiano afirmaba que por la meditación de las cosas divinas, y la contemplación espiritual, el alma era arrebatada en éxtasis.

A lo largo del período comprendido entre los siglos V y XII hallamos constancia de la búsqueda de la llenura del Espíritu Santo por parte de claros exponentes como Agustín de Hipona (s. V), Dionisio el Areopagita (s. VI), e Hildegarda (s.XII). El fenómeno de las lenguas desconocidas se repite con el abate cisterciense Joaquín de Flora (1202). Del siglo XII nos han llegado noticias de una abadesa benedictina, Hildegarda de Bingen, que solía cantar himnos que contenían palabras desconocidas. La glosolalia hace acto de presencia también entre las órdenes de frailes mendicantes del siglo XIII, así como entre movimientos tales como el de los husitas ⁶⁵, los

⁶⁵ Los husitas toman su nombre del reformador checo Jan Hus (1369-1415). Su apellido procede de la pequeña población de Husenic, muy cerca de la frontera bávara. En 1396 se graduó en la afamada Universidad de Praga, de la que llegaría a ser rector. Su predicación atraía a multitudes a la capilla de Belén, en Praga, desde donde sus sermones sobre la urgencia en la necesidad de reformar la Iglesia, y la imprescindible vuelta a la autoridad de la Biblia en toda materia de fe y conducta, alcanzaron a miles de almas sedientas de la sencillez y pureza del Evangelio de Jesucristo. Su influencia en Praga fue verdaderamente enorme. Contaba con el arzobispo y el rey de Bohemia entre sus amigos. Sin embargo, en 1408 fue acusado de herejía. En 1410 fue excomulgado por Roma, particularmente por su enérgica protesta por el juicio y ejecución de Juan Wyclif en la hoguera, así como por su enseñanza en contra de la venta de las indulgencias en Praga. Primeramente, fue condenado a abandonar la ciudad, viéndose obligado a vivir en el exilio, en hogares y castillos de algunos de los nobles y ciudadanos influyentes entre quienes gozaba de simpatía. En ese tiempo escribiría su notable obra “De Ecclesia”. En el año 1414, Hus aceptó la sugerencia del emperador Segismundo respecto a la conveniencia de presentarse voluntariamente ante el Concilio de Constancia, con el fin de que se revisara su caso. Hus fue arrestado por orden de los cardenales presentes en el Concilio, procedieron a examinar sus creencias, y después de recurrir a la mentira con el fin de atribuirle numerosos despropósitos, fue condenado a morir en la hoguera, lo cual acontecería el día 6 de Julio de 1415. Su resistencia al papado y al emperador convirtieron a Jan Hus en héroe nacional. Los husitas fueron perseguidos y asesinados en Bohemia hasta 1436. La importancia de la obra de Hus va más allá de lo estrictamente espiritual y eclesial. Su adaptación del alfabeto latino a la lengua checa, así como la eliminación de estructuras gramaticales arcaicas, hacen de Hus el padre de la lengua literaria checa moderna.

anabautistas, los hugonotes⁶⁶, las primeras sociedades de amigos (cuáqueros)⁶⁷, los camisardos -protestantes de las montañas de Cevennes (Francia)-,⁶⁸ y los moravos.⁶⁹

En el siglo XVI, durante la Reforma, hallamos un grupo radical al cual sus enemigos denominan “anabautistas”. Para ellos la Reforma no había ido suficientemente lejos en sus cambios estructurales. Los anabautistas fueron denominados de ese modo por sus enemigos, quienes erróneamente creían que se dedicaban a “rebautizar” a sus adeptos. Sin embargo, los anabautistas no rebautizaban a nadie, sino que no aceptaban como bautismo válido el administrado a los infantes antes de la edad de la razón. Casi todo lo que sabemos de ellos, como en tantos otros casos, proviene más bien de sus enemigos y opositores. Su primer líder fue Thomas Münzer, quien capitaneó un levantamiento en Zwickau en el año 1521. En 1525 condujo a sus seguidores a la denominada “Guerra de los Campesinos”, en el sur de Alemania, donde se enfrentaron a una fuerte resistencia por parte de Martín Lutero. Los anabautistas fueron derrotados y Münzer con otros dirigentes del anabautismo fueron ejecutados. Sin embargo, su movimiento se extendió y halló numerosos seguidores en los estados alemanes del norte, en Suiza e Inglaterra. Ganaron el control de Munster bajo el mandato de John de Leyden, entre 1532 y 1535. Desarrollaron un sistema social de convivencia comunitaria bajo la supervisión de los ministerios ordenados de apóstoles, profetas y otros dones carismáticos, entre los cuales muchos estiman que posiblemente también se dieron las lenguas. Sufrieron persecución por toda Europa. En 1535 fueron finalmente derrotados. Se establecieron en Moravia, y de ahí que después fueran conocidos como “Hermanos Moravos”. Su fervor misionero fue extraordinario, a pesar de su pobreza y de las persecuciones sistemáticas que emprendió la iglesia estatal contra ellos. Algunos de ellos siguieron a un destacado líder llamado Hutter, de donde les sobrevino el apodo de “huteritas”, mientras que otro sector se estableció en Holanda, siguiendo a Meno, de donde fueron conocidos, y lo son hasta el día de hoy, como “menonitas”.

En el siglo XVII surgieron diversos grupos de cristianos en Inglaterra, apodados “disidentes” por la iglesia oficial. Todos ellos trataron de restaurar las iglesias hacia el patrón del Nuevo Testamento. Nos ha llegado constancia de que entre los “Shakers”⁷⁰ y los primeros “Quakers”

⁶⁶ Apodo dado a los calvinistas franceses.

⁶⁷ Movimiento cristiano fundado en Inglaterra por John Fox (s. XVII) cuyo nombre oficial es el “Sociedad de Amigos”. Se extendió muy rápidamente por el Nuevo Mundo. No practican culto externo, carecen de jerarquía eclesiástica y no se definen en cuanto a dogmas. Sus características más notables han sido el pacifismo. En el año 1947 recibieron el Premio Nobel de la Paz.

⁶⁸ Tomaron su nombre de Camisard, calvinista francés insurreccionado contra el clero católico y el gobierno de Luis XIV.

⁶⁹ Encyclopaedia Britannica, 1998.

⁷⁰ Apodo dado al movimiento iniciado en Inglaterra hacia el año 1747 por James y Jane Wardley. Se autodenominaron “La Sociedad Unida de Creyentes en la Segunda

(“cuáqueros”) se manifestaron los dones del Espíritu Santo, comprendidos los diversos géneros de lenguas.

¿Por qué disminuyeron tan notablemente los dones del Espíritu Santo en los años siguientes? No conocemos una mejor explicación que la que hallamos en uno de los magníficos sermones de Juan Wesley: ⁷¹ “No parece que estos extraordinarios dones del Espíritu Santo fueran comunes en la Iglesia durante dos o tres siglos. Rara vez oímos hablar de ellos después de aquel fatal período bajo el emperador Constantino el Grande, quien se llamaba a sí mismo “cristiano”, aunque nunca abandonó el culto a “mitra”, la deidad solar a la que camufló bajo la designación de “Cristo”. Desde su vana imaginación promovió la causa cristiana, y derramó riquezas, poder y honores sobre el clero. Desde entonces los dones casi totalmente cesaron. Hallamos muy escasas ocasiones en que hicieron acto de presencia. La causa de esto no fue (como vulgarmente se ha supuesto) porque ya no hubo necesidad de ellos, ya que todo el mundo se había convertido al cristianismo. Este es un miserable error. Ni una vigésima parte del mundo eran nominalmente cristianos. La verdadera causa fue que el amor de muchos se había enfriado⁷²; que casi todos los cristianos se habían dejado enfriar. Los cristianos no tenían del Espíritu de Cristo más que los paganos. El Hijo del Hombre, al venir a examinar a su Iglesia, apenas pudo hallar fe en la

Aparición de Cristo”. Un pequeño grupo de seguidores, con Ann Lee, viajaron a los Estados Unidos en el año 1774, donde establecieron su primera comunidad en la ciudad de Lebanon, en el estado de Nueva York. El mote de “Shakers”, literalmente “tembladores” se deriva del hecho del temblor experimentado por ellos durante sus cultos de adoración. El movimiento entró en declive a mediados del siglo XIX, y actualmente ha desaparecido casi por completo.

⁷¹ 1703-1791. Fundador del Movimiento Metodista. Experimentó el nuevo nacimiento de la regeneración por el Espíritu Santo 13 años después de su ordenación como clérigo de la Iglesia de Inglaterra. Hacia el año 1729, Juan Wesley organizó grupos de oración y estudio de las Escrituras en la Universidad de Oxford, donde recibieron por primera vez el apodo de “metodistas”. De gran influencia en su desarrollo espiritual fueron los Hermanos Moravos, a quienes Juan Wesley conoció durante un breve tiempo como misionero en Georgia entre los años 1735 y 1737. Particularmente influyente sobre su vida fue la predicación de Peter Bohler, a quien escuchó en la capilla de los Hermanos Moravos en Londres en 1738. A partir de aquel momento Wesley experimentaría un dinamismo y un fervor extraordinarios. Con su hermano Carlos, iniciaron un ministerio itinerante de evangelización por toda Gran Bretaña. Las comunidades metodistas se extendieron por todo el Reino Unido con la fuerza de un huracán. En 1784 se organizó la primera Conferencia Metodista, y fueron ordenados los cinco primeros ministros del movimiento. Cuando llegó la muerte de Juan Wesley, el número de metodistas superaba los setenta mil. En la actualidad, el número de metodistas es aproximadamente de un millón en el Reino Unido, más de un millón en Canadá, y unos trece millones en los Estados Unidos. Su fusión con varias asociaciones de iglesias congregacionalistas y presbiterianas en diversas partes del mundo nos lleva a unos treinta millones de fieles más.

⁷² Mateo 24:12.

tierra.⁷³ Esta fue la verdadera razón por la que los extraordinarios dones del Espíritu Santo dejaron de hallarse en la Iglesia; porque los cristianos habían vuelto al paganismo otra vez, y sólo les quedaban formas muertas.”⁷⁴ En estos clarísimos términos se explicaba el fundador del Movimiento Metodista.⁷⁵

El hecho de que muchos bautistas⁷⁶, como tantos otros hermanos de diversas denominaciones evangélicas, se encuentren hoy atados por tradiciones protestantes que les hacen resistirse al mover del Santo Espíritu de Dios en su distribución de los dones, no significa que siempre haya sido así. Es más, estamos convencidos de que el estudio de las primitivas fuentes bautistas servirá para que muchos hermanos vuelvan a sus raíces, totalmente inmersas en la vida controlada por el Santo Consolador.

Hagamos un poco de memoria: En el año 1742, la Asociación Bautista de Filadelfia, en los Estados Unidos, añadía su trigésimo quinta enmienda, que comienza diciendo: “Creemos que la imposición de las manos sobre los creyentes bautizados, acompañada de oración, es una

⁷³ Lucas 18:8.

⁷⁴ Wesley, John, “A more excellent way.”

⁷⁵ El Metodismo es la corriente cristiana iniciada por Juan y Carlos Wesley dentro de la Iglesia de Inglaterra en el siglo XVIII. Sus distintivos del servicio mutuo, el amor y la hermandad, apelaron poderosamente a grandes masas hacia el Evangelio de Jesucristo. Sus esfuerzos fueron muy bendecidos por el Señor, pero resultaron inaceptables para el inmovilismo de un amplio sector del clero de la iglesia oficial. Aunque al principio los metodistas permanecieron dentro de las iglesias anglicanas, el fuerte rechazo de parte de la jerarquía de la iglesia oficial les condujo a la separación de la misma. Al serles prohibido predicar y enseñar dentro de los templos de la Iglesia de Inglaterra, se vieron forzados a celebrar sus reuniones al aire libre, y frecuentemente en los cementerios. Su predicación llegó, naturalmente, a las clases trabajadoras más distanciadas de la iglesia estatal. Entre los conversos se manifestaron frecuentemente fenómenos espirituales extraordinarios, tales como temblores y balbuceos.

⁷⁶ Las iglesias bautistas son herederas de varios de los principios doctrinales de los anabautistas, principalmente la administración del bautismo a los fieles en edad de razón y por inmersión, la suficiencia de la Santa Biblia como norma suprema de fe y práctica, la autonomía de la iglesia local, la separación de la iglesia y el estado, y la defensa de la libertad en material religiosa y de conciencia para todos los hombres. La primera iglesia bautista organizada se constituyó como tal en el año 1609 en Holanda, bajo la dirección de John Smyth, un ministro de la Iglesia de Inglaterra que había abandonado su ministerio como tal por creer que la iglesia debe recibir a sus miembros por el bautismo, después de haber confesado su fe en Jesucristo de forma personal, y no antes de la edad de la razón. Algunos de sus seguidores constituyeron una iglesia bautista en Londres en el año 1612, bajo el pastado de Thomas Helwys, cristiano respetado por sus convicciones respecto a la tolerancia hacia todos los hombres.

ordenanza de Cristo. Deberían someterse a ella todas aquellas personas admitidas a participar de la Cena del Señor.”⁷⁷ El historiador bautista Dr. David Benedict señala que esta práctica fue y es de gran autoridad en otras naciones, y en América estuvo muy extendida en el pasado.⁷⁸ El Dr. Hiscox añade que la imposición de las manos fue ampliamente practicada por los bautistas para impartir los carismas del Santo Espíritu. “Las iglesias bautistas más ortodoxas practicaron la imposición de las manos sobre las personas bautizadas, y algunas lo siguen haciendo hasta el presente. Incluso con anterioridad al año 1742 -tenemos constancia de que hasta finales del siglo XIX- los bautistas practicaban la imposición de las manos para que los bautizados en las aguas recibieran la llenura del Espíritu Santo.”⁷⁹

Entre los principales bautistas que obraron bajo el poder y los dones del Santo Espíritu de nuestro Dios hallamos a hombres como Christmas Evans, quien después de consagrarse por entero al Señor, fue ungido con el Espíritu Santo y comenzó a predicar con un poder que el Bendito usó para extender el Evangelio y producir un avivamiento extraordinario en las Islas Británicas, y muy especialmente en Gales, en los últimos años del siglo XVIII. A principios del siglo XIX nos encontramos con el pastor Jacob Knapp, de Nueva York, quien también recibió el bautismo con el Espíritu Santo después de consagrarse enteramente al Señor. En los primeros años del siglo le hallamos ganando a multitudes para Jesucristo. Miles de almas se entregaban al Señor en sus campañas de evangelización, en las cuales muchos hombres y mujeres también eran llenos del Espíritu Santo. Tal era su potencia en la predicación del Evangelio que se decía que dondequiera que Jacob Knapp iba “los infieles palidecían y el universalismo entregaba el espíritu.” También hemos de recordar al evangelista A.B. Earle, en el mismo siglo, quien después de recibir la promesa de la llenura del Espíritu recorrió trescientas veinticinco mil millas y llevó a ciento cincuenta mil almas a los pies de Jesucristo en sus campañas de evangelización. La presencia del Señor que acompañaba a Earle en sus cultos era tan grande que las multitudes rompían en lágrimas y sollozos, o gritaban alabanzas a Dios. En sus propias palabras, decía así: “Después de cuarenta años he podido observar que el éxito en la promoción de avivamientos radica en que primeramente nuestros corazones estén llenos del Espíritu Santo.” Y finalmente recordemos al Dr. Adoniram Judson Gordon, pastor de la prestigiosa Iglesia Bautista de la Calle Clarendon, en la ciudad de Boston. Este hermano se destacó como instrumento divino en el ministerio de sanidad, a mediados del siglo XIX. Con frecuencia celebraba cultos de sanidad en su iglesia. Fue bautizado con el Espíritu Santo durante una de las conferencias del Dr. D.L. Moody. En aquellos días, el Dr. Gordon escribió dos importantes obras, cuyos títulos son “The Ministry of the Spirit” (“El Ministerio del Espíritu”) y “The Ministry of Healing” (“El Ministerio de la Sanidad”).⁸⁰

⁷⁷ Hiscox, Edward T., “Standard Baptist Manual”, Judson Press, cit. “Holy Spirit Renewal Ministries in American Baptist Churches, June 2002.

⁷⁸ Benedict, David, “Fifty Years among the Baptists”, op. cit.

⁷⁹ Op. cit.

⁸⁰ Dr. Clark, Gary, “Early Baptists healed and evangelized in the power of the Spirit”, Refreshing Times, American Baptist Holy Spirit Renewal Ministries, June 2002.

Durante los primeros años del siglo XIX nos encontramos con Edward Irving, quien además de enfatizar la doctrina de la Segunda Venida de Cristo, enseñaba que los poderes sobrenaturales que se manifestaban en el primer siglo debían igualmente en el presente. En el año 1830 se manifestó el don de las lenguas en la iglesia que Irving pastoreaba en Londres.

En el mismo año 1830, en Saltcoats, en la costa occidental de Escocia, se registra el caso de los hermanos James y George MacDonald, nacidos en 1800. Su hermana estaba a punto de morir, pero no cesó de orar por sus hermanos, rogando a Dios que los llenara con el poder divino. Y así fue, James fue bautizado con el Espíritu Santo, y lo primero que hizo fue levantar a su hermana de su lecho de muerte completamente sanada. Unos días después, en una reunión de oración de su congregación, James comenzó a orar en lenguas. Su hermano George también recibió la promesa, y pronto se extendió una ola de avivamiento por toda la comarca.

En aquellos últimos años del siglo XIX nos encontramos con muchas iglesias evangélicas sumidas en la frialdad espiritual y el formalismo. Dentro del Movimiento Metodista se produjo un importante avivamiento cuyo origen se produjo en un grupo de oración dirigido por la hermana Phoebe Palmer. Aquello representó una vuelta a la enseñanzas originales de Juan Wesley respecto a una experiencia con el Espíritu Santo, posterior a la conversión o nuevo nacimiento de la regeneración, por la que el Señor capacita para vivir una vida santa, separados del pecado y gozosos en la alabanza a Dios. Así surgió el Movimiento de Santidad. Aunque al principio los adherentes a este movimiento permanecieron en sus respectivas iglesias y denominaciones, hacia el año 1880 hallamos ya la existencia de numerosas asambleas cristianas identificadas como “Iglesias de Santidad”. En esa misma década comenzaron a manifestarse los dones del Espíritu Santo, y entre ellos los diversos géneros de lenguas, entre muchos cristianos miembros de dichas congregaciones en los estados norteamericanos de Tennessee y Carolina del Norte.

En el giro del siglo XX, el Señor derramó su Espíritu en Kansas, en un avivamiento acompañado de las señales prometidas por el Maestro, con milagros de sanidad divina y la manifestación de las lenguas entre muchos cristianos de todas las denominaciones. La reacción por parte de los sectores más conservadores de las iglesias fue la burla y la persecución de los creyentes que habían recibido la promesa del Padre. En muchos lugares se llegó incluso a la excomunión y expulsión de los avivados por el Espíritu Santo.

De esos días nos llega el testimonio del respetado F.B. Meyer, quien visitó Estonia, en el Báltico, donde halló algunas pequeñas congregaciones bautistas, formadas por sencillos campesinos, que le maravillaron sobremanera. Esto es lo que escribió a su regreso acerca de ellos en la revista “The London Christian”:

“Es muy notable, cuando la iglesia luterana de esta tierra ha perdido su fervor evangelizador, y se inclina hacia la substitución del poder de nuestro Señor Jesucristo por ritos y formas litúrgicas, que Dios haya levantado a un noble, el barón Uxhull, para predicar el Evangelio en toda su sencillez... El don de lenguas se escucha bastante frecuentemente en los cultos, especialmente en los pueblos, pero también en las ciudades. Cuando se interpretan, el mensaje más frecuente es: “Jesús viene pronto... Jesús está cerca... Estad preparados... No estéis ociosos.”

Algo semejante nos llega de una tierra tan distante como Manchuria, en Corea, cuando escribe en aquellos días el Dr. Jonathan Goforth, notable misionero de la Iglesia Presbiteriana Canadiense:

“Las Escrituras prueban que nuestro Señor Jesucristo quiso que el Espíritu Santo continuara entre nosotros con manifestaciones tan poderosas como en Pentecostés. La eficacia del bautismo con o en el Espíritu Santo y fuego sólo decae en el alma cuando voluntariamente queremos apagarlo.”⁸¹

Anteriormente, ya en 1903, y bajo el liderazgo de Ambrose J. Tomlinson, los miembros de la “Unión Cristiana” de Carolina de Norte, en los Estados Unidos, formaron la “Iglesia de Dios”, con el propósito de volver a la fe apostólica, cuyos elementos centrales eran los dones relacionados en el capítulo doce de la Primera Epístola a los Corintios.⁸²

En el año 1900, en el Seminario “Bethel Bible College, el pastor Charles Fox Farham enseñaba abiertamente que la Iglesia necesitaba ser avivada por el Espíritu Santo. Organizó un grupo de oración, y el día primero de Enero de aquel año, Agnes Osman pidió al rector del Seminario que le impusiera las manos para recibir la plenitud del Espíritu, tras lo cual comenzó a alabar al Señor pronunciando sílabas que nadie entendía. Cuarenta estudiantes más recibieron la promesa del Padre aquel año. Desde el Seminario Bethel, la hermana Lucy Farrow llevó el mensaje de Pentecostés a la ciudad de Houston, y desde allí, en el año 1906, el hermano William Seymour, predicador de la comunidad negra, llevó el mensaje de la plenitud del Espíritu a la ciudad de Los Ángeles. Allí constituyó la iglesia de la calle Azusa, en un bajo comercial, desde donde invitó a todos a orar y buscar las señales y milagros prometidos por el Señor para su Iglesia. Se produjo una auténtica explosión de milagros de sanidad acompañados por la alabanza a Dios en otras lenguas. Aquella pequeña congregación, ubicada en un humilde local destinado para ser una tienda del barrio, se convirtió en el centro de un nuevo movimiento del Santo Espíritu de Dios.

Después del mes de Abril de 1906, cuando la fe apostólica comenzó a expandirse desde la pequeña capilla de la Calle Azusa, en Los Ángeles, el movimiento pentecostal moderno se puso en marcha con un poder desconocido durante siglos. Un par de años antes, entre 1904 y 1905, el Señor había derramado su Espíritu sobre Gales, Gran Bretaña, entre cristianos de todas las denominaciones, y esto estimuló poderosamente a muchos creyentes norteamericanos a buscar la unción del Santo Consolador.⁸³ El agente humano en aquel avivamiento galés fue un sencillo minero del carbón, Evan Roberts, un creyente sin formación teológica académica. Tan grande fue el avivamiento acontecido en el diminuto país de Gales que más de cien mil personas se convirtieron al Señor en un período aproximado de ocho meses. Se cerraron tabernas y

⁸¹ C. Miller, Elmer, “Pentecost Examined”, Gospel Publishing House, Springfield, Missouri, 1936, pp. 40-41, 43, cit. “Paraclete”, Spring 1974.

⁸² L. Blumhoffer, Edith, “American Pentecostalism in Historical Perspective”, Paraclete, Winter 1985.

⁸³ Id. id.

prostíbulos, así como la mayoría de los espectáculos públicos, pues las gentes dedicaban su tiempo libre a congregarse para orar y escuchar la Palabra de Dios.

En aquellos días el Señor derramó su Espíritu de igual manera en naciones tan distantes entre sí como Suecia, India y los Estados Unidos. J. Edwin Orr hace el siguiente comentario sobre el avivamiento en Gales y otras naciones: “¿Por qué aconteció este avivamiento en aquel preciso momento?... Una forma más sutil de infidelidad había brotado en la Iglesia, un compromiso entre el cristianismo y el humanismo. Una interpretación más sofisticada de la conducta humana, inspirada en Freud, presentaba a Dios como una mera ilusión.”⁸⁴ Naturalmente, el malo -¡Dios le reprenda!- pronto induciría a la sangrienta Primera Guerra Mundial. Indefectiblemente, y hasta el final de los tiempos, con la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo, todo avivamiento espiritual genuino será precedido por una degradación o apostasía de la Iglesia, y seguido por un fuerte ataque rabioso del enemigo de las almas.

La fuerte oposición por parte de las iglesias históricas desencadenó la formación de nuevas agrupaciones o denominaciones apodadas “pentecostales”, tales como las Asambleas de Dios, la Iglesia de Dios en Cristo, la Iglesia Pentecostal Unida, y la Iglesia del Evangelio Cuadrangular, entre otras.

En las décadas de los años veinte y treinta del pasado siglo XX, la casi totalidad de las denominaciones protestantes estaban divididas respecto a las tendencias de la teología conservadora y liberal. El modernismo y el fundamentalismo llevaban enfrentados desde el giro del siglo. El modernismo escéptico e intelectualista, profundamente arraigado en el racionalismo alemán, barrió en aquellos años a las iglesias históricas que acababan de rechazar la ola del Espíritu Santo. Sin embargo, en ninguna iglesia abierta a la presencia, dones, ministerios y operaciones del Santo Espíritu de Dios, se produjo brote alguno de modernismo filosófico, bajo el disfraz o pretexto de ser “teología”. Todo el enfrentamiento entre los defensores de las verdades bíblicas y los adherentes al humanismo liberal cristiano continúa hasta nuestros días. Sin embargo, desapareció entre aquellos que fueron renovados por el Espíritu Santo. La presencia y los dones de la bendita Persona del Consolador pusieron fin a toda discrepancia en cuanto a la relevancia e inerrancia de las Sagradas Escrituras, la vigencia de los carismas y la íntima relación entre las necesidades espirituales de los hombres, la misión de la Iglesia de Cristo y las respuestas del Evangelio de la Gracia y del Reino de Dios. El modernismo y el escepticismo intelectualoides saben perfectamente que sólo tienen una barrera infranqueable: La cristiandad que busca la llenura del Espíritu Santo, según el patrón de los Hechos de los Apóstoles. No en vano dice el profeta Isaías que “temerán desde el occidente el nombre del Señor, y desde el nacimiento del sol su gloria; porque vendrá él como río, mas el Espíritu del Señor levantará bandera contra él.” (Isaías 59:19).

Cuando llegamos a las décadas de los años cincuenta y sesenta del pasado siglo XX nos encontramos con otro extraordinario fenómeno dentro de la Iglesia. El tema en ese momento es el “ecumenismo”. Se hacen planes para la fusión de las denominaciones y grandes asociaciones

⁸⁴ Edwin Orr, J., “The Flaming Tongue”, Moody Press, Chicago, 1973, p. 191.

de iglesias. Se minimiza la importancia de las doctrinas, y todo parece indicar que va a producirse la mayor “unidad” de los cristianos jamás imaginada. Sin embargo, todo este montaje de los hombres, fruto de intereses frecuentemente inconfesables, se desmorona cuando el Señor sopla una nueva ola de avivamiento espiritual, con el derramamiento del Espíritu Santo en medio de congregaciones modernistas y escépticas, y la resultante manifestación de los carismas del Consolador. Todos los esfuerzos dirigidos hacia la unidad en lo exterior se vienen abajo ante la realidad indiscutible de la verdadera unidad, la del Espíritu del Señor, que mueve a miles y miles de cristianos de todas las procedencias y tradiciones a abrazarse bajo la lluvia del Consolador. Esto no es opinable, sino perfectamente constatable, incluso en nuestra nación, donde casi todas las cosas nos han llegado por la correa de transmisión de las casas matrices de las respectivas denominaciones.⁸⁵

Esta nueva ola del Espíritu Santo en medio de las denominaciones históricas se conoce como avivamiento “neopentecostal” o “carismático”. A diferencia de lo acontecido en el giro del siglo anterior, la oposición por parte de las iglesias tradicionales no fue tan enconada. Muchos “carismáticos” permanecieron dentro de la membresía de sus respectivas iglesias y denominaciones. Así podemos hallar hoy iglesias renovadas por el Espíritu Santo dentro de todas las tradiciones evangélicas.

En el año 1967, el mover del Espíritu Santo alcanzó también a la Iglesia Católica Romana. El centro oficioso del Movimiento Carismático dentro del catolicismo se ubicó en Bruselas, Bélgica, bajo el liderazgo del cardenal Leo Josef Suenens. En el año 1980, nada menos que cincuenta obispos católicos declaraban ser “carismáticos”. En los Estados Unidos se celebraba en 1976 la Primera Conferencia de Bautistas Carismáticos. Aquel mismo año, los metodistas daban su aprobación al “nuevo” mover del Espíritu. Lo mismo sucedió dentro de muchos cuerpos eclesiales, especialmente de los Estados Unidos, lo cual evitó que los hermanos renovados por el Santo Consolador tuvieran que dejar sus respectivas denominaciones.

En el año 1977 se celebró la Conferencia de la Renovación Carismática en los Estados Unidos, con una asistencia de más de cuarenta y cinco mil cristianos de la casi totalidad de las denominaciones. En el Reino Unido, y gracias a la labor del pastor anglicano Michael Harper, los cristianos carismáticos fueron ganando aceptación dentro de las principales corrientes de las iglesias. En el año 1978 se celebró un encuentro carismático en la Catedral de Canterbury, sede del arzobispo primado de la Iglesia de Inglaterra, donde se dio a conocer la existencia de más de un millón de anglicanos carismáticos.

Así hallamos brotes de esta naturaleza en medio de cada avivamiento espiritual, con preciosas manifestaciones de entusiasmo y fervor en la adoración, abandono de vicios y pecados, vuelta a la santidad y gran celo por la evangelización, tal y como ha acontecido en todo el curso de la historia cristiana. El Espíritu Santo es la clave para devolver a la Iglesia de Jesucristo el resplandor de santidad que nunca debió haber perdido. No olvidemos que la santidad no es cuestión de formas externas, sino de interioridad espiritual que se ha de traducir, naturalmente,

⁸⁵ El autor se refiere a España.

en formas de vida y conducta. Es en nuestro interior donde obra el Espíritu del Señor. La victoria sobre nuestra vieja naturaleza comienza en nuestros corazones. La victoria sobre las obras de la carne es del Santo Consolador.⁸⁶ No se trata de una más o menos larga lista de cosas que hemos de hacer, y otras que no. No es cuestión de “moralina”. La santidad es personal. No depende de otros, ni del entorno en el que nos desenvolvamos. El don del Espíritu Santo, la promesa del Padre, es la unción que nos separa de la práctica del pecado y nos capacita para ser testigos eficaces de Jesucristo en el mundo. No hay posible santificación fuera del ámbito del Santo Espíritu de Dios. El apóstol Pablo, escribiendo a la iglesia en Tesalónica, les dice: “Pues ya sabéis qué instrucciones os dimos por el Señor Jesús; pues la voluntad de Dios es vuestra santificación.” (1ª Tesalonicenses 4:2-3). ¿Cómo podremos mantenernos limpios, separados del pecado, viviendo como es digno de la vocación con que fuimos llamados por el Espíritu Santo a la conversión y la fe de Cristo, sino siendo llenos de ese mismo Espíritu del Señor? Ser llenos del Santo Consolador no es, pues, una alternativa cristiana, entre otras posibles, sino una necesidad urgente e imprescindible.

En las décadas de los ochenta y los noventa del pasado siglo XX, el movimiento del Espíritu Santo se ha extendido de manera casi incomparable dentro de la historia de la Iglesia. Muchos han adoptado las formas cúllicas de los pentecostales o carismáticos, en buena medida como “puesta al día” en materia litúrgica, incluyendo música más acorde con los tiempos, así como tratando de retener a la juventud y de emular el crecimiento y desarrollo de las iglesias renovadas por el Espíritu Santo. Sin embargo, una vez más hemos podido constatar que la renovación espiritual del Santo Consolador, si bien es cierto que incide en cambios en las formas de adoración y de liturgia, no es en absoluto cuestión de formas, sino que se trata de la obra del Paráclito en el corazón de los redimidos por la sangre preciosa de Jesucristo. El mover del Espíritu no es de afuera hacia adentro, sino, antes bien, desde lo más profundo del ser hacia el exterior.

Aquí hemos de recordar y honrar a dos siervos del Señor que profetizaron que el derramamiento del Espíritu Santo llegaría a todas las denominaciones e iglesias históricas, sin exclusión. Se trata de Smith Wigglesworth y el Dr. Charles S. Price. El primero de ellos manifestó en cierta ocasión: “El Señor me ha enviado a deciros que a través de las antiguas denominaciones vendrá un avivamiento que eclipsará todos los otros que la historia ha conocido... Eclipsará nuestros días, incluso al avivamiento pentecostal del siglo XX que ya ha maravillado al mundo.”⁸⁷ El Dr. Price hizo esta misma afirmación en varias ocasiones de su vida, antes de fallecer hace cinco décadas.

¡Pentecostés es para todos!

⁸⁶ Gálatas 5:19-21; Colosenses 3:8; Efesios 4:31.

⁸⁷ Slosser, Bob, “A man called Mr. Pentecost”, Logos International, Plainfield, New Jersey, 1977, p. 2.

III - El testimonio neotestamentario:

La plenitud o plenitud del Espíritu Santo se manifiesta en Juan el Bautista, el precursor o heraldo de Jesús de Nazaret, desde el vientre de su madre. Así le fue profetizado a su padre Zacarías por un ángel del Señor:

“Pero el ángel le dijo: Zacarías, no temas; porque tu oración ha sido oída, y tu mujer Elisabet te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Juan. Y tendrás gozo y alegría, y muchos se regocijarán de su nacimiento; porque será grande delante de Dios. No beberá vino ni sidra, y será lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre. Y hará que muchos de los hijos de Israel se conviertan al Señor Dios de ellos. E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y de los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto.” (Lucas 1:13-17).

Es importante tener presente que la obra del Santo Espíritu de Dios no se limita temporalmente a una ocasión exclusiva en la experiencia de una persona. De nuestro Señor Jesucristo se afirma algo que supera todo cuanto se ha dicho y se dirá respecto a la obra del Espíritu en persona alguna: Jesús de Nazaret fue concebido por el Espíritu Santo. Pero incluso Él, concebido por obra y gracia del Santo Consolador, fue luego ungido por el Espíritu, inmediatamente después de ser bautizado en las aguas del río Jordán:

“Respondiendo el ángel, le dijo (a María): El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios.” (Lucas 1:35).

“Aconteció que cuando todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado; y orando, el cielo se abrió, y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma, y vino una voz del cielo que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia.” (Lucas 3:21-22).

Jesús de Nazaret nació del Santo Espíritu de Dios. Así fue como el Verbo, que es Dios, fue hecho carne, y habitó entre nosotros.⁸⁸ La relación de nuestro bendito Maestro con la Persona del Espíritu Santo es notoria a lo largo de su vida encarnada en la tierra. Los evangelistas Mateo y Lucas afirman que Jesús vino a nuestro mundo en un acto milagroso de Dios. Fue concebido por el Espíritu Santo en el vientre de la doncella Miriam⁸⁹, latinizada “María”.⁹⁰ La concepción

⁸⁸ Juan 1:1, 14.

⁸⁹ Isaías 7:14. El término “virgen” es la traducción correcta del griego “partenos” en la Septuaginta. La voz hebrea original en Isaías 7:14 es “alma”, vocablo cuyo significado es “una joven casadera”. De ahí que en numerosos textos de las Escrituras se traduzca por “doncella”. (Génesis 24:43; Cantares 1:3; 6:8). La concepción virginal de Jesús es de suma importancia, por cuanto era necesario que en su misma persona fuera verdaderamente Dios-con-nosotros (Emanuel) y verdaderamente hombre. La única manera de nacer como ser

sobrenatural, del Espíritu, es lo que le constituye al hombre Jesús en “santo”⁹¹, es decir, libre de cualquier sombra de pecado y consagrado a Dios. Esa condición es la que le convierte en digno de cargar con la culpa de los pecados de todos los hombres, sus hermanos menores, y efectuar la expiación con el derramamiento de su sangre pura y sin contaminación alguna.⁹²

Sin embargo, aunque engendrado y nacido del Espíritu de Dios, fue bautizado con el Espíritu Santo treinta años después de su nacimiento en la carne para iniciar su ministerio público bajo el poder de la unción de lo alto.⁹³ No obstante, la unción de Jesús no se manifestó en lenguas articuladas por cuanto su ministerio terrenal se limitó al pueblo hebreo: “Él respondiendo dijo: No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel.” (Mateo 15:24). Tengamos siempre presente que Jesús vivió en los días de la carne entre nosotros bajo la antigua dispensación, por lo que el Padre escogió obrar a través suya en la manera profética veterotestamentaria: “Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley.” (Gálatas 4:4).

La relación de nuestro bendito Salvador con la Persona del Espíritu Santo se manifiesta inmediatamente después de su bautismo en las aguas. Es el propio Espíritu quien le lleva al desierto, después de haberle llenado, para ser tentado por Satanás -¡Dios le reprenda!- durante cuarenta días: “Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu

humano (Juan 1:14, “carne”) era que naciera de mujer, y la única forma en que podía ser verdaderamente Dios era que fuese concebido por el Santo Espíritu de Dios. (Mateo 1:20; comp. Hebreos 4:15). La única manera de ser divino era tener a Dios por Padre. (Lucas 1:35). Después del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, José y María participaron en la plena unión físico-afectiva matrimonial. De ahí el hecho de que Jesús tuviera hermanos y hermanas. (Mateo 12:46-47; Marcos 3:31-32; 6:3; Lucas 8:19-20). Los esfuerzos realizados por quienes pretenden mantener la virginidad perpetua de nuestra hermana María, aduciendo a que el término griego “adelfoi, adelfai” puede entenderse también como “primos y primas”, carece de sentido, por cuanto para “primos” el griego es la voz “anepsios”. Los dos vocablos griegos se confunden en el siglo IV, momento en el cual comienza tristemente a considerarse indecorosa la maternidad de María.

⁹⁰ Mateo 1:18,23; Lucas 1:27.

⁹¹ Lucas 1:35.

⁹² “Al vivir y sufrir como ser humano, Jesús se compadece de las debilidades de los seres humanos (Hebreos 4:15-16). Como el divino Hijo de Dios Él tiene poder para liberarlos de la esclavitud del pecado y del poder de Satanás (Hechos 26:18; Colosenses 2:15; Hebreos 2:14; 5:14-16; 7:25). Como ser divino y hombre sin pecado, Él llena los requisitos para servir como sacrificio por los pecados de cada persona y como sumo sacerdote para interceder por todos los que se acercan a Dios (Hebreos 2:9-18; 5:1-9; 7:24-28; 10:4-12).” (Biblia de Estudio Pentecostal, Nueva Versión Internacional, Editorial Vida, Miami, Florida, 1991).

⁹³ Mateo 3:13-17; Marcos 1:9-11; Lucas 3:21-22.

al desierto por cuarenta días, y era tentado por el diablo. Y no comió nada en aquellos días, pasados los cuales, tuvo hambre.” (Lucas 4:1-2).

Es evidente que pudo enfrentarse al tentador y vencer porque había sido previamente bautizado con el Santo Espíritu. De ese modo se cumplía lo profetizado por Isaías: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió el Señor; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad del Señor.” (Isaías 61:1-2).⁹⁴ Así nos da testimonio y ejemplo, para que jamás nos enfrentemos a los poderes y potestades espirituales de las tinieblas en nuestras propias fuerzas, sino bajo la unción del Santo Consolador, en la plenitud que el Señor ha prometido dar a los suyos.

Todo el ministerio de nuestro Señor Jesucristo fue realizado como hombre ungido con el poder del Espíritu Santo.⁹⁵ Este es el ejemplo perfecto y normativo para todos los discípulos del Amado hasta el día de su Segunda Venida: “Vosotros sabéis lo que se divulgó por toda Judea, comenzando desde Galilea, después del bautismo que predicó Juan: cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo éste anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él.” (Hechos 10:37-38).

Después de la ascensión gloriosa de nuestro Señor Jesucristo a la diestra del Padre, su relación con la unción del Espíritu Santo y la manifestación sobrenatural de las lenguas, queda claramente expresada en el texto del discurso del apóstol Pedro en aquel día de Pentecostés:

“A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Así que exaltado (Jesús) por la diestra de Dios, y habiendo recibido (Jesús) del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado (Jesús) esto que vosotros veis y oís.” (Hechos 2:32-33).

La vinculación de “ver” y “oír” a Pentecostés nos habla contundentemente de un acontecimiento que estaba sucediendo ante sus ojos y sus oídos, no algo sólo interior, de naturaleza exclusivamente mística. Además, el que Cristo Jesús derramara el Espíritu Santo prueba que Él es de veras el Mesías exaltado, ahora sentado a la diestra de Dios, como Sumo Sacerdote de nuestra fe, quien intercede por nosotros.⁹⁶ “Desde el bautismo de Jesús y en adelante, el Espíritu estaba sobre Él en su plenitud como el siervo ungido de Dios.”⁹⁷ Ahora, a la diestra del Padre, Jesucristo vive para derramar el mismo Espíritu Santo sobre todos los que creen en Él, y le han recibido como único Señor y Salvador personal, eterno y todo suficiente. Al derramar su

⁹⁴ Ver también Lucas 4:16-19.

⁹⁵ Es en el Espíritu Santo en quien Jesús realiza su ministerio, en la tierra como en el Cielo. Jesús es Dios-con-nosotros (Juan 1:1, 14); por eso ha de ser también hombre (1^a Timoteo 2:5), para cumplir su ministerio bajo la unción del Santo Consolador: Mateo 12:28; Lucas 4:1, 14; Romanos 8:11; Hebreos 9:14.

⁹⁶ Hebreos 7:25.

⁹⁷ comp. Lucas 3:21-22; 4:1,14,18-19.

Espíritu, el Señor evita nuestra orfandad, dejándonos al otro Consolador como mediador de su presencia entre nosotros, y de ese modo nos capacita para que sigamos haciendo en esta tierra lo que Él comenzó a hacer y a enseñar.

Inmediatamente después de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo, en su primer encuentro con aquellos amados discípulos, el Maestro les dio el Espíritu Santo, vinculándolos con Él de una manera nueva. No les dio el Espíritu con el poder con que lo derramaría en Pentecostés, después de que Jesucristo fuera glorificado con la gloria que tuvo en el seno del Padre, antes de la encarnación. De ahí que no fuera acompañada aquella experiencia por ninguna señal, sino como sello de pertenencia, como principio de novedad de vida para aquellos discípulos. El derramamiento del Espíritu Santo con poder acontecería pocos días más tarde, en Pentecostés, después de la ascensión del Señor a la gloria del Padre: “Entonces Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío. Y habiendo dicho esto, soplo⁹⁸, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo.” (Juan 20:21-22).⁹⁹

Después de haber resucitado glorioso, el Señor Jesús permaneció en esta tierra durante cuarenta días, como primicia (primer fruto) de entre los muertos, cumpliendo así la cuarentena de la cuenta del “omer” u ofrenda de las gavillas: “En el primer tratado, oh Teófilo, hablé acerca de todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar, hasta el día en que fue recibido arriba, después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido; a quienes también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios. Y estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalem, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días.” (Hechos 1:1-5).

Cincuenta días después, el Señor llenó con el Espíritu Santo a aquellos mismos hombres a quienes había dado el Espíritu Santo en su primer encuentro con ellos después de la resurrección: “Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el

⁹⁸ El verbo griego para “soplar” es “emfusao”, y tiene el sentido de “insuflar”. Es la misma voz que en la Septuaginta se utiliza para describir el acto por el que Dios soplo aliento de vida en la nariz de Adam, para que el hombre llegara a ser un ser viviente (literalmente: “ser que respira”). Es el mismo verbo que hallamos en Ezequiel 37:9: “Y me dijo: Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre, y dí al espíritu: Así ha dicho el Señor: Espíritu, ven de los cuatro vientos, y sopla sobre estas muertos, y vivirán.”

⁹⁹ La forma del verbo “recibir” (“lambano”) es el aoristo imperativo (“labeto”) y denota un solo acto de recepción. Aquí, pues, el Señor Jesucristo les dio el Espíritu Santo para regenerarlos, aplicándoles los beneficios de su Redención en la Cruz del Calvario, y sellándolos como propiedad adquirida al precio de su sangre. (2ª Corintios 5:17). Así fue como el Santo Consolador comenzó a vivir en ellos. Pocos días después, en Pentecostés, serían bautizados con el Espíritu Santo, para ser testigos del Evangelio de Jesucristo y de la Resurrección. (Hechos 2:4).

Espíritu les daba que hablasen.” (Hechos 2:4).

Algún tiempo después, en medio de una situación crítica, volvieron a ser llenos del Espíritu Santo, lo cual les hizo proclamar la Palabra de Dios con valentía: “Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios.” (Hechos 4:31).

El testimonio del Nuevo Testamento es muy claro al respecto. Los que fueron bautizados en el día de Pentecostés, fueron llenos de nuevo en ocasiones posteriores. Y de ello se desprende una lección de suma importancia para nuestras vidas. Y es que en el ámbito del Espíritu Santo o bien crecemos o bien comenzamos a menguar. No existe tal cosa como una cristiandad pasiva o dormida, sino más bien, tristemente, una cristiandad que va deslizándose por la fatídica pendiente que llega a convertir al Camino en una mera filosofía humanista, ya sea en sus coloridas versiones sacramentalistas -romana y ortodoxa- o en sus frías y austeras versiones protestantes. Las cosas del Santo Consolador no pueden guardarse en nuestra “nevera” particular para más adelante. No podemos aceptar el culto en la presencia del Señor como se nos describe en Apocalipsis, clamando a gran voz, como el estruendo de muchas aguas ¹⁰⁰, y como sonido de un gran trueno, y voz como de arpistas ¹⁰¹; como una gran multitud incontable que gozosa y con voz como de muchas aguas alaba a Dios ¹⁰², y al mismo tiempo negar o descalificar el culto exultante a Dios para hoy, dejando la alabanza que se nos describe en la Palabra para “entonces”, anteponiendo nuestra solemnidad tradicional, de incuestionable factura religiosa, al testimonio de la Palabra de Dios. Los creyentes y las iglesias que creen que pueden permanecer en una actitud pasiva o expectante, sin tomar una clara decisión, están retrocediendo. Con el Señor Jesucristo no cabe la neutralidad: “El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama.” (Mateo 12:30; Lucas 11:23).

Cuando el apóstol Pablo le aconseja al pastor Timoteo que avive el fuego del don de Dios que está en él por la imposición de las manos del apóstol ¹⁰³, y por los demás miembros del presbiterio, le insta a que “no descuide el don” ¹⁰⁴. Por las palabras que siguen, todo parece indicar que Timoteo había retrocedido en cuanto al don del Espíritu, probablemente acobardado por la persecución de que eran objeto los cristianos en aquellos momentos, y, naturalmente, por el propio encarcelamiento de Pablo: “Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio.” (2ª Timoteo 1:7). Cuando Pablo escribe estas palabras de exhortación al pastor Timoteo, el apóstol se encuentra encarcelado por orden del emperador romano Nerón. Sus días se están acortando, pues le resta ya muy poco tiempo para su martirio.

¹⁰⁰ Apocalipsis 7:10.

¹⁰¹ Apocalipsis 14:2.

¹⁰² Apocalipsis 19:1-8.

¹⁰³ 2ª Timoteo 1:6.

¹⁰⁴ 1ª Timoteo 4:14.

Pudiera ser que Timoteo estuviera tan atemorizado como para ni siquiera atreverse a visitar a Pablo en su prisión.¹⁰⁵ Recordemos que nada paraliza tanto como el miedo y la cobardía.

Lo que el apóstol Pablo recuerda a Timoteo es, precisamente, lo que el Señor ha prometido darnos con la plenitud del Espíritu Santo: Poder, amor y dominio propio. Y lo que es más, también la aportación espiritual de energía física, más allá de toda comprensión. Así lo promete el Señor: “Él da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas.” (Isaías 40:29).

El testimonio inequívoco del Nuevo Testamento es el de la cercanía del Señor y su Reino a su pueblo mediante la Persona del Espíritu Santo. La expresión veterotestamentaria del “dedo de Dios” nos habla del alcance del Espíritu bajo la figura antropomórfica del apéndice digital, parte fisiológica que, sin dejar de ser parte integrante del cuerpo, es la que más puede alejarse del mismo: “Mas si por el dedo de Dios echo yo fuera los demonios, ciertamente el reino de Dios ha llegado a vosotros.” (Lucas 11:20).

El Santo Consolador es quien nos hace conscientes de la presencia del Señor en nuestro medio, conmueve nuestros corazones hacia la oración, la adoración y la alabanza, y nos acaricia con su amor, bendición, instrucción, auxilio, perdón, y sanidad. Él es quien efectúa el cumplimiento de todas las promesas de nuestro bendito Salvador, desde aquella primera comunidad de Jerusalem hasta el día glorioso del Segundo Adviento de Jesús el Cristo. Desde aquel Pentecostés de los Hechos, toda la actividad de los apóstoles y misioneros cristianos estará llamada a depender de la presencia y de la acción del Santo Paráclito:

“Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en Espíritu y en Verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en Espíritu y en Verdad es necesario que adoren... No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros... Él (el Espíritu de Verdad) me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber.” (Juan 4:23-24; 14:18; 16:14).

No en vano toda la Sagrada Escritura concluye con estas palabras: “Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oiga, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente... El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús.” (Apocalipsis 22:17, 20).

“En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado.” (Juan 7:37-39).

¹⁰⁵ The Expositor's Bible Commentary, Vol. 11, Zondervan Publishing House, Grand Rapids, Michigan, 1978.

IV - Análisis exegético de los textos neotestamentarios.

El primero de los pasajes que vamos a estudiar es el de aquel Pentecostés de los Hechos de los Apóstoles. El hebreo “Shavuot” (“Semanas”) fue y es la fiesta conmemorativa de la revelación del Eterno en Sinaí, y la entrega del Decálogo. “Jag Shavuot”, “Fiesta de las Semanas”, es la forma hebrea para esta festividad. “Pentecostés” es la castellanización del nombre helenista para esta celebración, “Penteconta hemeras”, correspondiente al hebreo “Jamishim Yom”, es decir, “cincuenta días”, cuya institución se nos relata en el capítulo 23 del libro de Levítico ¹⁰⁶:

“Y contaréis desde el día que sigue al día de reposo, desde el día en que ofrecisteis la gavilla de la ofrenda mecida; siete semanas cumplidas serán. Hasta el día siguiente del séptimo día de reposo contaréis cincuenta días; entonces ofreceréis el nuevo grano al Señor. De vuestras habitaciones traeréis dos panes para ofrenda mecida, que serán de dos décimas de efa de flor de harina, cocidos con levadura, como primicias para el Señor. Y ofreceréis con el pan siete corderos de un año, sin defecto, un becerro de la vacada, y dos carneros; serán holocausto al Señor, con su ofrenda y sus libaciones, ofrenda encendida de olor grato para el Señor. Ofreceréis además un macho cabrío por expiación, y dos corderos de un año en sacrificio de ofrenda de paz. Y el sacerdote los presentará como ofrenda mecida delante del Señor, con el pan de las primicias y los dos corderos; serán cosa sagrada al Señor para el sacerdote. Y convocaréis en este mismo día santa convocación; ningún trabajo de siervos haréis; estatuto perpetuo en dondequiera que habitéis por vuestras generaciones.” (Levítico 23:15-21).

Se trata de una de las fiestas calificadas como “santa convocación” y fiesta de peregrinaje, lo que muestra el carácter solemne de la celebración, cuando todos los hijos de Israel debían desplazarse a Jerusalem para acudir al servicio sagrado en la “Beit Hamikdash”, la “Casa de Santidad”, que es la designación habitual hebrea para el templo.¹⁰⁷

El Pentateuco no menciona una fecha exacta para Shavuot, como lo hace para otras festividades, pero según el capítulo 19 del libro de Éxodo, la revelación del Bendito en Sinaí tuvo lugar en el mes de Siván (el tercer mes del año), en pleno acuerdo con el calendario farisaico, confirmado por el descubrimiento del calendario de los Esenios de Qumrán.¹⁰⁸ Igualmente hallamos la confirmación al respecto en la comparación de la teofanía de la apertura del Salmo 50 con el texto del capítulo 33 de Deuteronomio:

¹⁰⁶ La fiesta también se denomina “jag hakashir”, “fiesta de la cosecha”; “yom habikurim”, “día de las primicias o primeros frutos”. (Éxodo 23:16; Números 28:26). La fiesta no se limita a los días del Pentateuco, sino que también hallamos referencias a ella en los días de Salomón (2º Crónicas 8:13), como el segundo de los tres festivales anuales de peregrinaje. (Deuteronomio 16:16).

¹⁰⁷ Levítico 23:21.

¹⁰⁸ Éxodo 12.

“De Sión, perfección de hermosura, Dios ha resplandecido. Vendrá nuestro Dios, y no callará; fuego consumirá delante de él, y tempestad poderosa le rodeará. Convocará a los cielos de arriba, y a la tierra, para juzgar a su pueblo. Juntadme mis santos, los que hicieron conmigo pacto con sacrificio. Y los cielos declararán su justicia, porque Dios es el juez.” (Salmo 50.2-6).

“El Señor vino de Sinaí, y de Seir les esclareció; resplandeció desde el monte de Parán, y vino de entre diez millares de santos, con la ley de fuego en su mano derecha. Aun amó a su pueblo; todos los consagrados a él estaban en su mano; por tanto, ellos siguieron en tus pasos, recibiendo dirección de ti.” (Deuteronomio 33:2-3).

El hecho de que el acontecimiento sea ubicado por el salmista en Sión, y no en Sinaí, ha sido interpretado por los sabios antiguos de Israel como una dramatización del suceso en Jerusalem. Sin embargo, el elemento de la instrucción y el juicio de Dios están presentes en ambos textos, tanto en el Salmo como en el pasaje deuteronomico. El resplandor de la presencia del Señor nos remite a la “Shejiná”, la radiante gloria de la presencia -morada- de Dios en medio de su pueblo.¹⁰⁹

Las fechas hebreas para la celebración se vinculan al “Sefirat Ha-Omer”¹¹⁰, que es la cuenta

¹⁰⁹ Otro término hebreo para “Shejiná” es “Kabod”, “gloria”, cuya equivalencia griega en el N.T. es “doxa”. Se aplica a seres humanos, como es el caso de Jacob (Génesis 31:1) y Salomón (Mateo 6:29), pero cuando se aplica a Dios suele ir acompañada de truenos, relámpagos y la nube. (Éxodo 19:16; 24:15 ss.; Salmos 29; 97; Ezequiel 1:4). También hace acto de presencia en el tabernáculo de reunión (Éxodo 40:34-38), en el templo de Jerusalem Ezequiel 43:2, 4). Su presencia ya se encuentra en la Creación (Salmo 19). La gloria del Señor es misteriosa e inefable (Éxodo 33:18-23). Ver también: Lucas 2:9,14; Hechos 7:55; Romanos 11:36; 2ª Corintios 3:18; Filipenses 4:20; Apocalipsis 7:12. Finalmente, la gloria del Señor aparece presente de una manera especial en el santuario y en la ciudad celestiales. (Apocalipsis 25:8; 21:23).

¹¹⁰ La cuenta del “Omer” (la ortografía “homer” es también aceptable en castellano) tiene doble significado: Agrícola y espiritual. Las tres fiestas de peregrinaje -Pésaj (Pascua), “Shavuot (Pentecostés) y Sucot (Cabañas o Tabernáculos)- se distinguen en la Torá (Pentateuco) por las estaciones de la tierra de Israel. La época de la cosecha comienza en Pésaj, cuando se incia la siega, de la cual se ofrecía un “omer” en el templo de Jerusalem. “Omer” es el término con el que se designa a la “gavilla” y también a una medida de capacidad de aproximadamente cuatro litros. A partir de esa fecha comienza el tiempo de maduración de los demás productos agrícolas. En Shavuot termina la cosecha con la recolección del trigo. En la festividad de Sucot, culminan todos los trabajos agrícolas del año. Todo dueño de tierra que cultivara cualquiera de las siete especies más destacadas en la tierra de Israel -trigo, cebada, uva, higos, granadas, aceitunas y dátiles- debía llevar las primicias - primeros frutos- de sus productos (hebreo “bicurim”) al templo de Jerusalem. El plazo para presentar esta ofrenda era desde Shavuot a Sucot. (Éxodo 23:14-19).

entre Pésaj, la Pascua, y Shavuot, comenzando a partir del segundo día de la Pascua, es decir, el 16 del mes de Nisán, y se cuentan cuarenta y nueve días, es decir, siete semanas, y en el quincuagésimo día se celebra la festividad.

En el Segundo Libro de las Crónicas hallamos una detallada descripción de la celebración de Pentecostés. El pueblo se congrega en Jerusalem en el mes tercero, y después de haber realizados sacrificios, entran en el Pacto con todo el corazón, vinculándose formalmente por aclamación, con promesas y juramentos, entre el sonidos de las trompetas y los cuernos de alabanza:

“Se reunieron, pues, en Jerusalem, en el mes tercero del año decimoquinto del reinado de Asa. Y en aquel mismo día sacrificaron para el Señor, del botín que habían traído, setecientos bueyes y siete mil ovejas. Entonces prometieron solemnemente que buscarían al Señor, el Dios de sus padres, de todo su corazón y de toda su alma; y que cualquiera que no buscara al Señor, el Dios de Israel, muriese, grande o pequeño, hombre o mujer. Y juraron al Señor con gran voz y júbilo, al son de trompetas y de bocinas. Todos los de Judá se alegraron de este juramento; porque de todo su corazón lo juraban, y de toda su voluntad lo buscaban, y fue hallado de ellos; y el Señor les dio paz por todas partes.” (2º Crónicas 15:10-15).

Es evidente el sentido renovador del pacto sinaítico, con la ratificación de los sacrificios. Este sentido de renovación de la Alianza se encuentra también entre los esenios de Qumrán, según se desprende algunos de los textos de los Rollos del Mar Muerto, especialmente en el correspondiente al ceremonial anual de renovación del Pacto (hallado en la cueva 4), donde se especifica que tendrá lugar cada año en Pentecostés.¹¹¹ Es también interesante el paralelismo que hallamos en el relato de la revelación en Sinaí, en el capítulo 19 de Éxodo, particularmente en cuanto al sonido de las trompetas y bocinas. El toque del “shofar” (“cuerno de carnero”) pertenece al ritual del juramento o reconsagración al Pacto, práctica que persiste en el judaísmo hasta nuestros días.

“Aconteció que al tercer día, cuando vino la mañana, vinieron truenos y relámpagos, y espesa nube sobre el monte, y sonido de bocina muy fuerte; y se estremeció todo el pueblo que estaba en el campamento. Y Moisés sacó del campamento al pueblo para recibir a Dios; y se detuvieron al pie del monte. Todo el monte Sinaí humeaba, porque el Señor había descendido sobre él en fuego; y el humo subía como el humo de un horno, y todo el monte se estremecía en gran manera. El sonido de la bocina iba aumentado en extremo; Moisés hablaba, y Dios le respondía con voz tronante.” (Éxodo 19:16-19).

Es el libro de Deuteronomio el que aporta más referencias en cuanto al solemne sentido asambleario de la fiesta como conmemoración de la entrega del Decálogo:

“Cuando yo subí al monte para recibir las tablas de piedra, las tablas del pacto que el Señor hizo con vosotros, estuve entonces en el monte cuarenta días y cuarenta noches, sin comer pan ni beber agua; y me dio el Señor las dos tablas de piedra escritas con el dedo de Dios; y en ellas

¹¹¹ J.T. Milik, “Ten Years of Discovery in the Wilderness of Judea”, 1959, pp. 113 ff.

estaba escrito según todas las palabras que os habló el Señor en el monte, de en medio del fuego, el día de la asamblea. Sucedió al fin de los cuarenta días y cuarenta noches, que el Señor me dio las dos tablas de piedra, las tablas del pacto.” (Deuteronomio 9:9-10).

“En aquel tiempo el Señor me dijo: Lábrate dos tablas de piedra como las primeras, y sube a mí al monte, y hazte un arca de madera; y escribiré en aquellas tablas las palabras que estaban en las primeras tablas que quebraste; y las pondrás en el arca. E hice un arca de madera de acacia, y labré dos tablas de piedra como las primeras, y subí al monte con las dos tablas en mi mano. Y escribió en las tablas conforme a la primera escritura, los diez mandamientos que el Señor os había hablado en el monte de en medio del fuego, el día de la asamblea; y me las dio el Señor.” (Deuteronomio 10:1-4).

“Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará el Señor tu Dios; a él oiréis; conforme a todo lo que pediste al Señor tu Dios en Horeb el día de la asamblea, diciendo: No vuelva yo a oír la voz del Señor mi Dios, ni vea yo más este gran fuego, para que no muera.” (Deuteronomio 18:15-16).

En Deuteronomio 5:22 se nos relata cómo el Señor habla a la congregación de los hijos de Israel y podemos apreciar claramente que la figura del “trueno” es equivalente a la “voz”, según se desprende de numerosos pasajes bíblicos, en consonancia con toda la literatura antigua del Oriente Medio:

“Estas palabras habló el Señor a toda vuestra congregación en el monte, de en medio del fuego, de la nube y de la oscuridad, a gran voz; y no añadió más. Y las escribió en dos tablas de piedra, las cuales me dio a mí.” (Deuteronomio 5:22).

“La voz de tu trueno estaba en el torbellino; tus relámpagos alumbraron el mundo; se estremeció y tembló la tierra.” (Salmo 77:18).

El sentido espiritual de la festividad de Pentecostés fue interpretado por los sabios antiguos de Israel a la luz de la “cuenta del omer”, que son las siete semanas que unen Pésaj con Shavuot. El conjunto de ambas fiestas fue siempre entendido como el símbolo de la entereza y plenitud de la redención divina. Pésaj marca la libertad física y Shavuot la espiritual. La Pascua, vinculada a la salida del pueblo de Israel de debajo de la garra opresora del faraón egipcio, abre el proceso de la redención, cuya primera fase fue la libertad física de la esclavitud y del plan de exterminio faraónico. La segunda etapa de la redención sería en Shavuot, con la entrega de la Torá en Sinaí. Así fue como los sabios de Israel explicaron que no basta con ser libre para hacer lo que uno desea hacer, sino que debemos llegar a ser libres para hacer lo que debemos hacer, por cuanto no existe diferencia real entre aquel que es esclavo de otro y aquel que es esclavo de sus propios instintos.¹¹² Si la liberación ha sido solamente física, pronto volveremos a la

¹¹² En las fuentes rabínicas, Pentecostés aparece bajo la designación de “Atzeret”, voz hebrea que significa “conclusión”, por lo que se emplea para referirse a la terminación de la festividad. Este término, derivado de “reunión” y “detención”, que son sus significados

cautividad, por cuanto la permanencia en libertad del individuo como del pueblo dependen de las leyes que nos indiquen el camino a seguir. No en vano la voz “Torá” para la santa Ley de Dios proviene de una raíz hebrea que significa “indicar el camino con el dedo.”

Mientras estuvo en pie el templo de Jerusalem, la agricultura en la tierra de Israel marcó profundamente el sentido de la fiesta. El período de las ofrendas de las primicias, entre la Pascua y Pentecostés, comenzaba con una ceremonia inaugural en la que se presentaban la ofrendas de los panes, que la Escritura denomina “ofrenda nueva”: “Además, el día de las primicias, cuando presentéis ofrenda nueva al Señor en vuestras semanas, tendréis santa convocación; ninguna obra de siervos haréis.” (Números 28:26).

Después de la destrucción del templo, cuando el pueblo de Israel se dispersó entre las naciones de la tierra, el sentido agrícola de la festividad llegó a desaparecer casi completamente, pero permaneció el sentido espiritual de la misma, con la conmemoración de la entrega de la Torá. De ello dan testimonio los escritos intertestamentarios.¹¹³ En esa época se originó la costumbre de pasar toda la noche de Shavuot, la víspera de la festividad, estudiando la Palabra de Dios, y recitando el “Tikún Leil Shavuot”¹¹⁴, colección de textos de las Escrituras y de los “Midrashim”¹¹⁵, particularmente las enseñanzas compuestas por los cabalistas de Safed en el siglo XVI. Al amanecer, después de concluir el estudio, se celebra una oración matutina de carácter festivo. Otra de las costumbres hebreas para la celebración de Pentecostés es la lectura del rollo de Rut, uno de los cinco “meguilot” del Antiguo Testamento.¹¹⁶ La razón por la que se lee y canta esta porción de la Escritura es evidente. El libro de Rut se desarrolla principalmente durante el tiempo de la cosecha, lo que le hace coincidir en el calendario con Pentecostés. El

originales, llegó a usarse con el sentido de concluir la cuenta del omer. Otras fuentes rabínicas lo interpretan como “abstenerse”, por el mandato de no hacer ninguna obra de siervos (Levítico 23:15-21). “Atzeret” es, pues, el término talmúdico para referirse a Shavuot. Y de ahí el nombre de “Sheminí Atzeret”, literalmente “el octavo día de la asamblea”, la denominación del día en que concluye la celebración de Pentecostés.

¹¹³ Jubileos 1:1 comp. 6:17; Talmud Babilónico, Pesajim 68b; Midrash, Tanjuma 26c.

¹¹⁴ “Tikun Leil Shavuot”, literalmente “servicio de la noche de Shavuot”.

¹¹⁵ “Midrash”, plural “Midrashim”: Interpretación homilética de las Escrituras, con su exégesis y comentario. Esta colección de escritos se recopiló durante el período de tiempo comprendido entre los siglos III y XII. Su propósito es hallar las verdades subyacentes en las Sagradas Escrituras, y siguen el proceso de penetrar en las ramificaciones de los versículos bíblicos y las lecturas “entre líneas” de los antiguos rabíes.

¹¹⁶ “Meguilót”, es el plural de “meguilá”, literalmente “rollo”. Son cinco los denominados así de la Biblia: En Sucot se lee “Eclesiastés”; en Purim es “Ester”; en Pésaj es “El Cantar de los Cantares”; en “Tishá Be’av” (El noveno día del mes de Av. Es día de lamentación por la destrucción del templo de Jerusalem) es “Lamentaciones”; y en Shavuot es “Rut”.

personaje central, Rut, abrazó entonces la fe de Israel, del mismo modo que el pueblo hebreo recibió su identidad con la entrega de la Ley en Shavuot. Además, el libro de Rut aporta datos sobre la ascendencia del rey David en Rut, de quien era bisnieto. Y la tradición enseña que David nació y murió en Shavuot.

Hay un aspecto de la celebración hebrea de Shavuot que puede ayudarnos a los gentiles a comprender la vigencia de Pentecostés para nuestras vidas, más allá del mero sentido de recuerdo que nosotros generalmente atribuimos a toda celebración con trasfondo histórico. En la “tefilá” (“oración”) de Shavuot, el pueblo judío dice que “este es el tiempo de la entrega de la Torá”, y no “en recuerdo del tiempo de la entrega de la Torá”. ¿Cuál es la diferencia? ¿Por qué se expresa de esa manera y no de la otra, que nos parecería más lógica? Sencillamente se trata de expresar que Shavuot no es “recuerdo”, por cuanto la voz del Señor no ha cesado. La fe es el don de Dios que no permite que cese la voz del Altísimo en Pentecostés, sino que produce el milagro en todo fiel por el cual la voz del Eterno palpita en el corazón. En esta actitud judía podemos vislumbrar el sentido personal y recurrente de Pentecostés para todo aquel hombre o mujer que ha sido redimido por la sangre del Cordero. Dios no dio fiestas a su pueblo Israel con el exclusivo propósito de recordar, sino de reactualizar.

Tres son las ocasiones en que se hace referencia a Pentecostés en el Nuevo Testamento. La primera de ellas es la registrada en Hechos 2:1, hacia el año 30 d.C., donde se nos presenta con la designación griega de “ten hemeran pentekostes”, cuando el Espíritu Santo descendió con poder sobre los discípulos que estaban congregados esperándolo; la segunda ocasión, hacia el año 57 d.C., se halla en Hechos 20:16, cuando Pablo, no dispuesto a permanecer en Asia, emprende rápidamente el viaje hacia Jerusalem con el propósito de celebrar Shavuot en la tierra de los padres; y la tercera ocasión está registrada en 1ª Corintios 16:8, hacia el 54 ó 55 d.C., cuando Pablo se proponía quedarse en Éfeso hasta Pentecostés, porque el Señor le había abierto una puerta para llevar adelante su ministerio.

El carácter notorio de la fiesta de Pentecostés en los días del Nuevo Testamento, cuando ya había superado en mucho su sentido original de fiesta de acción de gracias por la cosecha, particularmente por su vinculación a la conmemoración de la entrega del Decálogo en Sinaí, es algo que se desprende del propio texto neotestamentario, así como de la pluma del historiador Josefo. Este último relata en dos ocasiones la importancia de la concurrencia a la festividad en Jereusalem. Una de ellas es con motivo de la invasión de los partos, en el año 40 a.C. : “Cuando llegó la fiesta de Pentecostés, todo el entorno del templo y la ciudad entera se llenó con gentes venidas de toda la tierra.”¹¹⁷ La segunda referencia de Flavio Josefo está datada después de la muerte de Herodes, en el año 4 a.C.: “Al llegar Pentecostés... no fue tanto la costumbre ritual como la indignación lo que atrajo a multitudes a la capital. Un número incontable de gente llegó procedente de Galilea, de Irumea, de Jericó, y de Perea, al otro lado del Jordán, pero fue la población nativa de Judea la que, tanto en número como en fervor, predominó sobre todos los

¹¹⁷ Flavio Josefo, “Guerras Judías”, I, 253 comp. “Antigüedades Judías”, XIV, 337.

demás.”¹¹⁸

En ambos casos, el elemento asambleario es de destacar, lo que demuestra el carácter eminentemente solemne de la celebración. Ese es el mismo clima que detectamos en el capítulo 2 del libro de los Hechos de los Apóstoles, donde se dan los nombres de numerosas nacionalidades presentes en la fiesta: “... partos, medos, elamitas, y los que habitamos en Mesopotamia, en Judea, en Capadocia, en el Ponto y en Asia, en Frigia y Panfilia, en Egipto y en las regiones de África más allá de Cirene, y romanos aquí residentes, tanto judíos como prosélitos, cretenses y árabes, les oímos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios.” (Hechos 2:9-11).

La relación de todas las nacionalidades representadas tiene la intención de mostrar el carácter universal -“de todas las naciones bajo el cielo”, v.5- del Evangelio de Jesucristo y de la Resurrección. Por ejemplo, los “partos”, “medos” y “elamitas” representan a las razas orientales del Imperio Romano. Los medos y los elamitas, como imperios, ya no existían en aquel momento, por lo que hemos de entender que la referencia a idiomas ya raramente hablados en aquella fecha ha de comprenderse más bien como cumplimiento profético. Luego se mencionan los residentes de los territorios de la cuenca mediterránea, seguidos por los residentes y visitantes de Roma. Los “cretenses” y los “árabes” bien pueden ser los representantes de los extremos occidental y suroriental del Mare Nostrum, aunque todo parece apuntar más bien a las divisiones lingüísticas que a las geográficas, por lo que “Judea” podría significar la región de lengua aramea de Israel y la Siria Palestina. Esta última es la designación dada por el Imperio Romano a la tierra de Israel.

En el libro de los Hechos hallamos también una referencia que confirma el carácter de peregrinaje de la fiesta, en la cual el apóstol Pablo expresa su deseo y propósito de estar en Jerusalem a tiempo de poder participar en la celebración de Pentecostés. El relato de la apresurada navegación, en primera persona del plural, lo que indica que Lucas estaba a bordo, se explica el ardiente deseo del judío Pablo de llegar a tiempo de Shavuot. De forma indirecta también nos muestra este pasaje el hecho de que la cristiandad judía continuaba celebrando las fiestas hebreas, y nada menos que por alguien tan destacado como el apóstol Pablo:

“Navegando de allí, al día siguiente llegamos delante de Quío, y al otro día tomamos puerto en Samos; y habiendo hecho escala en Trogilio, al día siguiente llegamos a Mileto, porque Pablo se había propuesto pasar de largo a Éfeso, para no detenerse en Asia, pues se apresuraba por estar el día de Pentecostés, si le fuese posible, en Jerusalem.” (Hechos 20:15-16).

Por Filón sabemos que Pentecostés era una fiesta más importante incluso que la Pascua. Para definirla emplea la expresión “megíste eorté”, “la mayor festividad”. El testimonio del Nuevo Testamento es muy claro al respecto. Los principales componentes del relato concuerdan perfectamente con los textos de la entrega de la Ley en Sinaí, respecto a la cual Filón escribe que

¹¹⁸ Op. cit. II, 43 comp. Op. cit. XVII, 254.

la voz del Señor sonó hasta los confines de la tierra:¹¹⁹

“Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados (el verbo griego “káthemai”, “estar sentado”, “yacer”, “encontrarse”,¹²⁰ traduce el hebraísmo “habitar”, “residir”); y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen. Moraban entonces en Jerusalem judíos, varones piadosos, de todas las naciones bajo el cielo. Y hecho este estruendo, se juntó la multitud; y estaban confusos, porque cada uno les oía hablar en su propia lengua. Y estaban atónitos y maravillados, diciendo: Mirad, ¿no son galileos todos estos que hablan? ¿Cómo, pues, les oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido?” (Hechos 2:1-8).

En el original griego, “cuando llegó el día de Pentecostés” dice literalmente “cuando se completó el día de Pentecostés”, lo que significa que se cumplió el intervalo entre el día anterior y el día de la festividad, propiamente dicho. Tengamos presente que en la cronología hebrea, el día comienza con la puesta del sol, y concluye con la puesta del sol.¹²¹ Esta misma forma se encuentra en diversos textos de las Escrituras, como, por ejemplo: “Cuando se cumplió el tiempo en que él (Jesús) había de ser recibido arriba.” (Lucas 9:51).¹²²

En el pasaje de Hechos 2:1-21 se nos relata la llenura del grupo de unos ciento veinte de los más fieles discípulos de nuestro Señor Jesucristo, que han permanecido junto a los apóstoles.¹²³ Son hombres y mujeres -entre ellas está la propia María- que han obedecido fielmente al Señor y esperan la venida del Santo Consolador con poder:

“He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalem, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto.” (Lucas 24:49).

“Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalem, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra.” (Hechos 1:8).

¹¹⁹ Filón, “Diez Mandamientos”, 33; “Leyes Especiales”, II, 189.

¹²⁰ Ortiz V., Pedro, “Concordancia Manual y Diccionario Griego-Español del Nuevo Testamento”, Sociedad Bíblica, Madrid, 1997.

¹²¹ Génesis 1:5,8,13,19,23,31. De todos los días se nos dice que “fue la tarde y la mañana, un día”, excepto del “principio” de la Creación de Dios (Génesis 1:1) y del “séptimo día”, del cual no se da conclusión, por cuanto se trata del reposo de Dios, de la vuelta a los orígenes, de la eternidad (Génesis 2:1-3).

¹²² Ver también Marcos 1:15; Lucas 1:57.

¹²³ Hechos 1:13.

Seguramente no esperaban esta investidura de poder del Santo Espíritu de Dios en la manera en que aconteció. El Espíritu Santo es el hebreo “Ru’aj ha-Kodesh”. Es el “Espíritu noble” con que Dios sustenta a los suyos: “No me eches de delante de ti, y no quites de mí tu Santo Espíritu. Vuélveme el gozo de tu salvación, y Espíritu noble me sustente.” (Salmo 51:11-12).

Hay varias referencias en la literatura rabínica respecto a la cesación de la obra del Espíritu Santo. Algunos de los textos corresponden al tiempo inmediato después del primer templo, y algunos otros pertenecen al tiempo después del segundo templo. La idea general es que “cuando murió el último de los profetas -Hageo, Zacarías y Malaquías- el Espíritu Santo cesó su obra en Israel.”¹²⁴ El Midrash enseña que el Espíritu Santo es prometido a quienes enseñan en público la Torá, así como aquellos que la estudian con motivaciones puras, e igualmente con pura fe cumplen una sola “mitzvá”, un solo “mandamiento”.

La actitud de estos discípulos congregados en el aposento alto se describe con muy pocas palabras, pero claras y precisas: “Todos éstos perseveraban unánimes en oración y ruego.” (Hechos 1:14). “Déesis” es la voz griega que nuestra versión de la Biblia traduce por “ruego”. Su sentido es de “humilde súplica”. Esa será siempre la actitud de todo discípulo de Cristo Jesús respecto a la venida del Santo Consolador con poder.

En la experiencia de aquel Pentecostés, el término “glossai” (“lenguas”) aparece con dos significados distintos. Primeramente, como “lenguas de fuego”, es decir, como llamas ardientes con forma semejante a lenguas: “Y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos.” (Hechos 2:3).¹²⁵

La idea de la división de las llamas en “lenguas” y del “estruendo de los truenos y los relámpagos” se encuentra arraigada en la literatura midráshica del tiempo del Segundo Templo. Tanto los targúmenes ¹²⁶ arameos como Filón explican que las palabras (“lógoi”) que salieron de la boca de Dios en Sináí fueron como llamas de fuego que se convirtieron en palabras y voces, idea fundamentada en el texto de Éxodo 20:18, donde leemos así: “Todo el pueblo observaba el estruendo y los relámpagos, y el sonido de la bocina, y el monte que humeaba; y viéndolo el pueblo, temblaron, y se pusieron de lejos.” Así se formó la tradición de que cada una de las

¹²⁴ Yoma 9b.

¹²⁵ Ver también Éxodo 3:2-3; Génesis 15:17; Deuteronomio 4:24; Salmo 18:12-14; Ezequiel 1:4; Hebreos 12:29; Mateo 3:11.

¹²⁶ “Targum”, “traducción”. Tradicionalmente, se trata del nombre dado a la traducción aramea de las Sagradas Escrituras, realizada durante el período babilónico. La costumbre de leer el texto bíblico y su explicación en arameo, después de haber hecho la lectura en hebreo, se remonta a varios siglos antes de la gran diáspora. Con la excepción de algunas breves interpolaciones y paráfrasis, el Targum Bavli (“Targum de Babilonia”), conocido también como “Targum Onkelos”, es una traducción muy fiel. Menos fieles al texto bíblico son el Targum Yerushalami (“Targum de Jerusalem”) y otros “targumim” (targúmenes) de carácter fragmentario.

palabras habladas por el Señor al dar el Decálogo se dividió en setenta lenguas,¹²⁷ es decir, en todos los idiomas de la tierra repoblada por los descendientes de Noé, esparcidos por toda ella después del diluvio de aquellos días.

En el tratado Shabat, R. Yohanan dice: “El Señor daba palabra; había grande multitud de las que llevaban buenas nuevas.” (Salmo 68:11).¹²⁸ R. Yishmael dijo: “Como el martillo rompe la dura roca en muchos fragmentos, así cada palabra que sale de la boca de Dios se dividió en setenta lenguas.”¹²⁹ Y en el profeta Jeremías hallamos esta palabra de parte del Señor: “¿No es mi palabra como fuego, dice el Señor, y como martillo que quebranta la piedra?” (Jeremías 23:29).

En segundo lugar, la voz que nos ocupa se emplea con el sentido de “idiomas”, como vemos en el versículo siguiente: “Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen.” (Hechos 2:4).

Aquella fue la primera expresión perceptible de que los discípulos habían sido llenados con el Espíritu Santo, pues hablaron en los idiomas que los congregados con motivo de la fiesta de Pentecostés identificaron como sus propias lenguas: “Y hecho este estruendo, se juntó la multitud; y estaban confusos, porque cada uno les oía hablar en su propia lengua... ¿Cómo, pues, les oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido?” (Hechos 2:6, 8). Es lógico pensar que todos los congregados supieran hablar arameo y griego. Algunos también hablarían o entenderían el latín, aparte de los idiomas y dialectos de las tierras donde habían nacido. Pero seguramente también estarían presentes algunos visitantes ocasionales que habían llegado a Jerusalem para celebrar la fiesta.

Una tercera referencia a este fenómeno se halla en el versículo once del capítulo segundo de los Hechos, donde leemos así: “... les oímos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios.” Evidentemente, la llenura con el Espíritu Santo aconteció antes de que ellos comenzaran a hablar. El Santo Espíritu tomó el control sobre sus facultades humanas. Ahora bien, no se trató de una expresión estática e ininteligible, sino lenguas humanas que produjeron en los oyentes una reacción muy fuerte de sorpresa: “Y estaban atónitos y maravillados, diciendo: Mirad, ¿no son galileos todos estos que hablan?” (Hechos 2:7).

“Exístanto” es el vocablo griego que nuestra Biblia traduce por “atónitos”. El verbo “existemi” significa literalmente “estar como loco”, “estar fuera de sí”. El estruendo, como de un viento recio, que soplaba, y que llenó la casa donde estaban sentados los apóstoles y los discípulos de este grupo de unos ciento veinte, debió hacerles pensar, como a la multitud que se juntó, que se trataba del viento procedente del desierto, del que poéticamente habló el salmista David denominándolo “voz del Señor que hace temblar el desierto de Cades” (Salmo 29:8), y que los árabes conocen hasta el día de hoy como el “khamzin”, ruidoso siroco que apareció de manera

¹²⁷ Génesis 10:32.

¹²⁸ Buber, Martín, ed., “Midrash Tehilim” 92:3.

¹²⁹ Op. cit. 92:3.

súbita e inesperada. Sin embargo, no se trataba de un viento natural, sino que el propio texto de Hechos nos dice que “de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba” (Hechos 2:2). Un viento natural no hubiera despertado la sorpresa y el interés que en esta ocasión se produjeron. Además, el viento sopla horizontalmente, mientras que en este caso se nos dice que “vino del cielo”, es decir, desde arriba.¹³⁰

El viento y el fuego fueron las manifestaciones externas de la presencia del Espíritu Santo; primeramente “con ellos”, en el caso del viento, y “sobre ellos” en el caso del fuego. Las “lenguas como de fuego” nos hacen recordar también la gloria divina que rodeó al pueblo de Israel cuando proclamaron el magnífico compromiso con el Señor, el pacto de obediencia:

“Y tomó (Moisés) el libro del pacto y lo leyó a oídos del pueblo, el cual dijo: Haremos todas las cosas que el Señor ha dicho, y obedeceremos... Y subieron Moisés y Aarón, Nadab y Abiú, y setenta de los ancianos de Israel (uno en representación sacerdotal simbólica por cada una de las naciones de la tierra); y vieron al Dios de Israel; y había debajo de sus pies como un embaldosado de zafiro, semejante al cielo cuando está sereno.... Y la gloria del Señor reposó sobre el monte Sinaí, y la nube lo cubrió por seis días; y al séptimo día llamó (el Señor) a Moisés de en medio de la nube. Y la apariencia de la gloria del Señor era como un fuego abrasador en la cumbre del monte, a los ojos de los hijos de Israel. Y entró Moisés en medio de la nube, y subió al monte; y estuvo Moisés en el monte cuarenta días y cuarenta noches.” (Éxodo 24:7, 9-10, 16-18).

De ahí se desprende la enseñanza que tantos sabios antiguos de Israel han proclamado a través de los siglos: “Naasé Ve-Nishmá”, es decir, “haremos y aprenderemos”, por cuanto sólo la obediencia nos enseña. Primero es actuar, obedecer, cumplir el mandato; luego, y como resultado de la obediencia, viene el haber aprendido y todos los beneficios resultantes.

Ahora bien, estas señales visibles de aquel Pentecostés de los Hechos de los Apóstoles debieron desvanecerse pronto. No fueron suficientemente duraderas como para hacer callar a quienes les suponían bebidos. Esta no es la primera vez que los profetas de Dios son tenidos por locos o borrachos: “Necio es el profeta, insensato es el varón de espíritu”. (Oseas 9:7). Sin embargo, las lenguas permanecieron más tiempo, hasta el momento en que Pedro se dirigió en un solo idioma, cuando hizo callar a los que se burlaban de ellos creyendo que estaban ebrios:

“Entonces Pedro, poniéndose en pie con los once, alzó la voz y les habló diciendo: varones judíos, y todos los que habitáis en Jerusalem, esto os sea notorio, y oíd mis palabras. Porque éstos no están ebrios, como vosotros suponéis, puesto que es la hora tercera del día.” (Hechos 2:14-15).¹³¹

¹³⁰ Juan 3:8.

¹³¹ Las 9 de la mañana. Los judíos dividían el horario del día en doce partes iguales, desde la salida hasta la puesta del sol. No eran horas como las nuestras, de duración uniforme, sino que, naturalmente, eran más largas en verano que en invierno.

La referencia de Pedro a esta hora del día tiene sentido para sus oyentes, ya que es la correspondiente a la oración y sacrificio de la mañana en el templo, antes de la cual los judíos no solían ni comer ni beber, especialmente en el día de reposo. Tan habitual era esta práctica, que Pedro no duda en emplear este argumento para demostrar que no estaban ebrios. Igualmente, por las fuentes hebreas sabemos que quienes tenían la costumbre de intoxicarse con bebidas alcohólicas lo solían hacer de noche.¹³² Por otro lado, la reacción de quienes les tomaron por ebrios parece contradecir la idea de que los discípulos solamente hablaron en idiomas comprendidos por los congregados. No nos burlamos de aquellos a quienes escuchamos hablar en una lengua extranjera. Puede causarnos sorpresa, pero difícilmente burla y escarnio, y mucho menos asimilarlo a los efectos producidos por la bebida, particularmente teniendo en cuenta que Jerusalem era una urbe cosmopolita, donde se escuchaban, tal como en nuestros días, decenas de idiomas distintos. Quizás en aquella ocasión, aunque no lo registra el texto de manera explícita, también hubo alabanza al Señor en lenguas espirituales, junto con los idiomas de los concurrentes. Esto explicaría la interpretación por parte de algunos que les tomaron por ebrios. Lo ciertísimo es que aquella primera experiencia de la comunidad cristiana, bajo el magnífico derramamiento del Espíritu Santo con poder, les hizo ver un claro paralelo entre su vivencia en aquel Pentecostés y la conmemoración de la entrega del Decálogo para todos los pueblos y naciones de debajo del cielo.

La acción del Consolador sobre sus lenguas era una demostración del total dominio y control del Señor sobre las vidas de aquellos discípulos. Recordemos lo que la Escritura nos dice respecto de la lengua: “Pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, lleno de veneno mortal.” (Santiago 3:8). Por otra parte, la corrupción de la lengua fue uno de los más evidentes signos del efecto corrosivo del pecado, de la desobediencia a la voluntad revelada de Dios, así como de su expresión en la soberbia de los hombres.¹³³

En este mismo capítulo segundo de los Hechos de los Apóstoles hallamos las palabras de Pedro a los congregados, como tres mil hombres, y que muestran claramente que la revelación del Evangelio, de la Buena Nueva de la Salvación en Cristo Jesús, no está destinada exclusivamente a aquellos discípulos galileos que constituían el núcleo principal y mayoritario de los presentes en aquella ocasión (“¿No son galileos todos estos que hablan?”) (Hechos 2:7), sino para todas las naciones y lenguas del mundo.

El evento de aquel Pentecostés pertenece, efectivamente, al mismo contexto de la entrega del Decálogo a Moisés en Sinaí. Sólo hay un elemento novedoso, y son las lenguas en que los discípulos expresan las maravillas de Dios, en los idiomas de los judíos y prosélitos de la diáspora presentes en ese instante en Jerusalem.

En Sinaí, el Señor habló con voz audible, como nunca antes lo había hecho a un grupo de hombres reunidos en su presencia. En el Pentecostés de los Hechos, el Señor habló a los hombres

¹³² 1ª Tesalonicenses 5:7.

¹³³ Génesis 11:1-9.

y por medio de los hombres. El viento, el fuego y los demás fenómenos fueron sencillamente signos de la cercanía de Dios, así como maneras de llamar la atención.

Podemos hallar un hermosísimo trasfondo histórico de aquella fiesta de Shavuot en los Hechos de los Apóstoles en el capítulo 11 del libro de Números, donde encontramos el relato de un “Pentecostés” en el Antiguo Testamento. Moisés nos cuenta el descenso del Espíritu Santo sobre los setenta ancianos que habían de juzgar a las tribus de Israel. Este pasaje será el prototipo para la constitución posterior de los setenta miembros del Sanedrín.¹³⁴

“Y salió Moisés y dijo al pueblo las palabras del Señor; y reunió a los setenta varones de los ancianos del pueblo, y los hizo estar alrededor del tabernáculo. Entonces el Señor descendió en la nube, y les habló: y tomó del Espíritu que estaba en él, y lo puso en los setenta varones ancianos; y cuando posó sobre ellos el Espíritu, profetizaron, y no cesaron. Y habían quedado en el campamento dos varones, llamados el uno Eldad y el otro Medad, sobre los cuales también reposó el Espíritu; estaban éstos entre los inscritos, pero no habían venido al tabernáculo; y profetizaron en el campamento. Entonces respondió Josué hijo de Nun, ayudante de Moisés, uno de sus jóvenes, y dijo: Señor mío Moisés, impídelos. Y Moisés le respondió: ¿Tienes tú celos por mí? Ojalá todo el pueblo del Señor fuese profeta, y que el Señor pusiera su Espíritu sobre ellos. Y Moisés volvió al campamento, él y los ancianos de Israel.” (Números 11:24-30).

La expresión “profetizaron y no cesaron” (v. 25) demuestra que aquellos varones probaron a Dios en sus corazones y pudieron transmitir la palabra divina. La tradición de Israel enseña que los dos que quedaron en el campamento, lo hicieron por haber renunciado a su cargo por no considerarse dignos de la distinción de formar parte de los setenta. Su modestia les hizo renunciar voluntariamente a su designación por no considerarse merecedores de tal honra. Como recompensa por su actitud humilde, el Espíritu del Señor también se posó sobre ellos, y profetizaron en el campamento, sin salir de él para presentarse ante Moisés, en torno al tabernáculo de reunión, razón por la cual el Señor les otorgó también el altísimo honor de que sus nombres figuran en el texto bíblico, mientras que los nombres de los otros no aparecen en él.

Ahora bien, ¿qué profetizaron aquellos varones de Israel? La tradición talmúdica afirma que la profecía fue que Moisés moriría en el desierto, y que Iehoshúa Bin-Nun, es decir, Josué hijo de Nun, haría entrar a los hijos de Israel en la tierra prometida.¹³⁵ Sin embargo, el texto bíblico guarda silencio respecto al contenido de la profecía de los setenta ancianos. ¿Por qué? ¿Hablarían en lenguas? Lo que podemos afirmar sin rubor es que la profecía siempre, según el testimonio tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, viene acompañada de señales. De ahí las tristes palabras del salmista:

¹³⁴ “Sanedrín”. El Tribunal Supremo de Israel durante el período del Segundo Templo.

¹³⁵ Talmud de Babilonia. Sanhedrín 17 A.

“Tus enemigos vociferan en medio de tus asambleas; han puesto sus divisas por señales. Se parecen a los que levantan el hacha en medio de tupido bosque. Y ahora con hachas y martillos han quebrado todas sus entalladuras. Han puesto a fuego tu santuario, han profanado el tabernáculo de tu nombre, echándolo a tierra. No vemos ya nuestras señales; no hay más profeta, ni entre nosotros hay quien sepa hasta cuando.” (Salmo 74:4-9).

Volvamos ahora al texto de Hechos, donde se registran las palabras del discurso del apóstol Pedro: “Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo (“epi toi onómati”) (“por encargo de”) para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare.” (Hechos 2:38-39).

“Los que están lejos” es el griego “makrán”, correspondiente al hebraísmo para designar a los gentiles: “Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo.” (Efesios 2:13).

Pedro no duda respecto a la naturaleza de lo que han recibido, y que también recibirán quienes crean en Jesús y le confiesen bajando a las aguas del bautismo. Este es el segundo de los argumentos empleados por el apóstol. Se trata de “la promesa del Padre”; no de “una promesa”, entre tantas otras. La promesa es el derramamiento del Consolador. Es el “don del Espíritu Santo”, no “un don”, “carisma”, sino “el don”, “doreá”.¹³⁶ Por eso en el discurso que Pedro acaba de hacer, manifiesta que lo acontecido es el cumplimiento parcial de la profecía de Joel:

“Y en los postreros días, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños; y de cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas en aquellos días derramaré de mi Espíritu, y profetizarán.” (Hechos 2:17-18).¹³⁷

“En los postreros días” es una clara referencia a los tiempos mesiánicos. No hemos, pues, de entender “postreros” como “últimos” en sentido estricto, sino como los tiempos de la revelación del Señor antes del final.¹³⁸ La expresión “día postrero” la emplea nuestro bendito Salvador para referirse a la resurrección y el día del juicio final.¹³⁹

Es evidente que la revelación que se describe en el capítulo segundo de los Hechos de los Apóstoles sigue la misma estructura, no sólo del relato de la entrega del Decálogo en Sinaí, sino

¹³⁶ Juan 4:10; Hechos 2:38; 8:20; 10:45; 11:17; Romanos 5:15-17; 2ª Corintios 9:15; Efesios 3:7; 4:7; Hebreos 6:4.

¹³⁷ Ver también Joel 2:28-32.

¹³⁸ Hebreos 1:2; 1ª Pedro 1:20; 1ª Pedro 1:5; 2ª Pedro 3:3; 1ª Juan 2:18; Judas 18.

¹³⁹ Juan 6:39-40, 44-45; 11:24; 12:48.

también del derramamiento del Espíritu sobre los setenta ancianos de Israel en el desierto;¹⁴⁰ y del mismo modo que la revelación en Sinaí aconteció en Pentecostés, así también sucedió con el derramamiento del Santo Consolador sobre aquella primera comunidad judeo-cristiana congregada en Jerusalem, para testimonio a todos los reunidos de entre las naciones.

El fervor de los “neviím”, “los llamados”, término con que se denomina a los “profetas” en el hebreo del Antiguo Testamento, puede fácilmente entenderse como “hablar en lenguas”, según se desprende de algunos textos muy interesantes:

“Después de esto (dijo Samuel a Saúl) llegarás al collado de Dios donde está la guarnición de los filisteos; y cuando entres allá en la ciudad encontrarás una compañía de profetas que descenden del lugar alto, y delante de ellos salterio, pandero, flauta y arpa, y ellos profetizando. Entonces el Espíritu del Señor vendrá sobre ti con poder, y profetizarás con ellos, y serás mudado en otro hombre. Y cuando te hayan sucedido estas señales, haz lo que te viniere a la mano, porque Dios está contigo.” (1º Samuel 10:5-7).

“Y fue dado aviso a Saúl, diciendo: He aquí que David está en Naiot en Ramá. Entonces Saúl envió mensajeros para que trajeran a David, los cuales vieron una compañía de profetas que profetizaban, y a Samuel que estaba allí y los presidía. Y vino el Espíritu de Dios sobre los mensajeros de Saúl, y ellos también profetizaron. Cuando lo supo Saúl, envió otros mensajeros, los cuales también profetizaron. Y Saúl volvió a enviar mensajeros por tercera vez, y ellos también profetizaron. Entonces él mismo fue a Ramá; y llegando al gran pozo que está en Secú, preguntó diciendo: ¿Dónde están Samuel y David? Y uno respondió: He aquí están en Naiot en Ramá. Y fue a Naiot en Ramá; y también vino sobre él el Espíritu de Dios, y siguió andando y profetizando hasta que llegó a Naiot en Ramá. Y él también se despojó de sus vestidos, y profetizó igualmente delante de Samuel, y estuvo desnudo todo aquel día y toda aquella noche. De aquí se dijo: ¿También Saúl entre los profetas?” (1º Samuel 19:19-24).

A pesar de las maléficas intenciones de Saúl respecto a David, a quien pretendía asesinar, el Señor en su misericordia derramó su Espíritu con poder incluso sobre Saúl, frenando sus planes y obrando en su corazón hacia el arrepentimiento. Sin embargo, a pesar de encontrarse en medio de la compañía de los profetas, y de haber venido sobre él el Espíritu de la profecía, el rey Saul no se vio afectado por ello en su espíritu, ni se arrepintió de sus propósitos, sino que continuó viviendo en constante desobediencia al Señor, incluso después de que la misericordia de Dios le hubiera concedido aquella señal extraordinaria. Saul es un claro ejemplo de aquellos que parecen tener poder espiritual, e incluso pueden haber recibido dones, pero tristemente viven alejados de la auténtica santidad. Y aunque esto nos puede parecer muy difícil de comprender, la historia demuestra que es así, hasta el día de hoy. Podemos escuchar a nuestro bendito Maestro al respecto:

“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no

¹⁴⁰ Números 11:25 ss.

profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad.” (Mateo 7:21-23).¹⁴¹

Ahora bien, volviendo a la descripción de los profetas, comprendidos Samuel y David, vemos una clara referencia al hablar de manera ininteligible, como se desprende del texto de Isaías 28: “Porque mandamiento tras mandamiento, mandato sobre mandato, renglón tras renglón, línea sobre línea, un poquito allí, otro poquito allá; porque en lengua de tartamudos, y en extraña lengua hablará a este pueblo.” (Isaías 28:10-11). El contexto histórico es la burla de que Isaías era objeto por parte de la gente, quienes comparaban su mensaje nada sofisticado al modo de expresarse de los más pequeños, balbuceando sílabas, tartamudeando. Ante este desprecio del mensaje divino, el Señor enviaría a conquistadores extranjeros, concretamente a los asirios, cuya lengua les sonaría verdaderamente ininteligible. El desprecio y el rechazo del mensaje de Isaías, en su propia lengua, les conduciría a la realidad del mensaje extraño de sus invasores. Del mismo modo, las lenguas son una señal para los incrédulos de nuestros días, tanto no creyentes como creyentes. El sencillo lenguaje de las lenguas, a veces semejantes al silabeo de los niños, es una manera que el Señor ha establecido en su sabiduría para mostrar a los incrédulos que se hallan separados de Dios, y por eso no pueden entender el mensaje del Señor.

Curiosamente, la expresión “serás mudado en otro hombre” (1º Samuel 10:6) implica un cambio de tal dimensión que incluso su habla ha de verse afectada por el mismo.

Lo que gran parte de la cristiandad desconoce es que experiencias espirituales, como la que estudiamos, también se han dado entre el pueblo de Israel en diversas ocasiones. Cabe destacar la experiencia de José Caro, el sabio sefardí que salió con la vergonzosa expulsión de los judíos de todos los reinos bajo Isabel y Fernando, para instalarse en Safed, al norte de la tierra de Israel, después de una larga estancia en Turquía.¹⁴² Durante la vigilia de la noche de Pentecostés, Caro repentinamente habló en una lengua desconocida. Todos cuantos se encontraban presentes oyeron la voz que salía de su boca, cayeron sobre sus rostros y perdieron el conocimiento durante algún tiempo.¹⁴³

Otro episodio digno de tenerse en consideración es el relato que Flavio Josefo nos da en su obra “Guerras de los Judíos”, donde nos dice que la noche antes de iniciarse las hostilidades, durante la vigilia de Pentecostés, los sacerdotes oyeron un gran estruendo, y después la voz divina, que

¹⁴¹ Ver también Lucas 13:25-27.

¹⁴² (1488-1575). Sabio hebreo sefardí. Para el Rabí José Caro, la cruel expulsión de los judíos de la Península Ibérica significaba “los dolores de parto del Mesías”, cuyo advenimiento esperaba ver en sus días. El sacrificio de Salomón Molcho, ex-marrano portugués que volvió a la fe judía, y fue quemado vivo por la Inquisición, ejerció gran influencia sobre Caro, quien anhelaba él mismo sufrir semejante suerte por amor al Señor. Molcho profetizó las inundaciones de Roma del año 1530 y el terrible terremoto en Portugal en el año 1531.

¹⁴³ R.J.Z. Werblowsky, “Joseph Karo”, 1962, pp. 19-21.

dijo: “Partimos de aquí.”¹⁴⁴

Son también numerosos los testimonios que nos han llegado en la literatura “pseudoepigáfica”, de escritores judíos que firmaron sus obras con seudónimos en los siglos segundo y primero antes de Cristo, y en parte de la literatura rabínica. Tenemos el ejemplo de las hijas de Job, quienes alabaron al Señor en lenguas angélicas ¹⁴⁵, y el de Yohanan ben Zakai, de quien se afirma que el Señor le otorgó el don de entender el lenguaje de los ángeles.¹⁴⁶

Es evidente, pues, que la revelación del Santo Espíritu a la primera comunidad judeo-mesiánica siguió la misma pauta que la revelación a las tribus de Israel en Sinaí, y que del mismo modo, la revelación del Espíritu a Jesús de Nazaret siguió también el esquema del Señor para con Moisés:

“Y subieron (al monte) Moisés y Aarón, Nadab y Abiú, y setenta de los ancianos de Israel.” (Éxodo 24:9).

Después de seis días de espera en el monte, el Señor llamó a Moisés desde la nube en el séptimo día, y Moisés entró en ella: “Y la gloria del Señor reposó sobre el monte Sinaí, y la nube lo cubrió por seis días; y al séptimo día llamó a Moisés de en medio de la nube. Y la apariencia de la gloria del Señor era como un fuego abrasador en la cumbre del monte, a los ojos de los hijos de Israel. Y entró Moisés en medio de la nube, y subió al monte; y estuvo Moisés en el monte cuarenta días y cuarenta noches.” (Éxodo 24:16-18).

Después, se nos dice que tras el contacto de Moisés con el Bendito, su rostro experimentó un notable cambio: “Y él (Moisés) estuvo allí con el Señor cuarenta días y cuarenta noches; no comió pan ni bebió agua; y escribió en tablas las palabras del pacto, los diez mandamientos. Y aconteció que descendiendo Moisés del monte Sinaí con las dos tablas del testimonio en su mano, al descender del monte, no sabía Moisés que la piel de su rostro era resplandeciente, después que hubo hablado con Dios. Y Aarón y todos los hijos de Israel miraron a Moisés, y he aquí la piel de su rostro era resplandeciente; y tuvieron miedo de acercarse a él.” (Éxodo 34:28-30).

Después de que se hubo erigido el tabernáculo, la nube del resplandor de la gloria del Señor lo cubrió: “Entonces una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria del Señor llenó el tabernáculo.” (Éxodo 40:34).

Desde esa nube de la presencia divina, el Señor llamaba a Moisés y le daba instrucciones y mandamientos: “Llamó el Señor a Moisés, y habló con él desde el tabernáculo de reunión.”

¹⁴⁴ Tácito, “Hist. V, 13.

¹⁴⁵ Testamento de Job, 48-50.

¹⁴⁶ Bruce, F.F., “Primera y Segunda a los Corintios”, New Century Bible, Oliphants, Londres, 1971, p. 125.

(Levítico 1:1 ss.). “Y el Señor dijo a Moisés: He aquí se ha acercado el día de tu muerte; llama a Josué, y esperad en el tabernáculo de reunión para que yo le dé el cargo. Fueron, pues, Moisés y Josué, y esperaron en el tabernáculo de reunión. Y se apareció el Señor en el tabernáculo, en la columna de nube; y la columna de nube se puso sobre la puerta del tabernáculo.” (Deuteronomio 31:14-15).

El relato novotestamentario de la transfiguración de nuestro bendito Redentor está claramente estructurado siguiendo las mismas pautas de la narrativa sinaítica. Jesús cumple en el Nuevo Pacto el mismo papel que Moisés en la Primera Alianza. Moisés y Jesús son los agentes de ambos Pactos. Y, por consiguiente, la primera comunidad judeo-mesiánica de Jerusalem cumple el papel de las tribus hebreas congregadas en Sinaí. Allí Dios entregó el Decálogo a Moisés. En el monte de la transfiguración, Dios revelaba que allí se encontraba uno mayor que la Ley, mayor que Moisés, mayor que los profetas y el templo. Jesús asciende al monte después de seis días, acompañado por los tres discípulos más íntimos: Pedro, Jacobo y Juan. Se transfigura ante ellos, y Pedro le propone a Jesús levantar tres tabernáculos, uno para el Maestro, otro para Moisés, y otro para Elías. Después, la nube de la presencia de Dios les cubre a todos, y la voz del Padre se hace oír proclamando la elección de Jesús de Nazaret:

“Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan, y los llevó aparte solos a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos. Y sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, como la nieve, tanto que ningún lavador en la tierra los puede hacer tan blancos. Y les apareció Elías con Moisés, que hablaban con Jesús. Entonces Pedro dijo a Jesús: Maestro, bueno es para nosotros que estemos aquí; y hagamos tres enramadas, una para ti, otra para Moisés, y otras para Elías. Porque no sabía lo que hablaba, pues estaban espantados. Entonces vino una nube que les hizo sombra, y desde la nube una voz que decía: Este es mi Hijo amado; a él oíd. Y luego, cuando miraron, no vieron más a nadie consigo, sino a Jesús solo.” (Marcos 9:2-8).¹⁴⁷

El relato de la transfiguración de nuestro bendito Señor y Salvador muestra una estrecha analogía respecto a los relatos de Moisés en Sinaí. Es evidente que los textos de la transfiguración de Jesús en los Evangelios nos dicen que al ascender al monte y entrar en diálogo con Moisés y Elías, se está anticipando el reconocimiento mesiánico de Jesús, por cuanto Moisés y Elías representan la divina voluntad de Dios expresada en la Ley y los Profetas:

“Acordaos de la ley de Moisés mi siervo, al cual encargué en Horeb ordenanzas y leyes para todo Israel. He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día del Señor, grande y terrible. Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y hiera la tierra con maldición.” (Malaquías 4:5-6).

La diferencia radica, naturalmente, en la naturaleza de los garantes de cada uno de los Pactos. Moisés es siervo de Dios; Jesús es el Verbo hecho carne. Y el Verbo es Dios: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia

¹⁴⁷ Ver también Mateo 17:1-13; Lucas 9:28-36.

y de verdad.” (Juan 1:1, 14).

“Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer.” (Juan 1:17-18).

“Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.” (Juan 3:14-15).

“Porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él.” (Juan 5:46).

“Y Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: No os dio Moisés el pan del cielo, mas mi Padre os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo.” (Juan 6:32-33).

“Pues os digo que uno mayor que el templo está aquí. Y si supieseis qué significa: Misericordia quiero, y no sacrificio, no condenaríais a los inocentes; porque el Hijo del Hombre es Señor del día de reposo.” (Mateo 12:6-8).

“Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús; el cual es fiel al que le constituyó, como también lo fue Moisés en toda la casa de Dios. Porque de tanto mayor gloria que Moisés es estimado digno éste, cuanto tiene mayor honra que la casa el que la hizo. Porque toda casa es hecha por alguno; pero el que hizo todas las cosas es Dios. Y Moisés a la verdad fue fiel en toda la casa de Dios, como siervo, para testimonio de lo que se iba a decir; pero Cristo como hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza.” (Hebreos 3:1-6).

Aquel Pentecostés de los Hechos de los Apóstoles no fue el primer descenso del Espíritu Santo, sino una visitación del Santo Consolador con una unción milagrosa que marcaba el nacimiento de una nueva comunidad. De modo que, si Pentecostés es el cumplimiento de la promesa que nuestro Señor Jesucristo hace de “la promesa del Padre”¹⁴⁸, valga la redundancia, y el mensaje del apóstol Pedro sobre “el don del Espíritu Santo” es la “promesa para todos cuantos el Señor nuestro Dios llamare”¹⁴⁹, entonces podemos afirmar que hay un claro elemento normativo respecto al significado y la experiencia de Pentecostés. Esto concuerda con otros textos de la Palabra:

“Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño;

¹⁴⁸ Lucas 24:49; Hechos 1:4-5.

¹⁴⁹ Hechos 2:38-39.

sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán. Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios. Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían (a la Palabra).” (Marcos 16:17).

Tengamos muy presente que aquellos discípulos del aposento alto no eran sacerdotes, ni profetas reconocidos, ni rabíes, ni reyes, ni príncipes, ni maestros, ni eruditos. Eran simples hombres y mujeres, pescadores, carpinteros, cobradores de impuestos, amas de casa. Pero todos ellos eran discípulos de Jesucristo, en espera obediente del cumplimiento de una promesa de su Maestro.

No queremos terminar nuestro estudio de este primer relato sin considerar el hecho de la presencia y participación de las mujeres en el mismo. El derramamiento del Espíritu Santo no hizo ninguna de las diferencias habituales en nuestras culturas, donde erróneamente aplicamos los papeles de nuestra sociedad respectiva a las funciones de hombres y mujeres del pueblo de Dios, sino que explícitamente nos dice el texto que el Santo Consolador fue derramado con poder sobre los “siervos y siervas” (Hechos 2:18).¹⁵⁰ Así vemos como el diácono y evangelista Felipe¹⁵¹ tuvo cuatro hijas profetisas.¹⁵² Tengamos presente que este ministerio no estuvo limitado en Israel a los varones, como prueban las Sagradas Escrituras:

“Y María la profetisa, hermana de Aarón, tomó un pandero en su mano, y todas las mujeres salieron en pos de ella con panderos y danzas.” (Éxodo 15:20).

“Gobernaba en aquel tiempo en Israel una mujer, Débora, profetisa, mujer de Lapidot.” (Jueces 4:4).

“Entonces fueron el sacerdote Hilcías, y Ahicam, Acbor, Safán y Asaías, a la profetisa Hulda, mujer de Salum hijo de Ticva, hijo de Harhas, guarda de las vestiduras, la cual moraba en Jerusalem en la segunda parte de la ciudad, y hablaron con ella.” (2º Reyes 22:14).

Veamos algunos claros ejemplos que nos muestran cómo la designación de “siervas” no es extraña a las Sagradas Escrituras:

¹⁵⁰ El texto hebreo de Joel emplea el artículo determinado, y no el posesivo. En la Septuaginta y en la Vulgata latina aparece la forma posesiva “mis siervos”. Aquí lo verdaderamente importante es el hecho de que no se hace ninguna distinción en cuanto a edades (jóvenes y viejos), sexo (hijos e hijas), clase social (siervos y siervas). Sin embargo, la Septuaginta y Pedro entendieron que era de destacar, no tanto el sentido de clases sociales, como el de ser “siervos y siervas de Dios”. De ahí que el texto hebreo original no diga “vuestros siervos y siervas”, sino “los siervos y siervas”.

¹⁵¹ Hechos 6:5; 8:5-40 21:8.

¹⁵² Hechos 21:9. Es posible que en la iglesia de Corinto también hubiera mujeres que ejercitaban el don de profecía, aunque Pablo les prohibió que lo hicieran en público, por evidentes razones del contexto cultural. (1ª Corintios 14:34).

“Mírame, y ten misericordia de mí; da tu poder a tu siervo, y guarda al hijo de tu sierva.” (Salmo 86:16).

“Oh Señor, ciertamente yo soy tu siervo, siervo tuyo soy, hijo de tu sierva; tú has roto mis prisiones.” (Salmo 116:16).

“Entonces María dijo: He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra... Engrandece mi alma al Señor; y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Porque ha mirado la bajeza de su sierva.” (Lucas 1:38, 46-48).

Y no es casual que con motivo de la presentación de nuestro Señor Jesucristo en el templo de Jerusalem, no sólo se mencione a Simeón, hombre justo y piadoso, que esperaba la consolación de Israel, y quien movido por el Espíritu Santo vino al templo para ver al Ungido del Señor (Cristo), sino que también haga acto de presencia el ministerio profético de la mujer en la persona de Ana:

“Y cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos, conforme a la ley de Moisés, le trajeron a Jerusalem para presentarle al Señor (como está escrito en la ley del Señor: Todo varón que abriere la matriz será llamado santo al Señor), y para ofrecer conforme a lo que se dice en la ley del Señor: Un par de tórtolas, o dos palominos... Estaba también allí Ana, profetisa, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad muy avanzada, pues había vivido con su marido siete años desde su virginidad, y era viuda hacía ochenta y cuatro años; y no se apartaba del templo, sirviendo de noche y de día con ayunos y oraciones. Ésta, presentándose en la misma hora, daba gracias a Dios, y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalem.” (Lucas 2:22-24, 36-38).

De Ana se nos dice explícitamente que “era profetisa”. De Simeón no se nos dice que lo fuera, pero profetizó cuando el Espíritu Santo vino sobre él, y tomando a Jesús en sus brazos, “bendijo a Dios, diciendo: Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel. Y José y su madre estaban maravillados de todo lo que se decía de él (Jesús). Y los bendijo Simeón, y dijo a su madre María: He aquí, éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha (y una espada traspasará tu misma alma), para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones.” (Lucas 2:28-35).

El segundo relato en el que vemos a los discípulos recibir el derramamiento del Espíritu Santo se halla en el capítulo ocho del libro de los Hechos de los Apóstoles. Felipe predicó el Evangelio de Jesucristo y de la Resurrección entre los samaritanos. Los que creyeron, fueron bautizados en las aguas. Los apóstoles Pedro y Juan fueron enviados por los apóstoles que estaban en Jerusalem para que oraran por ellos y les impusieran las manos para que recibieran el Espíritu Santo. Y efectivamente, así sucedió:

“Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalem oyeron que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron allá a Pedro y a Juan; los cuales, habiendo venido, oraron por ellos para que

recibiesen el Espíritu Santo; porque aún no había descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente habían sido bautizados en el nombre de Jesús. Entonces les imponían las manos, y recibían el Espíritu Santo.” (Hechos 8:14-17).

En este contexto aparece la persona de Simón el mago, quien cree que puede comprar el don del Espíritu Santo, probablemente porque piensa que el poder radica en los apóstoles, con independencia del Señor. Pudiera tratarse de un “Simón” mencionado por el historiador Josefo¹⁵³, nacido en Chipre, empleado por Félix como mago para persuadir a Drusila¹⁵⁴ a abandonar a su marido para casarse con él. Otras fuentes se inclinan por pensar que este Simón era uno de los numerosos judíos y samaritanos que habían estudiado artes mágicas en las escuelas de Alejandría, en Egipto.¹⁵⁵ Todo parece indicar que se trata de uno de los numerosos falsos profetas de la época, taumaturgos ambulantes que engañaban fácilmente a las gentes incautas. Miles de magos, hechiceros, astrólogos, adivinos, agoreros, milagreros, exorcistas, charlatanes y espiritistas habían proliferado por toda la cuenca mediterránea, como resultado de la decadencia en que se había sumido el paganismo “ortodoxo”, así como de la mezcla sincrética de la filosofía griega y el misticismo oriental. La situación al respecto no era muy diferente a la de nuestros días. Muchos eran los que, mediante el conocimiento esotérico y las prácticas ocultistas, ofrecían previo pago el camino a los dioses. Las imágenes empleadas por el médico Lucas - particularmente los vv. 9-13- nos hacen recordar el enfrentamiento de Moisés con los magos egipcios, y en tiempos menos distantes a Patricio y Columba contra los druidas.

Ahora bien, la actuación de este personaje es muy significativa para el propósito de nuestro estudio, por cuanto, si bien es cierto que en este caso no se hace referencia a la llenura del Espíritu Santo con la manifestación de las lenguas, no cabe duda que algo tangible debió acontecer para que Simón reaccionase de semejante modo, con un inmenso interés por recibir lo que debió ver y oír palpable e inmediatamente. No cabe duda, pues, de que la venida del Espíritu Santo sobre aquellos samaritanos fue acompañada por alguna manifestación externa que todos pudieron observar:

“Cuando vio Simón que por la imposición de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu Santo, les ofreció dinero (literalmente: “krémata”, “dineros”), diciendo: Dadme también a mí este poder, para que cualquiera a quien yo impusiere las manos reciba el Espíritu Santo. Entonces Pedro le dijo: Tu dinero perezca contigo, porque has pensado que el don (literalmente “regalo”) de Dios se obtiene con dinero (literalmente: “argurión”, “plata”). No tienes tú parte ni suerte en este asunto, porque tu corazón no es recto delante de Dios. Arrepíentete, pues, de esta tu maldad, y ruega a Dios, si quizás te sea perdonado el pensamiento de tu corazón; porque en

¹⁵³ Josefo, “Antigüedades Judías” 7:2.

¹⁵⁴ Drusila, hija de Agripa I, y tercera esposa de Félix. (Hechos 24:24-27).

¹⁵⁵ Bajo la denominación de “filosofía” se enseñaban las “artes” de la adivinación, el agüero, la necromancia, la astrología, la curación por encantamiento y demás abominaciones. Ver Levítico 19:26, 31; 20:6; Deuteronomio 18:9-12; 1º Samuel 28:7-20; 1º Crónicas 10:8-14; Isaías 2:6; 8:19-20; 65:11-12; Daniel 1:20; 2:27-28; Hechos 19:18-20.

hiel de amargura y en prisión de maldad veo que estás.” (Hechos 8:18-23).

Nada parece indicar que la manifestación o manifestaciones fuesen diferentes a las experimentadas por los discípulos en aquel Pentecostés, es decir, el hablar en otras lenguas.¹⁵⁶ Desde luego, podemos afirmar que el Espíritu Santo siempre viene acompañado por una señal comprobable de su presencia y de su obra.

Todo parece indicar que Simón el mago nunca llegó a arrepentirse del pecado de su corazón, sino que siempre permaneció en la hiel de amargura diagnosticada por el apóstol Pedro, hasta alcanzar un grado muy profundo en su prisión de maldad. Varios escritos de la patrística hacen referencia a “Simon Magus”, quien pretendía atrocidades tales como haber venido como el “Padre” para los samaritanos, como el “Hijo” para los judíos, y como el “Espíritu Santo” para los gentiles. Por Justino Mártir sabemos que durante el reinado del emperador Claudio, Simón el mago viajó a Roma, donde el Senado le honró con “una estatua erigida sobre el río Tiber, entre los dos puentes, con una inscripción latina que rezaba así: “Simoni Deo Sancto”, lo cual traducido es: “A Simón, el Dios Santo”.¹⁵⁷

Además de dar su nombre al pecado de la “simonía” -la compra o la venta deliberada de cosas espirituales- la tradición cristiana siempre le consideró “padre” de todas las desviaciones heréticas de la fe. Un siglo después, en los días de Justino Mártir, se destacaron algunos herejes denominados precisamente “simonianos”, quienes negaban que Jesús fuese Hijo de Dios, y rechazaban la Ley de Dios dada a Moisés. En la literatura pseudo-clementina del siglo tercero, Simón el mago aparece siempre como el más encarnizado opositor a la predicación del apóstol Pedro. La tradición cuenta que en su soberbia, Simón pretendió ser capaz de volar, lo que, naturalmente, y por razones obvias, puso definitivamente fin a su desenfrenada carrera.

¿Qué fue lo que Simón contempló, y que le movió a querer adquirir mediante compra aquello que no dejó ninguna duda en su corazón? ¿Pudiera ser que también estuvieran presentes en esta ocasión las señales del viento y del fuego? ¿Quizás fueron las lenguas, o dio el Señor las tres manifestaciones juntas? Menos probable nos parece pensar en otra señal diferente, por cuanto no se nos da nunca ninguna otra manifestación en el texto neotestamentario aparte de las lenguas con alabanza, magnificando a Dios, o con profecía. El texto lucano no nos da la respuesta. Lucas está tan interesado en compartir con nosotros la enseñanza del pecado de la simonía que pasa por alto darnos la información de la señal o señales que indujeron a Simón a querer comprar el don de Dios por dinero. Por otra parte, lo natural en el método exegético es asumir que el silencio de Lucas en este caso hayamos de interpretarlo a la luz de los demás relatos en que el autor de los Hechos de los Apóstoles nos cuenta la experiencia de quienes recibieron el bautismo o llenura del Espíritu Santo: “Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen.” (Hechos 2:4).

¹⁵⁶ Hechos 2:4; 10:45-46; 11:15; 19:6.

¹⁵⁷ Justino, “I Apología”, 26:2.

“Mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso. Y los fieles de la circuncisión que habían venido con Pedro se quedaron atónitos de que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo. Porque los oían que hablaban en lenguas, y que magnificaban a Dios. Entonces respondió Pedro: ¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros? Y mandó bautizarles en el nombre del Señor Jesús. Entonces le rogaron que se quedase por algunos días.” (Hechos 10:44-48).

“Y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en lenguas, y profetizaban.” (Hechos 19:6).

Por otro lado, la experiencia de la glosolalia no era nada inusual en la iglesia naciente como para tener que especificar en todas las ocasiones dicha manifestación. Tal es el caso de la propia experiencia de conversión del apóstol Pablo. Efectivamente, no se menciona que el apóstol hablara en lenguas en su experiencia de llenura del Espíritu Santo. La grandiosidad de la manifestación del Señor Jesucristo resucitado y glorificado en el camino de Damasco, el resplandor de la luz divina, la ceguera de Saulo y su posterior sanidad, son los puntos que Lucas quiere destacar en su texto de los Hechos. Pero no hay duda que las dos razones por las que el discípulo Ananías va a la casa donde se encuentra Pablo son sanarle de su ceguera y la recepción del Espíritu Santo. Es, por lo tanto, más que lógico y natural pensar que el apóstol recibiría la misma experiencia que él ayudaría a recibir entre los cristianos de Éfeso y de Corinto:

“Porque si yo oro en lengua desconocida, mi espíritu ora, pero mi entendimiento queda sin fruto. ¿Qué, pues? Oraré con el espíritu, pero oraré también con el entendimiento; cantaré con el espíritu, pero cantaré también con el entendimiento... Doy gracias a Dios que hablo en lenguas más que todos vosotros... Así que, hermanos, procurad profetizar, y no impidáis el hablar lenguas; pero hágase todo decentemente y con orden.” (1ª Corintios 14:14-15, 18, 39-40).

“Fue entonces Ananías y entró en la casa, y poniendo sobre él las manos, dijo: Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo. Y al momento le cayeron de los ojos como escamas, y recibió al instante la vista; y levantándose, fue bautizado.” (Hechos 9:17-18).

Volviendo al texto del capítulo ocho de los Hechos de los Apóstoles, en el versículo 18, el verbo “ver” implica algo más allá de la mera percepción visual. La prueba la hallamos en el versículo 23, donde Pedro emplea el mismo verbo con un evidente contenido semántico de naturaleza perceptiva, y no limitada a lo exclusivamente visual. De ello es lógico inducir que Simón debió necesariamente percibir algo palpable para comprender que, efectivamente, aquellos por quienes se oraba con imposición de las manos, recibían el don del Espíritu Santo.

En el pasaje de Hechos 10:34 a 11:18 se nos da el relato del derramamiento del Espíritu Santo sobre los gentiles. Antes de este texto, los relatos del bautismo o llenura del Santo Consolador se refieren a judíos y prosélitos. Pedro es enviado por el Señor a predicar el Evangelio de Jesucristo y de la Resurrección a casa del pagano Cornelio en Cesarea. Mientras Pedro estaba predicando, el Espíritu Santo fue derramado sobre Cornelio y los que estaban en su casa

escuchando el mensaje de salvación. La evidencia de que habían recibido el don del Espíritu Santo fue la alabanza a Dios en lenguas. Después, fueron bautizados en las aguas. Así lo hemos leído en Hechos 10:44-48.

A Pedro y sus acompañantes no les quedó ninguna duda de que aquellos gentiles habían recibido la llenura o plenitud del Espíritu Santo, porque les oyeron magnificar al Señor en lenguas, como también ellos lo recibieron en el día de Pentecostés. La expresión que Pedro emplea al relatar lo acaecido en casa de Cornelio es “isen doreàn” (“el mismo don”): “Si Dios, pues, les concedió también el mismo don que a nosotros que hemos creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo que pudiese estorbar a Dios?” (Hechos 11:17).

En cuatro ocasiones, Pedro insiste en este hecho de que los gentil-cristianos habían recibido el Espíritu Santo del mismo modo que ellos, los judeo-cristianos: “Entonces respondió Pedro: ¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros?” (Hechos 10:47). “Y cuando comencé a hablar, cayó el Espíritu Santo sobre ellos también, como sobre nosotros al principio... Si Dios, pues, les concedió también el mismo don que a nosotros que hemos creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo que pudiese estorbar a Dios?” (Hechos 11:15, 17). “Y Dios, que conoce los corazones, les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros.” (Hechos 15:8).

No tenía sentido impedir el bautismo a aquellos gentiles porque se les había concedido el bautismo con el Espíritu Santo, lo mismo que a los fieles de entre los judíos. Esto también nos ayuda a tener en consideración que no hemos de confundir el bautismo en o con agua con el bautismo con o en el Espíritu Santo. Una gran prueba de lo que venimos diciendo se encuentra en el texto del informe de Pedro a la iglesia de Jerusalem sobre lo acontecido entre los gentiles congregados en la casa de Cornelio: “Y cuando comencé a hablar, cayó el Espíritu Santo sobre ellos también, como sobre nosotros al principio. Entonces me acordé de lo dicho por el Señor, cuando dijo: Juan ciertamente bautizó en agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo.” (Hechos 11:15-16).¹⁵⁸

Pedro estaba seguro de que lo que había ocurrido en casa del gentil Cornelio era el claro cumplimiento de la promesa hecha por el Señor Jesús respecto al bautismo con el Santo Espíritu de Dios. Aunque no se habían manifestado las señales del estruendo causado por el viento recio, ni se mencionan las lenguas repartidas como de fuego, Pedro no vacila en afirmar que habían recibido “el mismo don”. (Hechos 11:17). El derramamiento del Espíritu Santo en aquel Pentecostés había llegado a ser el modelo de recepción del Santo Consolador con poder. La llegada del Espíritu a un creyente podía comprobarse por una infusión de gozo y alabanza en otras lenguas, acompañado a veces por profecía, y, desde luego, por una unción de poder y valor para testificar a otros. Así pues, desde la perspectiva de Pedro, el magnificar al Señor en lenguas era la evidencia por excelencia de la experiencia de ser bautizados o llenos del Santo Espíritu. El argumento fue además convincente para que la fracción judaizante de la iglesia de Jerusalem comprendiera que el Señor no hacía acepción de personas, y que los gentiles también podían

¹⁵⁸ Ver también Mateo 3:11; Marcos 1:8; Lucas 3:16; Juan 1:33; Hechos 1:5.

recibir el don de la salvación en Cristo Jesús. La señal de las lenguas fue, sin duda, entendida por los judeo-cristianos como la más distintiva manifestación de la universalidad del Evangelio de Jesucristo: “Entonces, oídas estas cosas, callaron, y glorificaron a Dios, diciendo: ¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!” (Hechos 11:18).

En Hechos 19:1-7 hallamos un relato de un suceso a bastante distancia de Jerusalem, Samaria y Cesarea. Y no sólo se trata de distancia geográfica, sino que también se da una considerable lejanía en el tiempo, pues este encuentro de Pablo con un grupo de creyentes en Éfeso acontece durante el tercero de los viajes misioneros del apóstol. Este acontecimiento, pues, sucede unos veinticinco años después de Pentecostés. Pero para el Señor no hay distancia que valga, sea en el tiempo o en el espacio. Se trata de un grupo de discípulos en Éfeso que habían sido bautizados con el bautismo de Juan, un bautismo de arrepentimiento de pecados. Al igual que el propio Apolos al principio, ni siquiera habían oído hablar del Espíritu Santo:

“Llegó entonces a Éfeso un judío llamado Apolos, natural de Alejandría, varón elocuente, poderoso en las Escrituras. Este había sido instruido en el camino del Señor; y siendo de espíritu fervoroso, hablaba y enseñaba diligentemente lo concerniente al Señor, aunque solamente conocía el bautismo de Juan. Y comenzó a hablar con denuedo en la sinagoga; pero cuando le oyeron Priscila y Aquila, le tomaron aparte y le expusieron más exactamente el camino de Dios.” (Hechos 18:24.-26).

Aquellos discípulos de Éfeso tenían fe salvadora, lo que significa que ya habían creído en Jesucristo, es decir, que habían nacido de nuevo por obra del Espíritu, pero desconocían que el Señor Jesús había prometido venir, después de su muerte, resurrección y ascensión, en la Persona de su Espíritu Consolador para estar con nosotros todos los días hasta su Segunda Venida. Entonces, el apóstol Pablo les instruyó más acertadamente acerca de la fe, fueron bautizados con el bautismo cristiano, es decir, en las aguas, y después recibieron el bautismo o llenura con el Santo Espíritu, con la recurrente evidencia de las lenguas. En casa de Cornelio fueron lenguas con alabanza. En esta ocasión fueron lenguas con profecía.

“Aconteció que entre tanto que Apolos estaba en Corinto, Pablo, después de recorrer las regiones superiores, vino a Éfeso, y hallando a ciertos discípulos, les dijo: ¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis? Y ellos le dijeron: Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo. Entonces dijo: ¿En qué, pues, fuisteis bautizados? Ellos dijeron: En el bautismo de Juan. Dijo Pablo: Juan bautizó con bautismo de arrepentimiento, diciendo al pueblo que creyesen en aquel que vendría después de él, esto es, en Jesús el Cristo. Cuando oyeron esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús. Y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo, y hablaban en lenguas, y profetizaban. Eran por todo unos doce hombres.” (Hechos 19:1-7).

No queremos pasar por alto un matiz muy importante de este pasaje que puede resultarnos inadvertido en su traducción al castellano. Cuando Pablo encuentra a estos discípulos en Éfeso, la pregunta que les formula es, según nuestra versión Reina-Valera, “¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?” (Hechos 19:2). Sin embargo, el texto griego original dice: “Εἰ Πνευμα Αγιον ἐλάβετε πιστεύσαντες”. Analicemos esta pregunta: “Εἰ” por lo general introduce preguntas indirectas, pero en los LXX y en el Nuevo Testamento también suele introducir preguntas

directas. “Elábeta” es el aoristo del verbo “lambáno”, forma verbal que indica una acción completa o acabada, una acción única o algo que ha sucedido repentinamente. Algo así como un “punto” pasado en la línea del tiempo. Un ejemplo lo hallamos en el texto de Pablo donde dice: “Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado (tiempo aoristo, es decir, en un determinado momento del pasado) un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee (tiempo presente, es decir, que el aguijón sigue abofeteándole constantemente) para que no me enaltezca sobremanera... Y (el Señor) me ha dicho: Bástate mi gracia.” (2ª Corintios 12:7, 9).¹⁵⁹ “Pisteúsantes” es participio aoristo del verbo “pisteúo”, “creer”, “tener fe”, “confiar”.¹⁶⁰ Por consiguiente, sería más adecuado emplear “desde”, en lugar de “cuando”. Es decir, “¿Habéis recibido el Espíritu Santo desde que creísteis?” No obstante, la respuesta sería la misma en cualquiera de las dos formulaciones, tanto si empleamos “cuando creísteis” como si traducimos “desde que creísteis”. Evidentemente, no habían recibido el Espíritu Santo ni en el momento de creer, ni desde que habían creído.

Si hemos nacido de nuevo, de lo alto, de simiente incorruptible, del Espíritu Santo, será sólo y exclusivamente porque el Santo Consolador nos convenció de pecado, de justicia y de juicio; por la benignidad del Señor pudimos arrepentirnos, y el Señor nos concedió el don de la fe, para creer en Jesucristo como único Señor y Salvador personal. Eso es ser bautizados por el Espíritu Santo en el cuerpo de Cristo, que es su Iglesia, la cual Él ganó al precio de su sangre.¹⁶¹ Eso es nacer del Espíritu.¹⁶² Y todo ello por la gracia de Dios.¹⁶³ Ahora bien, si hemos sido bautizados por el Santo Consolador en el cuerpo de Jesucristo, debemos obedecer al Señor y ser bautizados en las aguas, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.¹⁶⁴ Jesús llamó “obra de justicia” a este acto de obediencia: “Entonces Jesús vino de Galilea a Juan al Jordán, para ser bautizado por él. Mas Juan se le oponía, diciendo: Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? Pero Jesús le respondió: Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia. Entonces le dejó.” (Mateo 3:13-15).

Tengamos presente que el mundo no puede recibir al Consolador,¹⁶⁵ por cuanto Dios no puede bendecir ni el mal ni la incredulidad. Por eso el apóstol Pablo asegura que “el Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.” (Romanos 8:16). La pregunta del

¹⁵⁹ Clave Lingüística del Nuevo Testamento Griego, Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos, Ediciones La Aurora, Buenos Aires, 1986.

¹⁶⁰ Ortiz V., Pedro, op. cit.

¹⁶¹ Efesios 5:25-27; Apocalipsis 1:5.

¹⁶² Juan 3:1-21.

¹⁶³ Efesios 2:1-10.

¹⁶⁴ Mateo 28:16-20; Marcos 16:14-18; Lucas 24:36-49; Juan 20:19-23.

¹⁶⁵ Juan 14:15-20.

apóstol Pablo a aquellos discípulos de Éfeso es pertinente en este momento para ti, hermano lector: ¿Has recibido el Espíritu Santo desde que creíste? No se trata de una opción, de un adorno u ornamentación para la vida del discípulo de Jesucristo. Para el apóstol Pablo no era algo optativo, sino un claro imperativo: “Sed llenos del Espíritu”. (Efesios 5:18). Nuestro Señor también lo experimentó antes de iniciar su ministerio público: “También dio Juan testimonio, diciendo: Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre él (Jesús). Y yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar con agua, aquél me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo. Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios.” (Juan 1:32-34). “Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él. Y hubo una voz de los cielos, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia.” (Mateo 3:16-17). Por eso Jesús lo prometió para todos cuantos se lo pidieran: “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?” (Lucas 11:13). Recordemos la reflexión que nos llega del apóstol Santiago en su Carta Universal: “No tenéis lo que deseáis, porque no pedís”. (Santiago 4:2).

Es imperativo que obedezcamos. Es lo que cumple a nuestro deber. Todo entendimiento de la fe que no comprenda la obediencia es espúreo: “Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen.” (Hechos 5:32). Toda rebelión debe ser sometida al Señor antes de recibir el bautismo con el Espíritu Santo. Es menester rendirnos sin reservas ni paliativos a la voluntad soberana de Dios, dejando que nuestro Señor Jesucristo no sólo sea nuestro Salvador, es decir, el perdonador de nuestros pecados, sino el Señor absoluto de nuestras vidas:

“Pero si andamos en luz, como él (Dios nuestro Señor) está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado.” (1ª Juan 1:7).

“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, u del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.” (Mateo 28:19-20).

Urge en nuestros días volver a la comprensión de la fe en su verdadero sentido, es decir, “fiarse de Dios de todo corazón”, lo que implica obedecer. Recordemos a aquellos más de quinientos hermanos que escucharon a nuestro Señor Jesucristo que esperasen en la ciudad de Jerusalem hasta que viniera sobre ellos el Espíritu Santo con poder.¹⁶⁶ Sin embargo, sólo unos ciento veinte obedecieron al pie de la letra. Y la Escritura da testimonio inequívoco de que sólo recibieron lo prometido aquellos que obedecieron.

¹⁶⁶ 1ª Corintios 15:6.

V - La distinción entre las lenguas para edificación espiritual personal y el don profético de diversos géneros de lenguas para edificación de la iglesia local.

Primeramente, hemos de tener presente que si bien es cierto que en la experiencia del Pentecostés de los Hechos de los Apóstoles fueron idiomas humanos los que los discípulos hablaron, según el Espíritu Santo les daba que hablasen, el apóstol Pablo manifiesta que también existen lenguas espirituales: “Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe.” (1ª Corintios 13:1). A este respecto, un erudito de la talla de F.F. Bruce señala que “ton angelon” (“de ángeles”) no puede entenderse como el hablar con “gran elocuencia”, según pretenden hacer creer quienes luchan contra la vigencia del don de lenguas en nuestros días, sino como sinónimo de la expresión en “lenguas espirituales.”¹⁶⁷

El Señor, que desplegó su poder para proporcionar al hombre un idioma como don permanente, derramó en aquel Pentecostés la habilidad de expresar alabanzas y proclamar las maravillas de Dios en lengua desconocida o no aprendida, según el Espíritu Santo faculta al fiel. De ahí que tradicionalmente se haya interpretado el acontecimiento de Pentecostés como el término a la confusión o separación que se produjo en Babel, para reunir a todos los hijos e hijas de Dios esparcidos por el mundo:

“Entonces Caifás, uno de ellos, sumo sacerdote aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada; ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca. Esto no lo dijo por sí mismo, sino que como era el sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación; y no solamente por la nación, sino también para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos.” (Juan 11:49-52).

En el Pentecostés de los Hechos de los Apóstoles, los congregados escucharon alabar a Dios en sus propias lenguas humanas. Aún no habían escuchado el mensaje del Evangelio de la Gracia y de la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo, lo cual el apóstol Pedro haría en un solo idioma comprensible para todos, pero ya habían oído las alabanzas de los discípulos según el Espíritu Santo les daba facultad de expresarse. Evidentemente, en aquella ocasión las lenguas fueron notoriamente humanas, y señal convincente para los incrédulos. No olvidemos, pues, que las lenguas de parte del Santo Consolador, sean humanas o angélicas, son siempre por señal.

El don de lenguas es un don de “diversos géneros”, regalo sobrenatural de parte de Dios, que capacita al orante para hablar en una lengua que le es desconocida, que puede ser humana, pero que, sobre la base de las Sagradas Escrituras, es evidente que puede ser también espiritual. Podemos afirmar que las lenguas pueden ser naturales, es decir, humanas y conocidas por el

¹⁶⁷ Machen, J.G., “The Origin of Paul’s Religion”, Wm. B. Eerdmans Publishing Company, Grand Rapids, Michigan, 1925, pp. 151-152, cit. “The Nature and Purpose of Tongues”, C. Bell, Merton, Jr., Paraclete, Summer 1977.

orante; humanas y desconocidas por el orante, es decir, sobrenaturales; y espirituales o angélicas. Recordemos que existen en torno a tres mil idiomas distintos hablados por los humanos en esta tierra. Y el Espíritu Santo de Dios los conoce todos. De esto se desprende que el Señor puede también mezclar frases y palabras, giros y expresiones, cuando así lo considera oportuno.

Ahora bien, cuando volvemos al texto del capítulo 14 de 1ª Corintios, allí vemos que la oración en el Espíritu no sólo es concedida para la plegaria y el canto de alabanza, sino también para “bendecir” y “dar gracias”: “Porque si bendices sólo con el Espíritu, el que ocupa lugar de simple oyente, ¿cómo dirá “amén” a tu acción de gracias? Pues no sabe lo que has dicho. Porque tú, a la verdad, bien das gracias; pero el otro no es edificado.” (1ª Corintios 14:16-17).

Necesitamos asumir que la oración no es un ritual, sino una forma de vida, una comunión minuto a minuto con el Santo Espíritu de Dios. Orar es el elemento más vital de la vida y del culto de todo cristiano. Orar es conocer las promesas del Señor para apropiarnos de ellas con el propósito de cumplir su voluntad. Y orar “en el Espíritu” es la forma más profunda de hacerlo. Para ello necesitamos ser llenos del Espíritu Santo. Debemos orar en nuestra propia lengua, en público y en privado, pero también hemos de hacerlo en las nuevas lenguas que el Señor concede a nuestro espíritu. El propósito de las lenguas angélicas o espirituales para facilitar la oración se desprende de la enseñanza paulina:

“Porque el que habla en lenguas no habla a los hombres, sino a Dios; pues nadie le entiende, aunque por el Espíritu (Santo) habla misterios.” (1ª Corintios 14:2).

“Y de igual manera el Espíritu (Santo) nos ayuda en nuestra debilidad (“asthénéia”, “debilidad, enfermedad”); pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu (Santo) mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos.” (Romanos 8:26-27).

Es decir, que en la oración en lenguas, es el propio Espíritu Santo quien está orando a través de nosotros. Este es lo que en el Nuevo Testamento hallamos como “orar en el Espíritu”. Es la forma más profunda de oración. Esto no significa que no hemos de orar en nuestra lengua, o en cualquier otro idioma que nos sea conocido. Debemos aprender a expresarnos adecuadamente en nuestra oración en lengua conocida. Y también hemos de ser específicos en nuestras peticiones: De ahí las palabras de Pablo: “¿Qué, pues? Oraré con el Espíritu, pero oraré también con el entendimiento; cantaré con el Espíritu, pero cantaré también con el entendimiento.” (1ª Corintios 14:15).

¿Qué fue lo que el apóstol Pablo quiso decir al hablar de “orar en el Espíritu”, “cantar en el Espíritu”, “bendecir y dar gracias en el Espíritu”? La respuesta nos la da él mismo: “Porque si yo oro en lengua desconocida, mi espíritu ora, pero mi entendimiento queda sin fruto.” (1ª Corintios 14:14).

El Señor desea que aprendamos a orar correctamente. ¿Por qué? Fundamentalmente porque Él quiere responder a nuestras necesidades, intercesiones y acciones de gracias, y Él ha decidido

en su soberanía que la respuesta suya nos llegue por medio de la oración. De ahí su interés por nuestro aprendizaje, tanto en el Espíritu como con nuestro entendimiento. Podemos comprender mejor esta enseñanza cuando consideramos detenidamente dos de las expresiones que el propio Espíritu Santo inspira al apóstol Pablo en el texto de Romanos 8:26: "... pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles." Es el Santo Espíritu Consolador quien escudriña nuestros corazones e intercede por nosotros con un lenguaje ininteligible. Las voces empleadas son "stenagmois", "quejido", "gemido", y "alalétois", literalmente "sin palabras", es decir, sin vocablos articulados y comprensibles.

Ahora bien, no pensemos que esta oración con gemidos sea novedosa, como si se tratara de algo perteneciente exclusivamente a la dispensación del Nuevo Testamento. Cuando vamos al texto del Éxodo comprobamos que no es así:

"Aconteció que después de muchos días murió el rey de Egipto, y los hijos de Israel gemían a causa de la servidumbre, y clamaron; y subió a Dios el clamor de ellos con motivo de su servidumbre. Y oyó Dios el gemido de ellos, y se acordó de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob. Y miró Dios a los hijos de Israel, y los reconoció Dios." (Éxodo 2:23-25).

En el libro de los Hechos de los Apóstoles, hallamos una referencia a la liberación del pueblo hebreo de debajo de la garra opresora del faraón egipcio. Se encuentra en el discurso de Esteban antes de ser martirizado: "Y le dijo el Señor (a Moisés): Quita el calzado de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra santa. Ciertamente he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su gemido, y he descendido para librarlos." (Hechos 7:33-34). El término "clamor", que hallamos en el texto de Éxodo 3:9, es el hebreo "seaká", cuyo significado es, efectivamente, "clamor", pero entendido como "grito de petición de auxilio". No significa, pues, oración en el sentido estricto de plegaria con palabras articuladas, sino "gritos" y "gemidos" que entraron en los oídos del Eterno. Nos encontramos también con esta clase de plegaria en el libro de los Jueces: "Y cuando el Señor les levantaba jueces, el Señor estaba con el juez, y los libraba de manos de los enemigos todo el tiempo de aquel juez; porque el Señor era movido a misericordia por sus gemidos a causa de los que los oprimían y afligían." (Jueces 2:18).

En el libro de los Salmos hallamos también varios ejemplos de esta forma de oración con gemidos indecibles:

"Me he consumido a fuerza de gemir; todas las noches inundo de llanto mi lecho, riego mi cama con mis lágrimas... Señor, delante de ti están todos mis deseos, y mi suspiro no te es oculto. Mi corazón está acongojado, me ha dejado mi vigor, y aun la luz de mis ojos me falta ya. Mis amigos y mis compañeros se mantienen lejos de mi plaga, y mis cercanos se han alejado... El Señor habrá edificado a Sión, y en su gloria será visto; habrá considerado la oración de los desvalidos, y no habrá desechado el ruego de ellos. Se escribirá esto para la generación venidera; y el pueblo que está por nacer alabará al Señor, porque miró desde lo alto de su santuario; el Señor miró desde los cielos a la tierra, para oír el gemido de los presos, para soltar a los sentenciados a muerte." (Salmo 6:6; 38:9-11; 102:16-20).

Esta misma oración en el Espíritu, con gemidos indecibles, se encuentra también en varias

ocasiones de la vida de nuestro bendito Redentor. En el episodio de la muerte y resurrección de Lázaro, el Señor Jesús experimentó esta clase de oración al aproximársele su hermana María, llorando por su hermano fallecido: “Jesús entonces, al verla llorando, y a los judíos que la acompañaban, también llorando, se estremeció en el Espíritu y se conmovió... Jesús, profundamente conmovido otra vez, vino al sepulcro. Era una cueva, y tenía una piedra puesta encima... Jesús lloró.” (Juan 11:33, 38, 35).

En este pasaje del Evangelio según Juan, en el original griego de Juan 11:33 hallamos la expresión “enebrimésato to pneúmati”, “se estremeció en el Espíritu”, donde el verbo “estremecerse” tiene un origen etimológico que sorprendentemente radica en el “relincho del caballo”, y de ahí llega ser “resollar”, “resoplar”, “estremecerse”. Luego, en el versículo 38, donde se nos dice: “Jesús, profundamente conmovido otra vez”, hallamos la forma verbal “embrimómenos”, cuyo sentido es el de “hablar conmovido”, “hablar entrecortadamente”.

En el relato de la oración agónica de Jesús antes de su tortura y muerte en la Cruz del Calvario, se nos dan detalles que nos hacen pensar en esta clase de oración en el Espíritu: “Y saliendo, se fue, como solía, al monte de los Olivos; y sus discípulos también le siguieron. Cuando llegó a aquel lugar, les dijo: Orad que no entréis en tentación. Y él se apartó de ellos a distancia como de un tiro de piedra; y puesto de rodillas oró, diciendo: Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Y se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle. Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra.” (Lucas 22:39-44).

Mateo, en su relato, añade: “Y tomando a Pedro, y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera. Entonces Jesús les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí, y velad conmigo. Yendo un poco adelante, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú.” (Mateo 26:37-39).¹⁶⁸

Y el autor de la Epístola a los Hebreos lo expresa así: “Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente. Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia.” (Hebreos 5:7-8).

La ayuda, pues, que el Espíritu Santo nos otorga en esta intercesión va dirigida a la corrección de nuestras plegarias, a la intercesión para que oremos como debemos, y al consuelo de nuestros corazones. Sólo Él conoce nuestras auténticas necesidades. Sólo Él sabe lo que verdaderamente nos conviene. Y sólo por la obra de su Espíritu podemos tener la seguridad de que Él nos oye. Así Jesús fue oído, como hemos visto, a causa de “su temor reverente.” Esto es lo que verdaderamente cuenta: “Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho.” (1ª Juan 5:14-15). Sólo el Espíritu

¹⁶⁸ Ver también Marcos 14:32-42.

Santo puede pedir conforme a la perfecta voluntad de Dios. De ahí que cuando oramos en el Espíritu podemos tener la completa seguridad de que el Señor nos oye, por cuanto el Consolador es quien conoce la profundidad de la mente del Eterno, y así es como puede interceder por nosotros conforme a su voluntad, sea en lenguas articuladas o con gemidos sin palabras.

Aquí conviene salir al paso de una enseñanza errónea que arrastramos como cristianos desde hace muchos siglos. Se trata de la expresión “en mi nombre”. Millones de fieles usan esas palabras como una especie de “talisman” con que concluir nuestras plegarias. Analicemos la enseñanza de nuestro Señor Jesucristo al respecto:

“De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo hará. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido.” (Juan 16:23-24).

La expresión “en mi nombre” es sinónima de “en mí”, por cuanto el “nombre” significa, en el contexto hebreo bíblico, la esencia de la persona. Jesús no piensa en que utilicemos “en mi nombre” como si fuera una contraseña para acceder a los archivos de nuestro ordenador. Se trata de un hebraísmo cuyo carga semántica habla de “entrar en Él”, de “penetrar en su esencia”, hasta hacer contacto con su voluntad, de manera que cuando nosotros oremos estemos en la persona de Jesús, ante la presencia de Dios Padre. Ahora bien, esa identificación, esa unión, sólo es posible por medio de la bendita Persona del Espíritu Santo, del Espíritu del Padre y del Hijo. Sólo así podemos pedirle lo que Él desea para nosotros. “En Él” o “en su nombre” es dejarnos saturar por su voluntad y ser movidos por el Espíritu Santo. Así podemos entender por qué el Señor nos asegura que nos escucha. Porque “en Él”, “en su nombre”, podemos acceder a la mismísima presencia del Eterno:

“Y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos (judíos y gentiles) en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades. Y vino (Jesús) y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca; porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre.” (Efesios 2:16-18).

“Orar en el Espíritu” es sencillamente hacerlo en el nombre y en el poder de nuestro Señor Jesucristo, usando la potestad y el privilegio que nos han sido concedidos, de estar en Cristo, y de tener acceso al Padre, por cuanto estar en el Espíritu es estar en la comunión del Padre y del Hijo. Al fin y al cabo, lo verdaderamente importante en la oración de intercesión es conocer la voluntad del Señor.

“Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos.” (Efesios 6:18).

“Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna.” (Judas 20-21).

Esta sintonía es la que explica el sentido de las palabras de nuestro bendito Salvador en el

Evangelio respecto a la seguridad en la oración cuando dos discípulos se ponen de acuerdo en algo delante del Señor:

“Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos.” (Mateo 18:19).

El verbo que nuestra Biblia traduce al castellano por “ponerse de acuerdo” es el original griego “symfonesosin”, del cual nos llega la palabra española actual “sinfonía”. Es decir, que si dos discípulos de Cristo entran en la “sinfonía” de Dios, podemos contar con que nuestra petición será oída por el Señor. Y del mismo modo que las cuerdas de dos instrumentos musicales han de ser afinadas de manera que haya armonía entre ambas, así ha de ser en esta clase de oración, en la que los dos instrumentos han de estar afinados respecto a un Tercero, es decir, armonizar con nuestro Señor. De lo contrario, dos de nosotros podríamos estar de acuerdo en cualesquiera cosa contraria a la perfecta voluntad de Dios, y esperar que nuestro acuerdo fuese el fundamento de derecho para recibir nuestra petición. Sin embargo, nada más lejos de la verdad divina. La base inamovible de toda oración de intercesión será siempre e indefectiblemente la voluntad soberana de nuestro Dios. Veamos el sugestivo caso que nos llega en las Escrituras respecto a Ananías y Safira:

“Y Pedro le dijo (a Safira): ¿Por qué convinisteis (el mismo verbo “symfonesosin”) en tentar al Espíritu del Señor? He aquí a la puerta los pies de los que han sepultado a tu marido, y te sacarán a ti.” (Hechos 5:9).

Ananías y Safira habían estado en perfecto acuerdo en la trama que habían urdido para aparentar una gran generosidad en la entrega de la venta de una heredad en favor de la comunidad creyente, mintiendo al Espíritu Santo y a los hermanos. Sin embargo, su acuerdo no había estado basado en la voluntad de Dios, sino en su propia convergencia de intenciones malvadas. Por tanto, la promesa del Señor no hemos de entenderla ni basarla en el mero acuerdo humano, sino en la “sinfonía” entre los fieles y el Señor de la grey.

Cuando relacionamos algunos textos del Nuevo Testamento podemos ver con claridad que el Espíritu Santo hace en nosotros la misma labor que el Señor Jesucristo resucitado y glorificado hace en el santuario celestial por nosotros. Esta es la manera en que el Cristo glorificado interviene en nuestras vidas para guiarnos desde nuestro propio espíritu, saturado con la presencia del suyo, de forma que nuestra oración puede alcanzar tal profundidad que lleguemos hasta el límite de nuestras palabras. Es entonces cuando se produce la “oración en el Espíritu”, es decir, en nuestro espíritu empapado del Santo Consolador, con palabras que sobrepasan a nuestro léxico, o con gemidos sin palabras.

“Por lo cual puede (Jesús) también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.” (Hebreos 7:25).

“Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la

voluntad de Dios intercede por los santos.” (Romanos 8:26-27).

Ahora bien, y volviendo al tema específico de las lenguas, debemos tener muy presente que, cuando no distinguimos entre el don de lenguas para nuestra propia edificación espiritual en el plano personal, y el don profético de las lenguas, acompañado de la pertinente interpretación para la edificación de la asamblea de los fieles, podemos malentender fácilmente las enseñanzas del apóstol Pablo al respecto.

Los capítulos 12, 13 y 14 de la Primera Epístola a los Corintios son una unidad que debemos estudiar como tal. Comencemos por considerar la expresión “géne glosson” (“diversos géneros de lenguas”) (1ª Corintios 12:10). Se trata de uno de los diversos dones del Espíritu Santo que se relacionan en este capítulo, y en los que las tres Personas Divinas participan en la perfecta sincronía de la Unidad de Dios, en la donación de estas manifestaciones del Espíritu Santo:

“Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo. Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho. Porque a éste es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu. A otro, el hacer milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversos géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas. Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere. Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo. Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu.” (1ª Corintios 12:4-13).

No podemos hacer una clara distinción entre las lenguas, propiamente dichas, como don profético acompañado del don de interpretación, y las lenguas como don para la edificación del propio espíritu del orante. Las lenguas son las mismas. La distinción se da, pues, no en la esencia de las lenguas, sino en el propósito con que el Señor otorga el don, ya sea para la comunión de nuestro espíritu con el Espíritu de Dios, o bien como don profético para la edificación de la asamblea cristiana. En la Primera Epístola a los Corintios se alude a ambos propósitos, mientras que en el libro de los Hechos de los Apóstoles, los casos relatados de experiencias con el Espíritu Santo con la manifestación de las lenguas, son siempre personales o evidenciales.

Aquí conviene que tengamos presente que la profecía, con las lenguas y su interpretación, son dones de revelación y poder, en expresión vocal; es decir, audible y pública. Los tres están íntimamente relacionados con la Palabra, son expresión de Dios, y transmiten los sentimientos de nuestro Señor:

“Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.” (1ª Pedro 4:11).

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios... A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer.” (Juan 1:1, 18).

El don profético de lenguas, para la edificación de la iglesia local, acompañado del ejercicio del don de interpretación de lenguas (griego: “ermeneía glosson”), debe limitarse “a dos, o a lo más tres, y por turno; y uno interprete. Y si no hay intérprete, calle en la iglesia, y hable para sí mismo y para Dios.” (1ª Corintios 14:27-28). De lo contrario, “si, pues, toda la iglesia se reúne en un solo lugar, y todos hablan en lenguas, y entran indoctos o incrédulos, ¿no dirán que estáis locos?” (1ª Corintios 14:23).

Es evidente que el don profético de lenguas e interpretación de las mismas, a diferencia de las lenguas como idioma de oración y alabanza personales, no es para todos, como tampoco lo son los ministerios, ni los otros dones, ni todo el cuerpo es un solo miembro:

“Además, el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos... Porque si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo?... Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular. Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen don de lenguas. ¿Son todos apóstoles? ¿son todos profetas? ¿todos maestros? ¿hacen todos milagros? ¿tienen todos dones de sanidad? ¿hablan todos lenguas? ¿interpretan todos? Procurad, pues, los dones mejores.” (1ª Corintios 12:14, 19, 27-31).

El don profético de lenguas, como todos los demás dones, ministerios y operaciones del Santo Espíritu de Dios, es dado a la iglesia para edificación de todo el cuerpo de Cristo: “Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho.” (1ª Corintios 12:7).

“Así que, quisiera que todos vosotros hablaseis en lenguas, pero más que profetizaseis; porque mayor es el que profetiza que el que habla en lenguas, a no ser que las interprete para que la iglesia reciba edificación... Así también vosotros; pues que anheláis dones espirituales, procurad abundar en ellos para edificación de la iglesia... Por lo cual, el que habla en lengua extraña, pida en oración poder interpretarla. Porque si yo oro en lengua desconocida, mi espíritu ora, pero mi entendimiento queda sin fruto... Porque si bendices sólo con el espíritu, el que ocupa lugar de simple oyente, ¿cómo dirá el Amén a tu acción de gracias? Pues no sabe lo que has dicho. Porque tú, a la verdad, bien das gracias; pero el otro no es edificado.” (1ª Corintios 14:5, 12-14, 16-17).

Es obvio que en el milagro de Hechos 2 las cosas fueron muy diferentes a los demás casos relatados en el Nuevo Testamento. En aquel Pentecostés, no se trataba de edificar a la iglesia local, sino de manifestar una gran señal, un prodigio al mundo, cuando aquellos discípulos, unos ciento veinte en número, prorrumpieron simultáneamente en alabanza al Señor declarando las maravillas de Dios en los idiomas de las nacionalidades congregadas en Jerusalem con motivo de la fiesta. Naturalmente, no fue necesario el ejercicio del don de interpretación de lenguas en aquella ocasión, por cuanto no fueron lenguas espirituales o angélicas las que hablaron los apóstoles y los discípulos, sino idiomas humanos. Recapitulemos:

1. La glosolalia es un don de rango menor a los dones ministeriales registrados en Primera Corintios:

“Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular. Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen don de lenguas.” (1ª Corintios 12:27-28).

“Procurad, pues, los dones mejores. Mas yo os muestro un camino aun más excelente. Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe.” (1ª Corintios 12:31-13:1).

La glosolalia terminará un día, con la Segunda Venida de Cristo, pero el amor jamás tendrá fin:

“El amor nunca deja de ser; pero las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará.” (1ª Corintios 13:8).

“Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor.” (1ª Juan 4:7-8).

2. Para la edificación congregacional, las lenguas son inferiores a la profecía, ya que la glosolalia requiere la participación de un segundo don para que se complete como profecía, es decir, mediante el don de interpretación de lenguas. Estos dos dones combinados, el don de diversos géneros de lenguas y el don de interpretación de lenguas, son equivalentes al don de profecía:

“Así que, quisiera que todos vosotros hablaseis en lenguas, pero más que profetizaseis; porque mayor es el que profetiza que el que habla en lenguas, a no ser que las interprete para que la iglesia reciba edificación.” (1ª Corintios 14:5).

Aquí conviene tener presente que quien habla en lenguas debe pedir al Señor la interpretación, por sí mismo o por otro hermano que haya recibido del Señor el don de interpretación de lenguas. De no pedir la interpretación, no sabremos si nuestra expresión en lengua desconocida es sólo para nuestra propia edificación, para provecho personal e íntimo, como lengua de adoración y alabanza, o bien si es palabra profética para edificación, exhortación y consuelo para toda la iglesia.

El don de interpretación de lenguas no tiene nada que ver con la interpretación de las Sagradas Escrituras, que pertenece al ministerio de la enseñanza. La interpretación, al igual que el don de lenguas, es un regalo sobrenatural. Depende enteramente del don de lenguas, del cual es subsidiario, ya que por sí solo carece de función. Tengamos presente que “interpretar” no es exactamente “traducir”, sino dar el sentido a un mensaje, explicar cuidadosamente el significado de algo. El pasaje de Daniel, en el que el profeta interpreta la escritura de las cuatro palabras sobre la pared, aporta bastante claridad a lo que venimos diciendo:

“Y tú, su hijo Belsasar, no has humillado tu corazón, sabiendo todo esto; sino que contra el Señor del cielo te has ensoberbecido, e hiciste traer delante de ti los vasos de su casa, y tú y tus grandes, tus mujeres y tus concubinas, bebisteis vino en ellos; además de esto, diste alabanza a dioses de plata y oro, de bronce, de hierro, de madera y de piedra, que ni ven, ni oyen, ni saben; y al Dios en cuya mano está tu vida, y cuyos son todos tus caminos, nunca honraste. Entonces de su presencia fue enviada la mano que trazó esta escritura. Y la escritura que trazó es: Mene, Mene, Tekel, Uparsin. Esta es la interpretación del asunto: Mene: Contó Dios tu reino, y le ha puesto fin. Tekel: Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto. Peres: Tu reino ha sido roto, y dado a los medos y a los persas.” (Daniel 5:22-28).

La importancia, pues, del don de interpretación de lenguas es grande, por cuanto de poco serviría el don de lenguas, en el propósito profético, si faltase el de interpretación. Si el intérprete no hace su parte, la palabra en lengua desconocida no será de edificación para la asamblea cristiana, sino sólo para el orante.

3. Cuando las lenguas no son interpretadas en la asamblea cristiana, contribuyen más bien a la confusión que a la edificación:

“Ahora pues, hermanos, si yo voy a vosotros hablando en lenguas, ¿qué os aprovechará, si no os hablare con revelación, o con ciencia, o con profecía, o con doctrina?... Porque tú, a la verdad, bien das gracias; pero el otro no es edificado... Si, pues, toda la iglesia se reúne en un solo lugar, y todos hablan en lenguas, y entran indoctos o incrédulos, ¿no dirán que estáis locos?” (1ª Corintios 14:6, 17, 23).

4. La glosolalia edifica solamente al orante, como explica Pablo en este capítulo catorce de la Primera Epístola a los Corintios: “El que habla en lengua extraña, a sí mismo se edifica; pero el que profetiza, edifica a la iglesia.” (1ª Corintios 14:4).

Pero su mente no entiende lo que dice: “Por lo cual, el que habla en lengua extraña, pida en oración poder interpretarla. Porque si yo oro en lengua desconocida, mi espíritu ora, pero mi entendimiento queda sin fruto... Pero en la iglesia prefiero hablar cinco palabras con mi entendimiento, para enseñar también a otros, que diez mil palabras en lengua desconocida.” (1ª Corintios 14:13-14, 19).

Las lenguas son deseables para todos, pero la profecía lo es más todavía: “Así que, quisiera que todos vosotros hablaseis en lenguas, pero más que profetizaseis; porque mayor es el profetiza que el que habla en lenguas, a no ser que las interprete para que la iglesia reciba edificación.” (1ª Corintios 14:5).

Queda evidenciado que la profecía, sea dada en lengua conocida, o bien en otras lenguas con interpretación, es el mayor de los dones del Espíritu Santo. Es el único del cual se nos dice en dos ocasiones que hemos de procurarlo especialmente: “Seguid el amor; y procurad los dones espirituales, pero sobre todo que profeticéis... Así que, hermanos, procurad profetizar.” (1ª Corintios 14:1, 39).

Es de tal magnitud la profecía como herramienta, que conviene considerar seriamente su sentido y alcance. Recordemos que “profetizar” es “hablar por otro”: “El Señor dijo a Moisés: Mira, yo te he constituido dios para Faraón, y tu hermano Aarón será tu profeta.” (Éxodo 7:1).

“Voz que clama en el desierto: Preparad camino al Señor; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios.” (Isaías 40:3).

“Pues éste es aquel de quien habló el profeta Isaías, cuando dijo: Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas.” (Mateo 3:3).

“¿Pero ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Sí, os digo, y más que profeta. Porque éste (Juan el Bautista) es de quien está escrito: He aquí yo envío mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de ti.” (Mateo 11:9-10).

El Espíritu Santo anhela edificar, exhortar, consolar y confortar e inducir a aprender, y para tal fin emplea a los discípulos de Jesucristo. Este es el objeto del Consolador: Fortalecer a los santificados, acrecentar nuestra fe, desarrollar el carácter cristiano, y capacitar para el servicio. Por consiguiente, el ministerio profético será siempre de naturaleza eminentemente constructiva, edificante y estimuladora. No puede, pues, existir una necesidad ni mayor ni más apremiante en toda asamblea cristiana que el ministerio profético.

Tengamos muy presente el sentido de los propósitos de la profecía: Primeramente, consideremos que “edificar” es construir: “Y yo también te digo, que tú eres Pedro (griego: “petros”, “fragmento de roca”), y sobre esta roca (“griego: “petra”, “roca entera”) edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella.” (Mateo 16:18). La voz que traducimos por “edificación” es el término griego “oikodome”, cuyo significado literal es llanamente “construir una casa”. Esta palabra, con sus derivados, aparece siete veces en la Primera Epístola de Pablo a los Corintios, lo que evidencia que toda auténtica profecía ha de ser constructiva para la asamblea cristiana. Ahora bien, hay dos maneras de edificar: Hacerlo sobre la Roca o fundamento sólido puesto por Dios, o bien añadiendo sobre lo ya edificado, consolidando y confirmando a los ya añadidos:

“Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna.” (Judas 20).

“Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu.” (Efesios 2:20-22).

En segundo lugar, tengamos en cuenta que “exhortar” es aconsejar, amonestar, alentar, animar, y también cambiar el error por la verdad, la desobediencia por la sumisión a la voluntad divina;

la rebeldía por la obediencia y la fe.¹⁶⁹ La voz original griega es “paraklesis”, de la misma raíz del título “Parakletos”, “Consolador”, con el que nos referimos al Santo Espíritu de Dios. Esto aclara que la profecía verdadera no puede nunca ser una manera de intimidar ni coaccionar al pueblo de Dios a la sumisión, bajo el temor de las amenazas del juicio, sino, antes bien, una manera divina para estimular a los discípulos de Jesucristo hacia una más íntima consagración al Redentor, y una mayor dedicación a la extensión del Reino de Dios mediante la predicación del Evangelio de la Gracia.

“Porque podéis profetizar todos uno por uno, para que todos aprendan, y todos sean exhortados.” (1ª Corintios 14:31).

“La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría.” (Colosenses 3:16).

“Así como también sabéis de qué modo, como el padre a sus hijos, exhortábamos y consolábamos a cada uno de vosotros.” (1ª Tesalonicenses 2:11).

“Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo; antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado... Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca.” (Hebreos 3:12-13; 10:24-25).

“Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su reino, que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina.” (2ª Timoteo 4:1-2).

En tercer lugar, la profecía es productora de consuelo y aliento. La voz griega para el término “consuelo” es “paramuthia”, cuyo sentido literal es el de “hablar susurrando al oído.” Expresa un sentimiento de ternura, como cuando se pronuncian al oído suaves palabras de amor y consuelo. Juan emplea este término en su relato evangélico para referirse a las palabras de parte de los amigos de las hermanas Marta y María: “Y muchos de los judíos habían venido a Marta y a María, para consolarlas por su hermano.” (Juan 11:19). El apóstol Pablo también emplea este término con los matices de la manera en que un padre procura instruir a su hijo, y también con el sentido de alentar a los poco animosos: “Así como también sabéis de qué modo, como el padre a sus hijos, exhortábamos y consolábamos a cada uno de vosotros... También os rogamos, hermanos... que alentéis a los de poco ánimo.” (1ª Tesalonicenses 2:11; 5:14).

Desde su mismísimo nacimiento, la Iglesia ha necesitado este mensaje de consuelo divino. Así vemos que después de la conversión de Saulo, cuando cesó, al menos temporalmente, la terrible persecución de que fueron objeto los primeros discípulos en la tierra de Israel, “las iglesias

¹⁶⁹ 1ª Corintios 14:31.

tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria; y eran edificados, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo.” (Hechos 9:31).

La consolación divina es obra del Espíritu Santo a través de la profecía, al hacernos también saber las cosas que han de venir, particularmente en lo que se refiere al Segundo Adviento de nuestro Señor: ¹⁷⁰ “Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir.” (Juan 16:13).

“Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras.” (1ª Tesalonicenses 4:16-18).

5. La glosolalia fue profetizada ya en el Antiguo Testamento, y se nos enseña que se trata de una señal para los incrédulos:

“En la ley está escrito: En otras lenguas y con otros labios hablaré a este pueblo; y ni aun así me oirán, dice el Señor.” (1ª Corintios 14:21).¹⁷¹

“Así que las lenguas son por señal, no a los creyentes, sino a los incrédulos; pero la profecía, no a los incrédulos, sino a los creyentes.” (1ª Corintios 14:22).

Sin embargo, la profecía será siempre más eficaz para promover en los incrédulos el arrepentimiento:

“Pero si todos profetizan, y entra algún incrédulo o indocto, por todos es convencido, por todos es juzgado; lo oculto de su corazón se hace manifiesto; y así, postrándose sobre el rostro, adorará a Dios, declarando que verdaderamente Dios está entre vosotros.” (1ª Corintios 14:24-25).

Fijémonos en el paralelo que hallamos en el Día de Pentecostés: Las lenguas hablaron las maravillas de Dios, captaron la atención de los congregados, pero la profecía de Pedro fue el elemento lingüístico que divulgó el significado de todos los actos poderosos de Dios, comenzando desde la cruz, hasta la llamada al arrepentimiento y a la fe.

6. El ejercicio de la glosolalia, al igual que el del don de la profecía, debe regularse en la asamblea cristiana. No deben de ser más de dos o tres quienes hablen en lenguas durante la celebración de un servicio de adoración. Además, no han de ser intervenciones simultáneas, para evitar la confusión babélica, sino por turno, debiendo ser seguidas de la correspondiente

¹⁷⁰ Ejem.: Juan 16:13; Hechos 11:27-28; 13:1; 15:32; 20:23; 21:10-11.

¹⁷¹ Isaías 28:11-12.

interpretación. Donde no haya un intérprete presente, los que hablan en lenguas deberán permanecer callados, hablando sólo para sí y para Dios, y rogar al Señor que otorgue el don de interpretación a alguno de los fieles:

“Si habla alguno en lengua extraña, sea esto por dos, o a lo más tres, y por turno; y uno interprete. Y si no hay intérprete, calle en la iglesia, y hable para sí mismo y para Dios.” (1ª Corintios 14:27-28).

7. La profecía debe de ser anhelada en la iglesia más que la glosolalia, pero ésta también es obra del Espíritu Santo:

“Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo...Y hay diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo. Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho... a otro, diversos géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas.” (1ª Corintios 12:4, 6-7, 10).

8. Las lenguas no deben ser prohibidas: “Así que, hermanos, procurad profetizar, y no impidiáis hablar lenguas.” (1ª Corintios 14:39).

9. Estas instrucciones no son solamente normas apostólicas de iniciativa humana, fruto de su propia prudencia, sino que son mandamientos del Señor: “Si alguno se cree profeta, o espiritual, reconozca que lo que os escribo son mandamientos del Señor.” (1ª Corintios 14:37).

Por eso la Palabra da testimonio de la bendición y prosperidad que el Señor derrama sobre el pueblo que cree a los verdaderos profetas de Dios:

“Y cuando se levantaron por la mañana, salieron al desierto de Tecoa. Y mientras ellos salían, Josafat, estando en pie, dijo: Oídme, Judá y moradores de Jerusalem. Creed en el Señor vuestro Dios, y estaréis seguros; creed a sus profetas, y seréis prosperados.” (2º Crónicas 20:20).

10. ¿Cómo ha de ser juzgada la profecía? “Vino a mí palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, profetiza contra los profetas de Israel que profetizan, y di a los que profetizan de su propio corazón: Oíd palabra del Señor. Así ha dicho el Señor: ¡Ay de los profetas insensatos, que andan en pos de su propio espíritu, y nada han visto! Como zorras en los desiertos fueron tus profetas, oh Israel. No habéis subido a las brechas, ni habéis edificado un muro alrededor de la casa de Israel, para que resista firme en la batalla en el día del Señor. Vieron vanidad y adivinación mentirosa. Dicen: Ha dicho el Señor, y el Señor no los envió; con todo, esperan que él confirme la palabra de ellos. ¿No habéis visto visión vana, y no habéis dicho adivinación mentirosa, pues que decís: Dijo el Señor, no habiendo yo hablado? Por tanto, así ha dicho el Señor: Por cuanto vosotros habéis hablado vanidad, y habéis visto mentira, por tanto, he aquí yo estoy contra vosotros, dice el Señor. Estará mi mano contra los profetas que ven vanidad y adivinan mentira; no estarán en la congregación de mi pueblo, ni serán inscritos en el libro de la casa de Israel, ni a la tierra de Israel volverán; y sabréis que yo soy el Señor.” (Ezequiel 13:1-

9).¹⁷²

Las Escrituras nos advierten en diversos pasajes acerca de los espíritus maléficos, mentirosos y engañosos: “Yo saldré, y seré espíritu de mentira en boca de todos sus profetas.” (1º Reyes 22:22). “Y si os dijeren: Preguntad a los encantadores y a los adivinos, que susurran hablando, responded: ¿No consultará el pueblo a su Dios? ¿Consultará a los muertos por los vivos? ¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido.” (Isaías 8:19-20).¹⁷³

El testimonio del Espíritu Santo a nuestro propio espíritu, acompañado del estudio serio y sistemático de la Santa Palabra de Dios, es el medio fundamental para que podamos discernir entre lo que proviene del Espíritu de Dios y lo que puede venir de extraña procedencia espiritual. El Consolador graba las enseñanzas de las Escrituras en los corazones redimidos por la sangre de Cristo, y así se genera en los corazones de todos los fieles el canon o vara de medir que nos permite discernir lo bueno de lo malo.

“No apaguéis al Espíritu. No menospreciéis las profecías. Examinadlo todo; retened lo bueno.” (1ª Tesalonicenses 5:19-21).¹⁷⁴

“Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo. En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo.” (1ª Juan 4:1-3).

“Asimismo, los profetas hablen dos o tres, y los demás juzguen.” (1ª Corintios 14:29).

El testimonio neotestamentario de la vigencia de la profecía para todo el período de la Iglesia se desprende de muchos pasajes. Veamos algunos:

¹⁷² ¿De dónde viene el espíritu de error en los profetas? Jeremías 5; 6:6-19; 7:21-34; 23:9-40; Miqueas 3:5-12; Sofonías 3.

Advertencia frente a los falsos profetas: Deuteronomio 13:1-4; 18:15-22.
Advertencias de nuestro Señor Jesucristo respecto a los falsos profetas: Mateo 7:15; Marcos 13:22.

Otras advertencias del N.T.: Hechos 13:6; 1ª Juan 4:1.

¹⁷³ Ver también Mateo 8:29; Hechos 16:16-17.

¹⁷⁴ La profecía proclama la Palabra de Dios por medio del Espíritu Santo para la edificación de la Iglesia, y se fundamenta en la revelación divina: 1ª Corintios 14:29-30; 1ª Tesalonicenses 5:21; 1ª Corintios 14:29; Mateo 24:11.

Primeramente, la promesa del Señor Jesucristo en el Evangelio según Mateo: “Por tanto, he aquí yo os envío profetas y sabios y escribas; y de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad.” (Mateo 23:34).

En segundo lugar, el testimonio del libro de los Hechos de los Apóstoles: “Había entonces en la iglesia que estaba en Antioquía, profetas y maestros: Bernabé, Simón el que se llamaba Niger, Lucio de Cirene, Manaén el que se había criado junto con Herodes el tetrarca, y Saulo. Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a la que los he llamado. Entonces, habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos y los despidieron.” (Hechos 13:1-3).

Y en tercer lugar, la mención de los dos últimos profetas, al final de los tiempos, confirma la continuidad de la profecía durante todo el período de la Iglesia:

“Y daré a mis dos testigos que profeticen por mil doscientos sesenta días, vestidos de cilicio. Estos testigos son los dos olivos, y los dos candeleros que están en pie delante del Dios de la tierra.” (Apocalipsis 11:3-4).

Tengamos siempre muy presente que el testimonio de nuestro Señor Jesucristo es el Espíritu de la profecía: “Y el ángel me dijo: Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero. Y me dijo: Estas son palabras verdaderas de Dios. Yo (Juan) me postré a sus pies para adorarle. Y él me dijo: Mira, no lo hagas; yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos que retienen el testimonio de Jesús. Adora a Dios; porque el testimonio de Jesús es el Espíritu de la profecía.” (Apocalipsis 19:9-10).

Toda profecía está siempre relacionada con nuestro Señor Jesucristo, o bien como luz para revelación a las naciones¹⁷⁵, o bien como gloria del pueblo de Israel¹⁷⁶, y siempre será para su exaltación.

¹⁷⁵ Hageo 2:7.

¹⁷⁶ Lucas 2:28-32.

VI - Textos problemáticos.

Vamos a analizar tres pasajes de la Primera Carta a los Corintios muy tenidos en consideración por los hermanos que rechazan la vigencia de las lenguas en nuestros días. Tengamos en cuenta que estos textos se encuentran en una carta apostólica tenida por vigente para todo el tiempo de la Iglesia.

El primero de estos textos es el siguiente: “El amor nunca deja de ser; pero las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará.” (1ª Corintios 13:8).

La Primera Epístola a los Corintios contiene dieciocho referencias a las lenguas, en cuanto a su significado, utilidad y uso ordenado. Lo mismo podemos decir respecto al libro de los Hechos de los Apóstoles, donde hallamos las primeras referencias al don que nos ocupa. Por consiguiente, para que pudiera soportarse el argumento del cese de las lenguas, con el de la palabra profética y la palabra de ciencia, tendría que haberse producido algún cambio de dispensación dentro del período de la historia de la Iglesia; una nueva dispensación en la que los cristianos ya no podríamos hablar bajo ninguna clase de unción o dirección del Santo Espíritu de Dios, ni en nuestras propias lenguas naturales -profecía, mediante la palabra de ciencia o la palabra de sabiduría- ni en lenguas espirituales o angélicas.

Cuando volvemos al texto del primer Pentecostés en el Nuevo Testamento, hallamos en el discurso de Pedro el hecho de que el apóstol identifica el acontecimiento con los “postreros tiempos” de que escribiera el profeta Joel:

“Y en los postreros días, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños; y de cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas en aquellos días derramaré de mi Espíritu, y profetizarán.” (Hechos 2:17-18).

Pedro entendió que lo acontecido en aquel Pentecostés era, cuando menos, el principio del cumplimiento de la profecía de Joel, con el derramamiento del Espíritu Santo sobre los hijos y las hijas, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, siervos y siervas, sobre toda carne; y el apóstol agregó que el cumplimiento de aquella promesa sería no sólo para los presentes, y para sus hijos e hijas, y para los más alejados en el espacio, sino también para todos los distantes en el tiempo:

“Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare.” (Hechos 2:39).

Es evidente que el bautismo con el Espíritu Santo no fue sólo para quienes estaban presentes aquel día de Pentecostés, sino para todos cuantos creerían en el Señor Jesucristo a través de los tiempos, hasta su Segunda Venida en poder y gloria. Nada señala aquí hacia la entrada de la Iglesia de Jesucristo en una nueva era, dimensión o dispensación en la que las enseñanzas del apóstol Pablo en la Primera Epístola a los Corintios, respecto a los dones del Espíritu Santo, resulten obsoletas e innecesarias dentro del Nuevo Pacto. Nada apunta hacia el cese de las

lenguas con anterioridad a los “últimos días”: “En los postreros días, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne.” (Hechos 2:17). Ni mucho menos que los dones espirituales vayan a cesar antes de la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo en el Gran Día de Dios: “El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día del Señor, Grande y manifiesto.” (Hechos 2:20).

También hemos de considerar el hecho de que el apóstol Pablo agrupa a las “lenguas” junto con las “profecías” y la “ciencia”. Cuando cesen las unas cesarán también las otras dos. Aquí por “ciencia” debemos entender el “don de la palabra de ciencia” (“lógos gnóseos”), de 1ª Corintios 12:8.

La palabra profética, las lenguas y la palabra de ciencia son dones del Espíritu Santo que actúan como medios, y no son fines en sí mismos, por cuanto apuntan al fin supremo, que es, naturalmente, el amor, eterno por ser divino. Todos los dones, como medios, son de carácter temporal. Sólo el amor es eterno. Sólo “el amor nunca deja de ser.” (1ª Corintios 13:8). Lo que es en parte, parcial, incompleto en sí mismo, dejará de tener sentido: “Mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará... Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido.” (1ª Corintios 13:10, 12). Es decir, entonces la necesidad de los dones dejará de existir. No será antes de la venida de lo “perfecto” (v. 10), es decir, al final del tiempo de la historia; cuando estemos en la presencia del Señor, y nuestro conocimiento y nuestro carácter hayan sido perfeccionados después del Segundo Adviento de nuestro Señor Jesucristo.¹⁷⁷ Hasta entonces tendremos necesidad del Santo Espíritu de Dios nuestro Señor y de sus dones, ministerios y operaciones en las iglesias. Además, nada en esta argumentación apunta hacia el cese de las lenguas antes del de la palabra de profecía y la palabra de ciencia.

El bautismo en el Espíritu Santo con poder de lo alto no cesó en aquel Pentecostés.¹⁷⁸ La llenura con el Santo Consolador hasta rebosar es derecho de nacimiento de todo verdadero hijo e hija de Dios. Después de arrepentirnos de nuestros pecados y recibir a Jesucristo como Señor y Salvador de nuestras vidas, tenemos el derecho, de parte suya, de pedir y aguardar y recibir el mismo bautismo que el Señor prometió y dio a los redimidos del tiempo del Nuevo Testamento.¹⁷⁹

El segundo texto que vamos a analizar se encuentra en 1ª Corintios 12:30: “¿Hablan todos lenguas, interpretan todos?” Estas interrogaciones del apóstol Pablo implican una respuesta negativa. Por el contexto, es evidente que Pablo se refiere al don profético de las lenguas en la iglesia de Corinto, es decir, al don de lenguas y su don acompañante de interpretación, y no a las lenguas en el sentido en que se refiere a ellas en 1ª Corintios 14:5: “Así que, quisiera que todos vosotros hablaseis en lenguas, pero más que profetizaseis.” También conviene que tengamos

¹⁷⁷ 1ª Corintios 1:7; 13:12.

¹⁷⁸ comp. Hechos 2:38; 8:15; 9:17; 10:44-46; 19:6.

¹⁷⁹ Hechos 1:4,8; Joel 2:28; Mateo 3:11; Lucas 24:49.

presente que en el relato de Hechos 2:4 y 10:44, expresamente se manifiesta que “todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaron en otras lenguas.” No se trata, pues, de limitar el uso de las lenguas en oración y adoración al Señor. Por consiguiente, no todos ejercerán el don profético de lenguas, del mismo modo que tampoco todos ejercerán los ministerios de enseñanza y gobierno en la iglesia local, pero nada hay en el texto y su contexto que nos impida creer que todos pueden ejercer las lenguas como medio de oración, alabanza y edificación personal.

Esta misma objeción lleva también a muchos hermanos a creer erróneamente que cualquiera de los dones del Espíritu Santo puede ser usado por el Señor como evidencia del bautismo o llenura del Santo Espíritu de Dios, pues pensar lo contrario implicaría limitar al Señor en su absoluta soberanía. Sin embargo, cuando vamos a los textos en que se nos relatan los derramamientos del Espíritu Santo en el libro de los Hechos de los Apóstoles, no podemos hallar ninguna otra evidencia inicial aparte de la lenguas en alabanza al Señor.

Otra objeción frecuente es la que argumenta contra la singularidad de las lenguas, aludiendo al amor del Señor por la riqueza variopinta de sus dones, así como por el carácter multiforme e inescrutable de su gracia soberana. Quienes aducen estos argumentos contra la singularidad de la glosolalia, no suelen reparar en el hecho de que dicha multiformidad se halla presente en el don que nos ocupa. De ahí que se describa en el texto paulino como una “diversidad”, y no como una lengua exclusiva y uniforme: “diversos géneros de lenguas.” (“géne glosson”). (1ª Corintios 12:10).

Podemos, pues, afirmar que invariablemente, la señal física inicial de la recepción de la llenura, plenitud o bautismo en el Espíritu Santo es la manifestación de las lenguas. No es cuestión de lo que Dios podía haber hecho, o pudiera hacer, sino de lo que realmente hizo en su absoluta soberanía, cuyo testimonio no nos llega sólo en la tradición de la Iglesia y sus avivamientos, sino en las propias Sagradas Escrituras: “... según el Espíritu les daba que hablasen.” (Hechos 2:4).

El tercero de los textos es el que hallamos en 1ª Corintios 14:8-9: “Y si la trompeta diere sonido incierto, ¿quién se preparará para la batalla? Así también vosotros, si por la lengua no diereis palabra bien comprensible, ¿cómo se entenderá lo que decís? Porque hablaréis al aire.”

¿Hemos de entender que las lenguas de los cristianos de Corinto eran meros balbuceos ininteligibles de expresiones silábicas sin aparente sentido, o como muchos de nuestros críticos afirman, fruto del subconsciente de la mente del hombre, estimulado por fuertes sentimientos efusivos? Vamos a considerar tres factores sumamente importantes para analizar este asunto:

Primeramente, el contexto anterior y posterior, que actúa como paréntesis respecto al versículo que nos ocupa, subraya la necesidad de la interpretación para que resulte de edificación para la iglesia: “Así que, quisiera que todos vosotros hablaseis en lenguas, pero más que profetizaseis; porque mayor es el que profetiza que el que habla en lenguas, a no ser que las interprete para que la iglesia reciba edificación... Por lo cual, el que habla en lengua extraña, pida en oración poder interpretarla.” (1ª Corintios 14:5, 13).

Por consiguiente, es obvio que el versículo que analizamos (1ª Corintios 14:9) hace referencia

a las lenguas sin interpretación. La expresión griega “me eusemon lógon” significa “palabra no inteligible”, es decir, carente de significado para aquellos que no están familiarizados con el sonido (“foné”) de la lengua extraña. Esto no significa que el lenguaje sea ininteligible “per se”, o que carezca de significado para el Señor, sino que no es comprensible ni para el orante ni para el oyente, a menos que haya interpretación. Por consiguiente, quienes hablan en lenguas deben emitir sonidos claros y fácilmente identificables: “Si no dieran distinción de voces, ¿cómo se sabrá lo que se toca con la flauta o con la cítara?” (1ª Corintios 14:7). De ahí la necesidad de pedirle al Señor que dé interpretación de lo que se dice, de manera que los hermanos sean edificados: “Procurad abundar en ellos (los dones del Espíritu Santo) para edificación de la iglesia.” (1ª Corintios 14:12).

El segundo factor a tomar en consideración es que Pablo emplea el mismo término “lógous” tanto para referirse a las “cinco palabras con entendimiento”, que el apóstol prefiere emplear en la iglesia, como para referirse a las “diez mil palabras en lengua desconocida”, según se expresa en 1ª Corintios 14:19.

El tercero de los factores es la consideración de que si la glosolalia es auténticamente el Espíritu Santo que habla a través de los órganos humanos del lenguaje, entonces el mensaje ha de atribuirse al Señor, y no al hombre. Así se entienden las palabras de 1ª Corintios 14:2: “Porque el que habla en lenguas no habla a los hombres, sino a Dios; pues nadie le entiende, aunque por el Espíritu habla misterios.” Sin embargo, esto no quiere decir que las “lenguas” (“glossai”) (1ª Corintios 14:2) e “idiomas” (“fonaí”) (1ª Corintios 14:10) sean “ruido al aire”, por cuanto contienen “misterios” cuya fuente es nada menos que el Santo Espíritu de Dios nuestro Señor.

VII - La vigencia de las lenguas para todo el período de la Iglesia.

Una de las afirmaciones más frecuentes de quienes niegan la vigencia del don de diversos géneros de lenguas para todo el período de la Iglesia, hasta el día de la Segunda Venida de Cristo, consiste en definir la experiencia de los cristianos de Corinto, según creen ellos que se desprende los capítulos 12 al 14 de la 1ª Epístola a los Corintios, como una experiencia “estática”. Esa suele ser la definición que hallamos en la práctica totalidad de los comentarios bíblicos consultados.

La “New English Bible” (“Nueva Biblia Inglesa”), por ejemplo, traduce “glossas” por “lenguaje de éxtasis”. (1ª Corintios 14:2,4,19) y “ecstatic utterance” (“expresión estática”) en 1ª Corintios 14:13, 27). Del mismo modo, traduce el plural “glossais” por “tongues” (“lenguas”) una vez, en 1ª Corintios 13:1, pero emplea la expresión “lenguas de éxtasis” en 12:30 y 14:5; “ecstatic speech” (“habla estática”) en 14:6; “ecstatic utterance” (“expresión estática”) en 14:18, 39; y “strange tongues of ecstasy” (“extrañas lenguas de éxtasis”) en 14:23.

Ahora bien, la definición de “éxtasis” en castellano es: 1) “En la teología mística, estado preternatural del alma, caracterizado interiormente por cierta unión de Dios mediante la contemplación y el amor, y exteriormente por la suspensión mayor o menor de los sentidos y de la actividad fisiológica.” 2) “Estado del alma enteramente dominada por intenso y grato sentimiento de admiración.”¹⁸⁰ Hay alguna definición más, pero pertenece a otros campos del quehacer humano. La definición que hallamos en la lengua inglesa es semejante: 1) “Estado dominado por la emoción, como, por ejemplo, el gozo, el dolor, la pasión, etc.” 2) “Un sentimiento de gozo superlativo; de suprema delicia; de trasposición o raptó”. 3) “Un trance, especialmente aquel que resulta del fervor religioso. Implica exaltación emocional extrema que se sobrepone a todos los demás sentidos.”¹⁸¹ No parece, por consiguiente, aplicable el sustantivo “éxtasis”, ni el adjetivo “estático” (“que permanece en un mismo estado inmóvil, inmutable, suspendido o parado de admiración”)¹⁸² a la experiencia de los corintios, por cuanto el carácter ininteligible de las lenguas no se debía a ser estáticas, sino al hecho de desconocerlas, a menos que fueran interpretadas. De lo que se deduce que no tenían que ser expresiones históricas ni frenéticas, como frecuentemente ocurría en las liturgias del paganismo, para ser genuinas manifestaciones del Santo Espíritu de Dios.

El problema de las lenguas entre los fieles de Corinto, del que trata el apóstol Pablo, no era cuestión de éxtasis, sino de mera confusión. Esto, naturalmente, no quiere decir que el ejercicio

¹⁸⁰ Casares, Julio, “Diccionario Ideológico de la Lengua Española”, Ed. Gustavo Gili, S.A., Barcelona, 1990.

¹⁸¹ Webster’s New World Dictionary of the American Language, 2nd. College Edition, The World Publishing Company, New York and Cleveland, 1970..

¹⁸² Casares, Julio, op. cit.

de los dones del Espíritu Santo no pueda realizarse con fervor y entusiasmo, pero, ciertamente, sin perder el dominio propio. De los textos analizados en 1ª Corintios se desprende que los hermanos hablaban en lenguas por un período de tiempo demasiado prolongado, monopolizando la atención del culto, o lo hacían simultáneamente, sin posibilidad de que pudiera darse la oportuna interpretación, bien por el desorden existente, bien por falta de intérprete presente en la asamblea.

Las normas dadas por el apóstol Pablo, como veíamos en 1ª Corintios 14:27-28, demuestran contundentemente que el orante no estaba en éxtasis ni bajo los efectos de un emocionalismo frenético, sino en pleno dominio de sí mismo. Podía refrenarse en su expresión en lenguas si ya lo habían hecho proféticamente dos o tres hermanos antes que él o ella, y someterse a la disciplina de profetizar en lenguas por turno. Es evidente que no se trataba de estados en trance, ni estáticos ni frenéticos, por cuanto “los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas; pues Dios no es Dios de confusión, sino de paz.” (1ª Corintios 14:32-33). El término griego que hallamos aquí traducido por “confusión” es “akatastasia” (“revolución”, “desorden”, “tumulto”, “anarquía”). El vocablo aparece en Lucas 21:9 como “sediciones”; en 2ª Corintios 6:5 como “tumultos”; 12:20 como “desórdenes”; y en Santiago 3:16 como “perturbación”. Nunca hace referencia a éxtasis o trance, sino sólo y exclusivamente a confusión y desorden.

Otro de los principales argumentos de quienes niegan la vigencia del don de lenguas para todo el período de la Iglesia, es el carácter temporal del don, afirmando que éste fue dirigido primordialmente a los judíos, y vinculado esencialmente al grupo de los Doce, por lo que con la muerte del último de los primeros apóstoles escogidos por el Señor durante su ministerio terreno, y la formación del canon del Nuevo Testamento, cesó la necesidad del don en cuestión. Los hermanos que piensan de este modo, entienden que el Señor obró milagrosamente en los días de los Doce con el propósito de confirmar la naturaleza sobrenatural e inspirada, simbólica y escatológica, de su ministerio y enseñanza, pero una vez culminada su labor, dejó de manifestarse el poder de Dios de semejante manera.

Sin embargo, todos cuantos sostienen esta postura saben perfectamente que no existe un solo texto en el Nuevo Testamento que confirme esta asunción. Antes bien, la tesis de que el Eterno obró milagrosamente en los tiempos bíblicos, pero hoy no sigue tal patrón de actuación, sigue una línea de pensamiento muy peculiar. Vamos a tratar de analizarla. Primeramente, todos estamos de acuerdo en que “las lenguas cesarán” (1ª Corintios 13:8). Las diferencias son que para unos el cese aconteció con la desaparición del apostolado de los Doce; para otros, con la culminación del canon neotestamentario; y para otros, cesarán con la Segunda Venida de Cristo.

Frente a toda suerte de opiniones, la Biblia da testimonio de que no sólo ha venido el Espíritu Santo a morar con y en el creyente, sino a obrar en la historia de la Iglesia en las áreas siguientes:

Primeramente, para regenerar al hombre -varón y mujer- y producir una nueva criatura en el lugar donde se hallaba la vieja naturaleza caída:

“Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: El Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir,

porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros.” (Juan 14:15-17).

“Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios... Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.” (Juan 3:3, 6).

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.” (2ª Corintios 5:17).

En segundo lugar, para producir el fruto del Espíritu Santo, y mediante éste conducir a los fieles hacia la madurez espiritual:

“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu.” (Gálatas 5:22-25).

“Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén.” (2ª Pedro 3:18).

En tercer lugar, para llenar a los fieles con el Espíritu Santo: “Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen.” (Hechos 2:4).

“No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu.” (Efesios 5:18).

Es evidente que la expectativa de ser llenos o bautizados con el Espíritu Santo era lo normal en la Iglesia naciente, como se desprende del hecho de que los conversos fueran bautizados en las aguas tan pronto como recibían la llenura del Espíritu Santo:

“Y los fieles de la circuncisión que habían venido con Pedro se quedaron atónitos de que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo, porque los oían que hablaban en lenguas, y que magnificaban a Dios. Entonces respondió Pedro: ¿Puede alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros?” (Hechos 10:45-47).

“Y cuando comencé a hablar, cayó el Espíritu Santo sobre ellos también, como sobre nosotros al principio.” (Hechos 11:15).

“Y Dios, que conoce los corazones, les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros.” (Hechos 15:8).

En cuarto lugar, para capacitar para ser testigos eficaces del Evangelio de nuestro Señor y

Salvador Jesucristo:

“He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedas vosotros en la ciudad de Jerusalem, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto.” (Lucas 24:49).

“Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalem, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra.” (Hechos 1:8).

En quinto lugar, para distribuir dones, ministerios, operaciones y manifestaciones espirituales para la edificación del cuerpo de Cristo:

“Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo. Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho. Porque a éste es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu. A otro, el hacer milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversos géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas. Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere.” (1ª Corintios 12:4-11).

En sexto lugar, para establecer oficios o ministerios en la iglesia: “Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular. Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen don de lenguas.” (1ª Corintios 12:27-28).

“Porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros. De manera que, teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada, si el de profecía, úsese conforme a la medida de la fe; o si de servicio, en servir; o el que enseña, en la enseñanza; el que exhorta, en la exhortación; el que reparte, con liberalidad; el que preside, con solicitud; el que hace misericordia, con alegría.” (Romanos 12:4-8).

“Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo... Y él mismo constituyó a unos apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo.” (Efesios 4:7, 11-12).

La controversia que se centra en torno a la vigencia de los dones del Espíritu Santo tiene muy probablemente su origen en la lucha entre el poder carismático de la Iglesia y el desarrollo de la estructura eclesiástica oficial, como resultado del surgimiento de falsos profetas y maestros, así como por el olvido por parte de la iglesia institucional del sacerdocio universal de todos los fieles. Este fenómeno no sólo produjo en parte el menosprecio, cuando no la prohibición, de la manifestación de los dones carismáticos, sino también de la reducción del ministerio de la mujer

a labores auxiliares, como resultado directo del surgimiento y desarrollo del episcopado como jerarquía supra-congregacional exclusivamente masculina.

En la medida en que la estructura eclesiástica fue desarrollándose, el poder carismático de la Iglesia fue decreciendo progresivamente, sin desaparecer del todo, si bien gran parte de las experiencias con el Espíritu Santo fueron reconduciéndose por parte de la jerarquía hacia los ritos sacramentales. Todo ello condujo inexorablemente al nacimiento y fortalecimiento del sistema sacramental. La superioridad de la estructura formal de la Iglesia fue desarrollándose hasta la casi eliminación de la práctica de los dones del Espíritu Santo. El sacramentalismo ceremonialista fue ocupando el lugar de los carismas. Naturalmente, este fenómeno no se produjo de un día para otro, sino que fue una progresión lenta, fácil de estudiar en los textos de la patrística y en la historia de la Iglesia.

En la “Didajé”, probablemente redactada por un administrador eclesiástico que deseaba conservar los elementos carismáticos en la iglesia de Antioquía, en equilibrio con las funciones supervisoras de los obispos o pastores y diáconos, aparecen los problemas suscitados por la influencia carismática y sus roces con la estructura formal de las iglesias. El propósito de su autor parece ser el de aportar unas directrices claras que permitieran juzgar las enseñanzas de los dirigentes carismáticos en general, y de los profetas en particular. Por esta obra sabemos primeramente que en la celebración de la eucaristía, todos los fieles ofrecían una plegaria prescrita, de naturaleza litúrgica, mientras que los profetas podían expresar su oración de acción de gracias extemporáneamente.¹⁸³ En segundo lugar, que la mayoría de los profetas de aquella época eran itinerantes. Los que optaban por establecerse en una comunidad local determinada recibían un trato de favor. Se les consideraba dignos de recibir el sustento de su comida.¹⁸⁴ Igualmente, las congregaciones les ofrecían sus primicias.¹⁸⁵ En tercer lugar, el profeta era considerado como un mensajero de Dios, por cuanto “hablaba en el Espíritu”.¹⁸⁶ De esto se desprende que los profetas eran considerados como tales precisamente por el ejercicio de su don.

Al mismo tiempo, la “Didajé” muestra la preocupación por la influencia de los falsos profetas, de los cuales ya nos advierte el propio Señor Jesucristo en el Evangelio, así como los apóstoles Pablo, Pedro y Juan:

“Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos.” (Mateo 24:24).

“Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre. Porque yo

¹⁸³ Didajé 10:1-7.

¹⁸⁴ Op. cit. 13:1.

¹⁸⁵ Op. cit. 13:3, 5-7.

¹⁸⁶ Op. cit. 11:7-9, 12.

(Pablo) sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos.” (Hechos 20:28-30).

“Por tanto os hago saber que nadie que hable por el Espíritu de Dios llama anatema a Jesús; y nadie puede llamara a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo.” (1ª Corintios 12:3).

“Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aún negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina. Y muchos seguirán sus disoluciones, por causa de los cuales el camino de la verdad será blasfemado, y por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas. Sobre los tales ya de largo tiempo la condenación no se tarda, y su perdición no se duerme.” (2ª Pedro 2:1-3).

“Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo. En este conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo. Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo. Ellos son del mundo; por eso hablan del mundo, y el mundo los oye. Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye. En esto conocemos el Espíritu de verdad y el espíritu de error.” (1ª Juan 4:1-6).

La “Didajé” regulaba la manera de descubrir a los falsos profetas y maestros mediante unas sencillas medidas, lo cual demuestra que la existencia de los falsos profetas demandaba una estructura formal más estricta, con sujeción a los obispos o pastores y a los diáconos: Primeramente, los profetas habrían de enseñar en favor del aumento de la santidad y el conocimiento del Señor.¹⁸⁷ En segundo lugar, las visitas de los profetas itinerantes no deberían durar más de dos días.¹⁸⁸ No deberían exigir dinero a las congregaciones para ellos mismos.¹⁸⁹ Pero sí podrían solicitar el sustento de la comida y otras ayudas en favor de otros necesitados entre los hermanos.¹⁹⁰

Recordemos que las Sagradas Escrituras afirman claramente que cualquier fiel puede ser usado por el Espíritu Santo en la manifestación de su gracia por medio de los dones y operaciones, para edificación del cuerpo de Cristo, sin que ese fiel necesariamente ocupe uno de los ministerios ordenados y establecidos por el Señor Jesucristo en su Iglesia. El ejemplo más claro al respecto

¹⁸⁷ Op. cit. 11:2.

¹⁸⁸ Op. cit. 11:5.

¹⁸⁹ Op. cit. 11:6, 12.

¹⁹⁰ Op. cit. 11:9, 12.

se halla en las instrucciones del apóstol Pablo a los corintios: “Porque podéis profetizar todos uno por uno, para que todos aprendan, y todos sean exhortados.” (1ª Corintios 14:31).

Sin embargo, no todos estamos llamados a ser profetas. Del mismo modo, el apóstol Pablo señaló que todos pueden hablar en lenguas: “Así que, quisiera que todos vosotros hablaseis en lenguas.” (1ª Corintios 14:5). Pero, sin embargo, eso no significa que todos puedan ejercer ese ministerio en la iglesia. Y aunque en el versículo 23 Pablo dice que si todos hablan en lenguas al mismo tiempo en la asamblea cristiana, y un indocto o incrédulo que entre pensará que estamos todos locos, no insinúa el apóstol en absoluto que el hablar en lenguas sea un don falso.

Evidentemente, el equilibrio entre el ejercicio de los dones del Espíritu Santo y la labor supervisora de los pastores u obispos y diáconos siempre ha sido y será una cuestión delicada, para alcanzar el cual se requerirá siempre una imprescindible unción del Espíritu Santo para la sujeción de los unos a otros en el temor de Dios, en una atmósfera de amor, que es el camino más excelente.

Otra frecuente objeción a la vigencia de los dones del Espíritu Santo relacionados en el capítulo 12 de la Primera Carta a los Corintios, suele centrarse en la interpretación de que dichos carismas fueron dados temporalmente, en función de la vida de los Doce, mientras que los oficios de apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros suelen aceptarse para el día de hoy, con la salvedad de que la mayoría de las iglesias históricas y conservadoras generalmente entienden el ministerio de los apóstoles restringido a los Doce, y por lo tanto no vigente para hoy -ya que ignoran que el Nuevo Testamento llama “apóstoles” (“enviados”) a otros hermanos y hermanas, aparte del ministerio irrepetible de los Doce, cuyo sentido fue eminentemente fundacional y escatológico- y asimilan el oficio de profeta a la labor actual de los predicadores en general, y de los pastores en particular. Quienes sostienen esta interpretación, señalan que cuando se habla de los dones sobrenaturales acompañados de señales en momentos de derramamiento del Espíritu Santo, suele tratarse de un don temporal que señala, particularmente tratándose de las lenguas, la aceptación del Señor de un grupo específico de personas dentro del cuerpo de Cristo, que es su Iglesia.

Así se explica lo acontecido en aquel Día de Pentecostés de los Hechos de los Apóstoles, como signo transicional entre la antigua dispensación, principalmente limitada a Israel, y la nueva dispensación de la gracia de Dios para todas las naciones, simbólicamente representadas por las gentes de las nacionalidades mencionadas en el relato del capítulo segundo de Hechos, si bien lo cierto es que las gentes presentes en aquel Pentecostés eran todos ellos judíos o prosélitos. Sin embargo, y aunque esta interpretación no es errónea, creemos que sólo es parcial, ya que el texto bíblico destaca claramente que el principal propósito del fenómeno acaecido en aquel Pentecostés fue el bautismo o llenura con el Espíritu Santo de aquel grupo de discípulos congregados a la espera del cumplimiento de la promesa del Padre, según nuestro Señor Jesucristo les ordenó que hicieran. Las lenguas no les fueron dadas para proclamar el mensaje del Evangelio, pues todos hablando al mismo tiempo y cada uno en un idioma distinto, no hubieran cumplido el propósito de predicar un mensaje claro a la multitud, sino que las lenguas fueron la evidencia inmediata de que, efectivamente, la promesa había sido cumplida por el Bendito. De ahí que cuando cesó la exultación de las maravillas de Dios, Pedro tomó la palabra

y se dirigió a la concurrencia en un solo idioma para presentar el mensaje del Evangelio de Jesucristo y de la Resurrección, y para hacerles el llamamiento al arrepentimiento y a la fe.

Así, pues, se entiende que el derramamiento del Espíritu Santo con el signo de las lenguas en aquel Pentecostés, no fue principalmente la señal de la aceptación de los judíos dentro del cuerpo de Jesucristo. Las lenguas, pues, no fueron sólo la evidencia audible de que el Evangelio no era exclusivamente para los hebreos, sino para todos los hombres en toda la redondez de la tierra. Los judíos congregados aquel día en Jerusalem, procedentes de tantas naciones bajo el cielo, efectivamente recibieron una señal innegable e inequívoca del alcance universal del Evangelio de Jesucristo. La señal fue la evidencia del cumplimiento de la promesa del Padre, es decir, del bautismo con el Espíritu Santo, como Jesús había anunciado. Conviene aquí tener presente que los discípulos no empezaron a hablar en lenguas cuando se congregó la multitud, sino que comenzaron a alabar a Dios en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen, mientras todavía estaban reunidos en el aposento alto, antes de que se juntase la multitud ante el estruendo producido por el viento recio y la exultación de los discípulos.

El relato de los Hechos de los Apóstoles presenta una notable distinción entre las dos primeras señales milagrosas ocurridas aquel día, y la tercera de ellas. Las dos primeras -el viento recio que llenó toda la casa donde estaban, y las lenguas repartidas, como de fuego, que se asentaron sobre cada uno de ellos- precedieron a la llenura de los discípulos con el Espíritu Santo, mientras que la tercera de las señales, la proclamación de las maravillas de Dios en otras lenguas, fue la evidencia de que aquellos hombres y mujeres efectivamente habían sido bautizados con el Santo Consolador. Las dos primeras señales fueron la evidencia de que el Espíritu Santo había visitado a los congregados, mientras que la tercera, la alabanza en otras lenguas, era la evidencia física de que habían sido llenos del Espíritu. De ahí que las dos primeras señales no se repitieran, mientras que la tercera volviera a producirse en otras ocasiones, como testimonia el texto de los Hechos.

Lo mismo podemos decir respecto a la experiencia del derramamiento del Espíritu Santo en casa del gentil Cornelio. El énfasis del texto señala claramente hacia el hecho de que hablaron en lenguas como evidencia de que fueron llenos del Espíritu Santo: “Mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso, y los fieles de la circuncisión (judeo-cristianos) que habían venido con Pedro se quedaron atónitos de que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo. Porque los oían que hablaban en lenguas, y que magnificaban a Dios.” (Hechos 10:44-46). Como consecuencia se desprendía que el Señor también aceptaba a los gentiles dentro del cuerpo de Cristo: “Entonces respondió Pedro: ¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros? Y mandó bautizarles en el nombre del Señor Jesús.” (Hechos 10:47-48).

En la tercera de las ocasiones en que hallamos el testimonio de la evidencia de las lenguas como señal de haber sido bautizados o llenos del Espíritu Santo, entre aquellos seguidores de Juan del Bautista que el apóstol Pablo encontró en su visita a Éfeso, creemos que la interpretación de que dicha evidencia ha de entenderse primordialmente como que el Señor aceptaba a aquellos discípulos dentro de su cuerpo, es errónea, y ello se desprende, primeramente del hecho de que

Juan el Bautista no se había predicado a sí mismo, sino a Cristo Jesús, y en segundo lugar de la pregunta que el apóstol les hizo respecto a la bendita Persona del Consolador: “¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?” (Hechos 19:2). Es evidente que Pablo daba por hecho que todo aquel que cree en Jesucristo ha de tener una experiencia personal con el Santo Espíritu de Dios. Es obvio igualmente que Pablo asumía que eran ya cristianos. La prueba la tenemos en que ellos aceptaron dócilmente la enseñanza del apóstol y fueron bautizados en las aguas en el nombre de Jesucristo: “Dijo Pablo: Juan bautizó con bautismo de arrepentimiento, diciendo al pueblo que creyesen en aquel que vendría después de él, esto es, en Jesús el Cristo. Cuando oyeron esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús. Y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en lenguas, y profetizaban.” (Hechos 19:4-6). No puede quedarnos duda de que el hablar en lenguas y profetizar fue el resultado de haber sido llenos del Santo Consolador, y no la mera prueba o confirmación de que el Señor les aceptaba.

Otra evidencia de la vigencia de las lenguas para todo el período de la Iglesia se desprende del texto de Efesios donde el griego original emplea un imperativo pasivo, conocido técnicamente como “aoristo ingresivo”, de sumo interés para nuestra comprensión: “No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabanza al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.” (Efesios 5:18-20). La traducción literal del griego sería “plerousthe”, es decir, “sed llenos continuamente.”

VIII - La doctrina de bautismos.

“Por tanto, dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección; no echando otra vez el fundamento del arrepentimiento de obras muertas, de la fe en Dios, de la doctrina de bautismos, de la imposición de manos, de la resurrección de los muertos y del juicio eterno. Y esto haremos, si Dios en verdad lo permite.” (Hebreos 6:1-3).

Este es un texto que suele pasar inadvertido a muchos creyentes. En él se nos presenta la “doctrina de bautismos” en un claro plural. Naturalmente, este número nos parece en principio entrar en conflicto con la afirmación paulina de “un Señor, una fe, un bautismo.” (Efesios 4:5). Sin embargo, nada más alejado de la realidad. Recordemos las palabras de Juan el Bautista: “Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego.” (Mateo 3:11).

Jesús también se expresa en esos mismos términos justamente antes de su ascensión: “Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días.” (Hechos 1:5). No puede ser más obvio que tanto Juan el Bautista como Jesús de Nazaret hablan de dos experiencias bautismales completamente distintas.

¿Cómo podemos resolver esta aparente contradicción entre estos textos? Debemos comenzar por considerar el hecho de que las voces “bautismo” y “bautizar” son términos que en las Sagradas Escrituras se emplean tanto en sentido literal como figurado. El vocablo griego original “bapto” es una forma verbal intensiva cuyo significado literal es “sumergir”. En el campo secular era una voz perteneciente a la jerga del gremio de los tintoreros, y se empleaba para describir el hecho de introducir el paño en una tina con tintura. “Baptizo” significa la “inmersión” y la “emergencia” de un líquido. Ese es el sentido literal que Pablo da al sustantivo “bautismo” en el texto de Efesios 4:5. Ahora bien, ¿de qué le sirve a una persona ser bautizada en las aguas si no ha sido bautizada anteriormente por el Espíritu Santo dentro del cuerpo de Cristo, que es su Iglesia, mediante el arrepentimiento de las obras muertas y la fe en Jesucristo como Señor y Salvador personal?

Muchos creen erróneamente que pasamos a ser miembros de la Iglesia por medio del bautismo en las aguas. Esto ha dado lugar a que muchos le den un sentido regenerador al rito bautismal. Probablemente, se deba a la transformación de las experiencias con el Espíritu Santo en ritos sacramentales, en la misma medida en que la Iglesia se institucionalizaba y el episcopado degeneraba en mera estructura jerárquica. Sin embargo, la única manera en que podemos entrar a formar parte de la Iglesia del Resucitado es mediante la incorporación que sólo el Espíritu Santo puede hacer: “Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo.” (1ª Corintios 12:13). Y ese “cuerpo” es el de Jesucristo resucitado. El Espíritu Santo es el bautizador, el creyente es el bautizado, y los elementos que el Espíritu Santo emplea son la convicción de pecado, el arrepentimiento y la fe personal en Jesús de Nazaret. Este bautismo no tiene nada que ver con el bautismo en las aguas, que es un rito, ordenado por el Señor, pero un rito al fin y al cabo. De ahí que los hombres podamos bautizar en las aguas a quien lo pide. El

bautizador en ese caso es un ministro ordenado por una iglesia, el bautizado es un pecador arrepentido que manifiesta su deseo de ser discípulo de Jesucristo, y el elemento en el que se realiza el bautismo es el agua. Pero ningún hombre puede bautizar espiritualmente dentro del cuerpo de Cristo, por cuanto nadie puede convencer de pecado, justicia y juicio, sino el Santo Espíritu de Dios. Sin ese bautismo de arrepentimiento y fe nadie puede ser salvo.

Ahora bien, la voz “bautismo” también se emplea en las Escrituras en sentido figurado. Nuestro Salvador, bastante tiempo después de haber sido bautizado literalmente en las aguas por Juan el Bautista, nos dice: “De un bautismo tengo que ser bautizado; y ¡cómo me angustio hasta que se cumpla!” (Lucas 12:50). Muy poco antes de que se cumpliera ese bautismo figurado al que se refería Jesús, es decir, su pasión en la Cruz, el Maestro les dirige una pregunta a dos de sus discípulos más íntimos, en la cual incluye dos palabras figurativas: “bautismo” y “vaso”:

“Entonces se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, postrándose ante él y pidiéndole algo. Él le dijo: ¿Qué quieres? Ella le dijo: Ordena que en tu reino se sienten estos dos hijos míos, el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda. Entonces Jesús respondiendo, dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que yo he de beber, y ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? Y ellos le dijeron: Podemos. Él les dijo: A la verdad, de mi vaso beberéis, y con el bautismo con que yo soy bautizado, seréis bautizados; pero el sentaros a mi derecha y a mi izquierda, no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado por mi Padre.” (Mateo 20:20-23).

La regeneración, la justificación, la reconciliación, el perdón de los pecados y el don de la vida eterna no son resultado del bautismo en las aguas, sino obra de la bendita Persona del Espíritu Santo. Ningún rito humano puede producir el nuevo nacimiento. Sólo el Santo Consolador puede realizarlo. De ahí que el bautismo en las aguas carezca de valor para quien no haya sido previamente bautizado por el Espíritu Santo dentro del cuerpo de Cristo. Esto, sin embargo, no resta importancia al bautismo en las aguas, que la Iglesia realiza comisionada por Jesús, por delegación del Maestro, quien nos ha ordenado bautizar en su nombre: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.” (Mateo 28:19-20).

Todo aquel discípulo del Mesías que ha sido bautizado por el Santo Espíritu dentro del cuerpo del Señor, debe bautizarse en las aguas en la primera oportunidad posible. Los aproximadamente tres mil convertidos a Cristo en el día de Pentecostés de los Hechos de los Apóstoles, es decir, bautizados por el Espíritu Santo mediante el arrepentimiento de sus pecados y la fe en Jesucristo, fueron bautizados en las aguas aquel mismo día: “Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas.” (Hechos 2:41).

El bautismo en las aguas es un sepelio figurado, en el que los catecúmenos representamos haber muerto al pecado, por lo que somos “sepultados juntamente con él (Cristo) para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él (Cristo) en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección.” (Romanos 6:4-5). La

emergencia del agua representa dramáticamente la resurrección a novedad de vida, en la que Jesucristo es dueño y Señor. Naturalmente, todo este simbolismo se pierde cuando el bautismo en las aguas no se realiza por inmersión, que es la manera en que fue administrado durante el período del Nuevo Testamento y los primeros siglos de la Iglesia, de lo cual dan testimonio las Escrituras en sus relatos y en su léxico, los primeros escritos cristianos y los bautisterios conservados o hallados por la arqueología.

Muchos hemos sido bautizados por el Espíritu Santo en el cuerpo de Jesucristo, que es su Iglesia, al recibir al Señor como nuestro Salvador personal, y después hemos sido bautizados en las aguas por un ministro de una iglesia local, independientemente de la fórmula seguida. Pero hay otro bautismo que puede acontecer antes de ser bautizados en las aguas, o después de ello, pero nunca antes de haber sido bautizados por el Espíritu Santo dentro del cuerpo de Cristo. Se trata de un bautismo para quienes previamente hemos sido limpiados por la sangre del Señor. Es el bautismo al que se refería Juan al decir: “Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego.” (Mateo 3:11). Es el bautismo en que se cumplen las palabras de nuestro bendito Salvador, y la profecía de Pedro en aquel Pentecostés: “Porque Juan ciertamente bautizó con agua, más vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días.” (Hechos 1:5). “Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare.” (Hechos 2:39).

En este bautismo, el bautizador es nuestro Señor Jesucristo, resucitado y glorificado; el catecúmeno es el creyente nacido de nuevo, es decir, bautizado por el Espíritu Santo dentro del cuerpo de Cristo, y el elemento empleado por el Señor es el propio Espíritu Santo. Ese fue el bautismo experimentado en aquel Pentecostés de los Hechos, cuando “fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen.” (Hechos 2:4). Nuestro Maestro se refirió a esta experiencia como “la promesa del Padre”; no una promesa entre muchas otras, sino la promesa por excelencia: “He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalem, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto.” (Lucas 24:49). Nuestro Señor Jesucristo, resucitado y glorificado, recibió del Padre la promesa. Esa recepción formó parte de la glorificación del Señor, al recibir la gloria que tuvo con el Padre antes de la encarnación, y Él derramó esa bendita promesa sobre aquellos apóstoles y discípulos en Jerusalem en aquella magna ocasión, y sigue haciéndolo hasta el día de hoy sobre cuantos lo creen y lo esperan: “Así que, exaltado (Jesús) por la diestra de Dios, y habiendo recibido (Jesús) del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado (Jesús) esto que vosotros veis y oís... Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo (Mesías)”. (Hechos 2:33, 36).

Es triste que muchos cristianos ignoren la importancia de la doctrina de los bautismos, y en particular lo que se refiere al bautismo o llenura del Espíritu Santo. Es triste que muchos, como fue mi caso, hayan sido instruidos en la idea de que esta experiencia gloriosa tuvo vigencia en los días de la Iglesia naciente, pero haya dejado de ser para hoy. Eso explica por qué muchos discípulos de Jesús no buscan ni piden esta unción prometida por el Señor. ¿Cómo buscar aquello que quienes respetamos nos aseguran no es para hoy? Sin embargo, cuando vamos a las

Sagradas Escrituras hallamos el testimonio de la importancia que este bautismo representaba para la Iglesia del Nuevo Testamento. Cuando la iglesia en Jerusalem supo que los convertidos en Samaria, evangelizados por Felipe, no habían recibido la promesa del Padre, enviaron a los apóstoles Pedro y Juan para que les ministraran en aquella carencia: “Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalem oyeron que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron allá a Pedro y a Juan; los cuales, habiendo venido, oraron por ellos para que recibiesen el Espíritu Santo; porque aún no había descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente habían sido bautizados en el nombre de Jesús. Entonces les imponían las manos, y recibían el Espíritu Santo.” (Hechos 8:14-17).

IX - Conclusión:

La ignorancia o el desprecio del don de los diversos géneros de lenguas, tanto devocionales como proféticas, conduce al malentendido de un importante factor en la historia de la Iglesia del Nuevo Pacto. La verdadera glosolalia es obra del Espíritu Santo de Dios a través de un ser humano redimido por la sangre de Jesucristo y bautizado con el Espíritu Santo. La plena comprensión de este don resulta tan imposible para nosotros como pretender el entendimiento absoluto de la redención, de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo de entre los muertos, del amor de Dios y de la gracia soberana del Altísimo.

Esta manera de hablar a Dios -“porque el que habla en lenguas no habla a los hombres, sino a Dios; pues nadie le entiende, aunque por el Espíritu habla misterios” (1ª Corintios 14:2); y del hablar de Dios a los hombres, cuando va acompañado del don de interpretación de lenguas -“por lo cual, el que habla en lengua extraña, pida en oración poder interpretarla” (1ª Corintios 14:13), es parte integrante de la gloriosa herencia del Señor para su Iglesia. Renunciar a dicho legado, sea por ignorancia o rechazo, sólo puede producir empobrecimiento espiritual.

Es ciertísimo que los fieles de Corinto tenían numerosos defectos, y precisaban aprender mucho acerca de este don, al igual que de todos los otros carismas del Espíritu, especialmente respecto a su significado y regulación frente al alboroto y el desorden. Y no sólo respecto a los dones del Santo Consolador, sino igualmente en lo referente al sentido y práctica de la acción de gracias con el pan y el fruto de la vid. Sin embargo, a pesar de todos sus fallos, el apóstol reguló la celebración de la Cena del Señor, y del mismo modo reguló la práctica de las lenguas. Creemos que ninguna de las dos instrucciones del Señor por medio de su siervo Pablo han sido revocadas para el tiempo de la gracia, hasta la Segunda Venida de nuestro Señor y Salvador Jesucristo:

“Así que, hermanos, procurad profetizar, y no impidáis el hablar lenguas; pero hágase todo decentemente y con orden.” (1ª Corintios 14:39-40).

“Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga. De manera que cualquiera que comiere este pan o bebiere esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor... Así que, hermanos míos, cuando os reunís a comer, esperaos unos a otros.” (1ª Corintios 11:26-27, 33).

¿Cómo podemos afirmar que las instrucciones reguladoras respecto al memorial del pan y del vino tienen vigencia hoy, y no lo referente al uso de las lenguas acompañadas de interpretación?

Los carismas del Santo Espíritu de Dios, comprendido el don de diversos géneros de lenguas, no deben causar división en la Iglesia del Señor. Si acontece tal desgracia, nunca será atribuible al Bendito, sino a nuestra falta de amor y de sabiduría. No olvidemos que todos los carismas son regalos de pura gracia, ministerios o servicios del Siervo por excelencia, que es nuestro Señor Jesucristo, a su amada Iglesia, activados por el poder del Santo Consolador. De manera que, aunque son manifestaciones de la gracia divina, y por consiguiente, inmensamente variados, y jamás basados en nuestro merecimiento, llevan todos ellos en sí la marca inequívoca de la unidad

divina. Todos ellos contribuyen a la unidad de los fieles, a la edificación de la Iglesia y a su desarrollo. De ahí se desprende la necesidad de ser bautizados con o en el Espíritu Santo. De lo contrario, ¿cómo vivir una vida en estrecha comunión con el Señor?

La Iglesia comienza en aquel Pentecostés de los Hechos de los Apóstoles. Es el derramamiento del Espíritu Santo lo que marca dicho acontecimiento. Jesucristo glorificado es quien derrama la unción del Paráclito para que su Iglesia pueda realizar los propósitos para los cuales ha sido instituida. Si aquella experiencia hubiera sido única, singular y definitiva, y Pentecostés hubiera acontecido una vez y para siempre, el apóstol Pedro no hubiera dicho palabras que claramente manifiestan que la apropiación del Santo Consolador con poder es asequible a todo discípulo de Jesucristo hasta el día de la Segunda Venida: “Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare.” (Hechos 2:39). Podemos afirmar, pues, que la Biblia enseña que la unción personal con el Espíritu Santo es para todo el período de la historia de la Iglesia. Y las pruebas son que ese tiempo no ha concluido todavía, que el Espíritu Santo no ha sido quitado de este mundo, que Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos; que el Señor sigue teniendo pueblo, y por consiguiente continúa llamando a los hombres y mujeres en todo el mundo al arrepentimiento y a la fe en Jesucristo; que no podemos cantar consecuentemente que “todas las promesas del Señor Jesús son apoyo poderoso de mi fe”¹⁹¹, y al mismo tiempo creer que el Señor nos dio a la bendita Persona del Paráclito para que obrara de una determinada manera durante unos pocos años, y después pasar a la sombra en su actuar, al remedo de los ritos sacramentalistas que pretenden controlarle bajo diversos sistemas litúrgicos, y la triste ignorancia por parte de la mayoría de los cristianos nominales.

¿Cómo podemos creer que el bautismo en las aguas de la “era apostólica” es para hoy, y el bautismo con o en el Espíritu Santo y fuego se circunscribe a una época ya pasada? No es casual que el temor a las señales del Santo Espíritu de Dios se den principalmente en los sectores de la Iglesia de Jesucristo más impregnados de filosofía griega. Moisés, con sus hermanos Aarón y Miriam, realizaron señales bajo el poder soberano del Espíritu de Dios. Aquellos signos fueron para faraón. Fueron sus credenciales divinas ante el poder secular. Sus milagros y señales ante el pueblo hebreo fueron las evidencias de que Dios les había levantado como siervos ungidos. La fe bíblica degenera necesariamente en mera filosofía si extraemos de ella todo lo sobrenatural y fenomenológico. Sin mística el Evangelio sólo es recuerdo del pasado, ética neoplatónica y humanismo occidental. Nos quedamos sin Biblia si extraemos de ella todos los pasajes que hacen referencia a señales y prodigios. Escuchemos el argumento de nuestro Señor Jesucristo al respecto de lo que venimos afirmando:

“Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras.” (Juan 14:11).

“Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán

¹⁹¹ Himnario de las Iglesias Evangélicas de España, Junta Bautista de Publicaciones, Barcelona, 1967, Himno núm. 121.

nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán.” (Marcos 16:17-18).

“Testificando Dios juntamente con ellos, con señales y prodigios y diversos milagros y repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad.” (Hebreos 2:4).

A la objeción de los hermanos que nos aseguran que estas señales no son necesarias para hoy, sólo podemos decir que en sentido simbólico sigue habiendo “faraones”, “egipcios”, “magos”, “agoreros”, “paganos” e “incrédulos”, del mismo modo que, tristemente, hay entre el pueblo de Dios hermanos carnales, amigos de la crítica y la maledicencia, dedicados a obstaculizar, dividir y zancadillar la obra de Dios con sus contradicciones, murmuraciones, pleitos, iras y contiendas.

¿No necesitamos “credenciales” divinas los siervos de Dios hasta el día de hoy? En mi cartera llevo tres o cuatro documentos de identificación ministerial, pero ninguno de ellos tiene poder para mostrar la presencia del Santo Consolador en mi vida. ¿Es que no hay enfermos entre nosotros que necesitan sanidad divina? ¿Nos atreveremos a decirle al Señor que podemos prescindir de Él en lo que se refiere a algunos de sus dones, ministerios y operaciones? ¿No es paradójico que para cumplir los requisitos precisos para servir a las mesas de las viudas de la iglesia de Jerusalem en el primer siglo, fuese necesario ser “de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría,¹⁹² y en nuestros días para encomendar al pastado o a una misión evangelizadora baste la decisión de un comité denominacional y un diploma más o menos acreditado? La condición del “buen testimonio” es fácil de comprobar, pero ¿cómo podían saber los hermanos de Jerusalem quiénes estaban “llenos del Espíritu Santo”? ¿Y a qué clase de “sabiduría” se referían los apóstoles? ¿A la sabiduría humana o a la divina? ¿Cuánto desconcierto y cuántas luchas brotan en medio del pueblo de Dios en general, y de sus dirigentes en particular, cuando no se busca oír la voz del Espíritu Santo!

El anuncio profético de que Satanás -¡Dios le reprenda!- empleará señales y hará maravillas en los últimos días, antes de la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo, para engañar a los hombres, debería ser suficiente evidencia de que el Eterno empleará sus señales de verdad para dar testimonio al mundo y salvar a los suyos:

“Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el Espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida; inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia.” (2ª Tesalonicenses 2:8-12).

“Después vi otra bestia que subía de la tierra, y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como dragón. Y ejerce toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella,

¹⁹² Hechos de los Apóstoles 6:3.

y hace que la tierra y los moradores de ella adoren a la primera bestia, cuya herida mortal fue sanada. También hace grandes señales, de tal manera que aun hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres. Y engaña a los moradores de la tierra con las señales que se le ha permitido hacer en presencia de la bestia, mandando a los moradores de la tierra que le hagan imagen a la bestia que tiene la herida de espada, y vivió... Y vi salir de la boca del dragón, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta, tres espíritus inmundos a manera de ranas; pues son espíritus de demonios, que hacen señales, y van a los reyes de la tierra en todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso.” (Apocalipsis 13:11-14; 16:13-14).

No hay posibilidad de vida gozosa aparte de la bendita Persona del Espíritu Santo: “No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.” (Efesios 5:18-20).

No es posible el desarrollo del carácter de nuestro Salvador aparte de la bendita Persona del Santo Consolador: “Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley.” (Gálatas 5:22-23).

No hay ninguna otra fuente de poder para entender las Sagradas Escrituras, proclamar el Evangelio de la Gracia y del Reino de Dios, ni para contribuir positivamente al cuerpo de Cristo, que es su Iglesia, aparte del Santo Paráclito: “Entonces (Jesús) les abrió el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras; y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de (entre) los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el, arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalem. Y vosotros sois testigos de estas cosas. He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalem, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto.” (Lucas 24:45-49).

No busquemos celo misionero, ni confirmación espiritual de nuestra labor evangelizadora, ni prosperidad global aparte de la bendita Persona del Consolador:

“Y el Señor Jesús, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios. Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían. Amén.” (Marcos 16:19-20).

Nada diferente del testimonio del Antiguo Testamento, por cuanto el Señor es el mismo para todos los tiempos: “Él salva y libra, y hace señales y maravillas en el cielo y en la tierra; él ha librado a Daniel del poder de los leones. Y este Daniel prosperó durante el reinado de Darío y durante el reinado de Ciro el persa.” (Daniel 6:27-28).

“Y hacía Dios milagros extraordinarios por mano de Pablo, de tal manera que aun se llevaban a los enfermos los paños o delantales de su cuerpo, y las enfermedades se iban de ellos, y los espíritus malos salían.” (Hechos 19:11-12).

No busquemos fuente alguna de renovación espiritual fuera de la gloriosa Persona del Espíritu de nuestro Dios:

“Los muchachos se fatigan y se cansan, los jóvenes flaquean y caen; pero los que esperan al Señor tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán.” (Isaías 40:31).

“Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día.” (2ª Corintios 4:16).

“Y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.” (Efesios 4:23-24).

“Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna.” (Tito 3:4-7).

Todas las bendiciones de Dios para nuestras vidas dependerán siempre de nuestra identificación con nuestro Señor Jesucristo en relación íntima con su Santo Espíritu. La psicología moderna sabe muy bien que una parte importantísima de las heridas emocionales en el mundo de hoy se deben, y son consecuencia directa, de arrastrar por mucho tiempo el sentimiento de la culpa, para el cual el hombre no fue diseñado por Dios al principio. De ahí que la obra del Espíritu Santo consista primordialmente en la búsqueda de corazones para convencernos de nuestra separación de Dios, de la redención que Jesucristo ha realizado en nuestro lugar; para otorgarnos las gracias misericordiosas del arrepentimiento de nuestros pecados, del don de la fe, y de la seguridad de la salvación. No hay posibilidad alguna de transformación de nuestras vidas, ni de regeneración como nuevas criaturas para el Reino de Dios, aparte de la bendita Persona del Espíritu Santo:

“¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?” (Romanos 2:4).

“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestra Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios.” (Romanos 5:1-2).

“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, es to es, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó.” (Romanos 8:28-30).

Incluso el anhelo por la Segunda Venida de nuestro bendito Salvador es también por la intervención del Espíritu Santo:

“Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oiga, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente.” (Apocalipsis 22:17).

Ni siquiera la ofrenda, el sacrificio vicario de nuestro Señor Jesucristo en la Cruz del Calvario, estuvo exento de la participación del Paráclito:

“Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?” (Hebreos 9:13-14).

Asegurémonos de que ni el humanismo romántico, centrado en el hombre mismo, y alimentado por el pensamiento positivo sentimentalista y egocéntrico, ni el narcisismo de la supremacía de la estética sobre la ética, interfieran en la obra del Santo Espíritu, quien nos conduce siempre al altar de Dios, dándonos profunda convicción de pecado y de perdón, pues sólo allí fluye la gracia que trae salvación y vida eterna.

El Dios que creó al hombre -varón y mujer- y le otorgó el don de la facultad del habla, y la capacidad para mantener comunión con Él, nunca ha renunciado a hablar como Él quiere, tanto al hombre, como con el hombre y por medio de él a sus hermanos. Es por eso que “el Dios que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas.” (Hechos 17:24-25). Antes bien, el Señor ha escogido hacer su habitación en el cuerpo de sus siervos y siervas, redimidos por la sangre de su Hijo Jesucristo, sellados con el Espíritu Santo como propiedad adquirida al precio de la sangre redentora del Mesías, bautizados en el cuerpo del Señor mediante el arrepentimiento del pecado y el don de la fe, y llamados a beber del Santo Consolador hasta rebosar: “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?” (1ª Corintios 3:16).

Aquí la idea de nuestro cuerpo está íntimamente ligada a la del templo. Dios nos ve como santuarios en los que Él quiere morar en toda plenitud corporal por el Espíritu Santo. Del mismo modo, todos los fieles de todos los tiempos somos contemplados por el Señor de la misma manera: Un cuerpo y muchos miembros. Toda la variedad de miembros es absolutamente necesaria para la constitución del cuerpo. Muchas partes, muchos órganos, pero todos unidos entre sí en una sola realidad orgánica.

“¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?... El que se une al Señor, un espíritu es con él... ¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?” (1ª Corintios 6:15, 17, 19).

“Así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros.” (Romanos 12:5).

“Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular.” (1ª Corintios

12:27).

“Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu.” (Efesios 2:19-22).

Llama poderosamente la atención la apelación que Pablo nos hace respecto a la unidad del cuerpo: “Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo.” (1ª Corintios 12:12). “Porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos.” (Efesios 5:30).

Nosotros podríamos pensar que Pablo, al hablar de la diversidad de los miembros y la unidad del cuerpo, dijera: “así también la Iglesia”. Aplicando la lógica del texto, esa sería la conclusión natural del argumento paulino. Sin embargo, el apóstol concluye diciendo: “así también Cristo”. ¿Por qué? Porque la identificación del Señor con su Iglesia va más allá de todo lo imaginable: “Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella.” (Efesios 5:25). “Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular.” (1ª Corintios 12:27).

La unidad de la Iglesia es el propósito con que el Espíritu Santo hace toda su obra. Ese es el elemento primordial y fundamental de todo el quehacer del Consolador en la repartición de dones, ministerios y operaciones. Por eso se nos dice en 1ª Corintios 12:13 que “por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo.” Es el Espíritu Santo quien nos bautiza en el cuerpo de Jesucristo, que es su Iglesia, dándonos convicción de pecado, arrepentimiento y fe en el Resucitado. Somos regenerados por el Espíritu Santo. Y ese bautismo es el que da sentido al bautismo en las aguas, el cual es de carácter eminentemente testimonial. No somos bautizados en el cuerpo de Cristo por el bautismo en las aguas, sino por el bautismo del Espíritu Santo, por el que somos incorporados al cuerpo de Jesucristo. Por eso anhelamos dar testimonio bajando a las aguas del bautismo.

Tan pronto somos bautizados por el Espíritu Santo en el cuerpo de Cristo, se nos da a beber del Santo Consolador para que rebosemos. Ese es el bautismo con o en el Espíritu Santo: “Y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu.” (1ª Corintios 12:13). El verbo griego original que hallamos en este texto es “epotísdemen”, “dar a beber”, es decir, “se nos dio un Espíritu a beber”. La construcción de este versículo 13 muestra claramente que se trata de dos experiencias distintas: Un bautismo en o con el Espíritu Santo, después de haber sido bautizados por el Espíritu dentro del cuerpo de Jesucristo, que es su Iglesia amada.

El Espíritu Santo es Dios habitando en templos de barro. Él viene a morar en nosotros con un propósito: Quiere conducirnos y guiar nuestras vidas. Cuando nuestra mente y nuestras oraciones están controladas por el Consolador, podemos estar seguros de estar caminando en el Espíritu. Sólo en ese andar puede cambiar nuestro temperamento. Sólo en ese caminar pueden ser transformadas nuestras actitudes, disposición, y voluntad. Siempre tendremos tentaciones, pero no nos deslizaremos ni caeremos en ellas si caminamos en el Espíritu.

Muchos cristianos se esfuerzan por dominar sus pasiones, mientras rechazan los dones del Espíritu Santo, o bien los usan carnalmente. En medio de esa paradoja, se vuelven amargos, porque fracasan continuamente. Son los que no pueden reprimir su lengua, causan divisiones y contagian sus propias heridas a otros. Entre los corintios parece que abundaban estos creyentes, a pesar de que el Señor había bendecido aquella iglesia con muchos dones. El apóstol Pablo, no obstante, les llama “hermanos”, pero les confronta con la realidad de su vida, dominada en muchos casos por los dictados de su vieja naturaleza carnal: “De manera que yo, hermanos, no pude hablarlos como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo.” (1ª Corintios 3:1).

Si andamos en el Espíritu, no obedeceremos a la llamada de la carne, de nuestra vieja naturaleza adámica. Caminando en el Espíritu, nuestra alabanza y adoración al Señor fluirán de manera natural; nuestra vida estará caracterizada por el gozo y el contentamiento, y el amor brotará espontáneamente.

La lucha interior es a veces muy intensa. La victoria de Cristo Jesús está a nuestra disposición. Él no nos abandonará en medio del conflicto. Pero si obedecemos dócilmente a nuestro Señor, en sumisión al impulso del Espíritu Santo, podemos estar seguros de que bajo la unción del Consolador seremos más que vencedores. Someternos y responder fielmente al Espíritu de nuestro Señor significa toda la diferencia que media entre la derrota y la victoria, entre caminar en la carne y andar en el Espíritu.

Creemos que es urgente volver a la vivencia de la unión dinámica del Espíritu Santo y la Palabra de Dios en nuestras vidas y en nuestras asambleas cristianas. Algunos han dado tanto énfasis a la Palabra de Dios escrita, que han caído en una especie de “bibliolatría”, por haberla separado de la obra del Paráclito. Esto ha producido y produce un triste ensordecimiento para el Espíritu. Al igual que el rabinismo hebreo, muchos “escribas” cristianos han caído en la trampa de dejarse absorber por las pequeñeces de las Escrituras, las discusiones por los “puntos y las comas”, los “mosquitos” intrascendentes, mientras se cuelan enormes y retorcidos “camellos”. Así es como fácilmente nos volvemos sistemáticos en la teología, pero sintéticos en el Espíritu. El siguiente paso suele ser la substitución de la Palabra de Dios por nuestra “sacrosanta” tradición denominacionalista., la cual puede llegar a erigirse como barrera infranqueable entre nosotros y nuestros hermanos de otras tradiciones cristianas, creando ese amargo aislacionismo sectario que a veces se respira en determinados círculos, por no permitir la libre circulación del viento del Espíritu.

Recordemos que tanto en la “Creación” como en la “Recreación”, la Palabra de Dios y el Santo Espíritu fueron, son y serán los agentes divinos inseparables.

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas. Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz.” (Génesis 1:1-3).

“También dio Juan testimonio, diciendo: Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre él (Jesús, el Verbo, que es Dios, encarnado). Y yo no le conocía; pero el que

envió a bautizar con agua, aquél me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo. Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios.” (Juan 1:32-34).

El Espíritu y la Palabra continuarán siendo los canales de la Gracia Divina hasta el día glorioso de la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo. La Iglesia naciente tenía una visión muy clara de la interrelación del Espíritu Santo y la Palabra de Dios. De ahí la insistencia de Pablo al explicar que su predicación y su enseñanza no dependían de la sabiduría humana, ni de la excelencia de sus palabras o argumentos, sino del poder de Dios.¹⁹³ En Romanos, Pablo da testimonio preciso de esta interrelación:

“Porque no osaría hablar sino de lo que Cristo ha hecho por medio de mí para la obediencia de los gentiles, con la palabra y con las obras, con potencia de señales y prodigios, en el poder del Espíritu de Dios; de manera que desde Jerusalem, y por los alrededores hasta Ilírico, todo lo he llenado del evangelio de Cristo.” (Romanos 15:18-19).

Es más, esta interrelación del Espíritu y la Palabra de Dios forma parte del misterio de la Unidad del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo:

Primeramente, el Consolador es quien escudriña todas las cosas profundas de Dios. Las da a conocer por medio de la Palabra escrita: “Entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo.” (2ª Pedro 1:20-21).

La Palabra Viva, el Verbo de Dios encarnado en Jesucristo, es quien envía el Espíritu del Padre: “Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí. Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio.” (Juan 15:26-27).

En sentido inverso, la Palabra de Dios escrita, las Sagradas Escrituras, revelan la naturaleza del Espíritu Santo. Pero, sin la iluminación del Paráclito, la comprensión humana de las Escrituras sería totalmente imposible: “Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido.” (1ª Corintios 2:12).

El Espíritu Santo es quien hace posible la encarnación de la Palabra de Dios: “Respondiendo el ángel, le dijo (a María de Nazaret): El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá será llamado Hijo de Dios.” (Lucas 1:35).

La Palabra de Dios viva, Cristo Jesús, el Verbo de Dios encarnado, muerto, resucitado y glorificado, es quien hace posible el derramamiento del Espíritu Santo: “A este Jesús resucitó

¹⁹³ 1ª Corintios 2:1-5.

Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís.” (Hechos 2:32-33).

¿Qué te impide pedir la promesa del Padre, amado lector? Cuando nuestro Señor Jesucristo nos dice que nuestro “Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan” (Lucas 11:13), nos está dando la prueba de la bondad, generosidad, benevolencia e imparcialidad de nuestro bendito Padre celestial. El Señor puede dar el Espíritu Santo a quienes se lo pidan. Por consiguiente, el mayor impedimento es nuestra falta de deseo. No tenemos porque no pedimos, nos asegura Santiago 4:2. El digno de recibir no es tanto quien merece, sino quien pide. Si nuestro fundamento son los supuestos méritos, estaremos muy lejos del Señor, por cuanto todo sistema meritorio radica en la apariencia y el orgullo, y “Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes.” (Santiago 4:6).

La promesa está vinculada más bien al hecho de pedir, por cuanto quien pide está reconociendo que no tiene, que necesita, y que no merece. Por eso nos dice la Escritura: “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.” (Hebreos 4:16). No debemos pedir con congoja, ni con aflicción, sino con fruto de labios: “Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él (Jesucristo), sacrificio (ofrenda) de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre.” (Hebreos 13:15). Debemos pedir con insistencia y con la actitud que Jesús nos enseña: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.” (Mateo 7:7-8). Consideremos aquí la escala progresiva que nos enseña nuestro bendito Maestro: Si pedir no da resultado, busquemos; si nos cansamos e incluso llegamos a desmayar en la búsqueda, llamemos insistentemente: “Clama a mí, y yo te responderé; y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces.” (Jeremías 33:3).

El bautismo con o en el Espíritu Santo es un don, como la fe y la salvación, y todas las demás gracias de nuestro Dios. Y un don es un regalo, algo que no se adquiere por medio del pago por el trabajo y el esfuerzo, ni se gana como salario o retribución por méritos: “Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.” (Romanos 6:23). Un don tampoco puede imponerse. No podemos obligar a nadie a recibir un regalo. No es cuestión de frases hechas, ni de gritos esperpénticos, como tristemente hemos visto a algunos inducir a que otros hagan, sino que ésta, como todas las demás promesas de nuestro Señor, se obtiene con obediencia, fe y adoración, buscando ser llenos del Santo Espíritu de Dios hasta rebosar, para vivir en comunión más estrecha, más íntima, con Él. No en vano el Espíritu Santo es don misericordioso y glorioso, enviado de Dios Padre y de nuestro Señor Jesucristo, y ha de ser recibido, acogido por la fe, y por la fe solamente; fe obediente y esperanzada, fe expectante, en la que extendemos gozosos nuestras manos y ensanchamos nuestro corazón para recibir lo prometido por el Señor:

“Aguarda al Señor; esfuérzate, y aliéntese tu corazón; sí, espera al Señor... Gócese y alégrense en ti todos los que te buscan, y digan siempre los que aman tu salvación: El Señor sea enaltecido.” (Salmos 27:14; 40:16).

“Bienaventurado el hombre que me escucha, velando a mis puertas cada día, aguardando a los postes de mis puertas.” (Proverbios 8:34).

¿Cómo recibieron los apóstoles la promesa del Padre? “He aquí yo enviaré la promesa del Padre sobre vosotros... y (ellos) estaban siempre en el templo alabando y bendiciendo a Dios. Amén.” (Lucas 24:49, 53).

Esta fue la preparación para recibir la visitación del Espíritu Santo con la unción de plenitud. La alabanza al Señor está siempre relacionada con el bautismo con el Santo Consolador. No en vano se nos dice en la Escritura que el sacrificio u ofrenda por excelencia en esta dispensación de la Gracia de Dios es la alabanza. Incontables buscadores de la promesa del Padre han dado testimonio a través de los siglos, y hasta el día de hoy, de que en la alabanza al Señor se halla la antesala de su recepción, y que nuestra actitud ha de ser la de “sed por la unción divina.” Es el Espíritu Santo quien motiva al pueblo de Dios a levantar nuestros corazones y nuestras voces en su alabanza: “Pero tú eres santo, tú que habitas entre las alabanzas de Israel.” (Salmo 22:3).

La gloria del Señor consumía las ofrendas sacerdotales en el templo de Jerusalem, y del mismo modo consume hoy los sacrificios de alabanza que los redimidos presentamos al Padre en el nombre de Jesucristo. El Dios que no habita en templos fabricados por las manos de los hombres,¹⁹⁴ ha hecho tabernáculo en las vidas de los redimidos por la sangre de Cristo en la persona del Espíritu Santo, y Él es quien hace que nuestras alabanzas sean aceptas delante del Señor. Y no sólo de nuestra adoración mediante la alabanza, sino de todas nuestras ofrendas. Por eso se nos dice que después de aquel Pentecostés de los Hechos, los que habían creído perseveraban unánimes cada día en el templo, “y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos.” (Hechos 2:46-47). “Y de hacer bien y de la ayuda mutua no os olvidéis; porque de tales sacrificios se agrada Dios.” (Hebreos 13:16). Estos son los sacrificios u ofrendas del Nuevo Testamento: La alabanza a Dios, es decir, el fruto de labios que confiesan el nombre de Cristo Jesús¹⁹⁵; las buenas acciones, es decir, las obras de justicia que el Señor ha puesto delante de nosotros para que caminemos por ellas¹⁹⁶, y la ayuda mutua. Recordemos la enseñanza de Pablo en Gálatas, donde se nos dice: “Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo... porque cada uno llevará su propia carga.” (Gálatas 6:2, 5). La voz “carga” en el primer caso, es decir, la que hemos de ayudar a llevar al hermano, es el griego “barós”, cuyo significado es “carga muy pesada y difícil”, mientras que en el segundo caso, la carga que cada uno hemos de llevar individualmente, sin compartirla con nadie, es el término “fortión”, cuyo significado es el “petate del soldado romano”, con sus pertenencias propias, personales, íntimas e intransferibles.

El apóstol Pedro es quien nos da un claro paralelo entre la proclamación de la gloria del Señor,

¹⁹⁴ Hechos 7:48; 17:24.

¹⁹⁵ Hebreos 13:15.

¹⁹⁶ Efesios 2:8-10; Mateo 5:16.

nuestra conducta digna del llamamiento de que hemos sido objeto por la gracia de Dios, y la ofrenda de sacrificios espirituales: “Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo... Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable... Manteniendo vuestra buena manera de vivir entre los gentiles; para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación, al considerar vuestras buenas obras.” (1ª Pedro 2:5, 9, 12).¹⁹⁷

La actitud más correcta mientras aguardamos la promesa del Padre es la que se desprende de la oración del salmista: “Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo.” (Salmo 42:1-2). La espera en oración y súplica de aquel grupo como de ciento veinte discípulos en el aposento alto es una evidencia irrefutable del anhelo ferviente que ardía en sus corazones por recibir la promesa del Padre.

¿Cómo recibieron los samaritanos la promesa del Padre? “Pero cuando creyeron a Felipe, que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres... (Pedro y Juan) habiendo venido, oraron por ellos para que recibiesen el Espíritu Santo... Entonces les imponían las manos, y recibían el Espíritu Santo.” (Hechos 8:12, 15, 17). El deseo de aquellos discípulos de Jesús por ser llenos del Espíritu de su Señor y Salvador late en las apretadas palabras del texto.

¿Cómo recibió el apóstol Pablo la promesa del Padre? “Fue entonces Ananías y entró en la casa, y poniendo sobre él las manos, dijo: Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo.” (Hechos 9:17). Cuando Jesús salió a su encuentro en el camino de Damasco, revelando su identidad, Pablo había dicho: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?” Y el Bendito le había dicho que se levantara y fuera a la ciudad, donde se le instruiría lo que había de hacer. Y Pablo había obedecido, esperando que el Señor cumpliera su Palabra. Y así fue.¹⁹⁸

¿Cómo recibieron el bautismo con o en el Espíritu Santo los congregados en la casa de Cornelio? “Mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso. Y los fieles de la circuncisión que habían venido con Pedro se quedaron atónitos de que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo. Porque los oían que hablaban en lenguas y que magnificaban a Dios.” (Hechos 10:44-46). El interés por parte de Cornelio y de su familia, comprendidos los sirvientes de su casa, se evidencia en el hecho de que en aquel hogar se encontraba congregado un buen grupo de personas que esperaban, en la presencia de

¹⁹⁷ Selwyn, E.G., “The First Epistle of Peter”, The MacMillan Press Ltd., Londres, 1974, pp. 295-296.

¹⁹⁸ Hechos 9:1-19.

Dios, escuchar todo lo que el Señor le había mandado decir al apóstol Pedro.¹⁹⁹ Entre líneas podemos apreciar la atmósfera de entusiasmo expectante que reinaba entre los reunidos.

¿Cómo vino el Santo Espíritu de Dios sobre los discípulos de Éfeso? “Cuando oyeron esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús. Y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en lenguas, y profetizaban.” (Hechos 19:5-6).

En todos los casos, sin excepción, podemos comprobar el anhelo expectante, la fe y la obediencia de los hermanos. Esos serán siempre los ingredientes que acompañarán a quienes buscan recibir el bautismo con el Espíritu Santo.

Cristo Jesús, habiendo tomado de lo suyo, nos ha dado el Espíritu Santo desde el seno del Padre para que sea posesión nuestra y permanente hasta su Segunda Venida en el gran día de Dios. Por eso Él quiere dar a cada fiel redimido por su sangre un Pentecostés personal. La Palabra de Dios encarnada en Jesucristo es nuestra Pascua, el Espíritu Santo quiere hacer en nosotros un Pentecostés personal, y su recepción y morada en nuestras vidas es una fiesta de Tabernáculos (Cabañas). Del mismo modo que se nos da el perdón de pecados y el don de la vida eterna por la muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo, en el bautismo con el Espíritu Santo se nos da nuestra parte en la vida resucitada del Mesías.

Del mismo modo que el Señor usó a los anabautistas de la Edad Media para redescubrir la importancia de la fe personal y el bautismo de los creyentes, frente al rito de la iglesia romana y sus hijas, administrado con anterioridad a la edad de la razón; a Martín Lutero para redescubrir la verdad eterna de la justificación por la fe, y así la Reforma del siglo XVI pudo levantar el estandarte de “Sola Gracia, Sola Fe y Sola Escritura”; y del mismo modo que siglos después el Señor levantaba a Juan Wesley para redescubrir la necesidad imperiosa de la santificación de los redimidos, frente a la degeneración de la interpretación de la Gracia de Dios como una “gracia barata”, una mera disculpa o coartada para vivir pecaminosamente; así también el Señor ha usado al movimiento pentecostal para el reencuentro con las grandes verdades referentes a la bendita Persona del Espíritu Santo y su Obra. De ahí que la ola del Espíritu se haya extendido hasta alcanzar a cristianos de todas las denominaciones, como prueba evidente de la universalidad del Evangelio de Jesucristo y de su Iglesia, por cuanto el Señor es “el mismo ayer, y hoy, y por los siglos.” (Hebreos 13:8). Así también hoy el Bendito ha levantado y está usando al judaísmo mesiánico para alcanzar a muchos hebreos con las Buenas Noticias del Reino de Dios, revelando en sus corazones la mesianidad de Jesús de Nazaret (Yeshúa ha-Mashíaj).

Otro aspecto maravilloso del derramamiento del Espíritu Santo en medio de muchos cristianos en el giro del siglo XIX, es su coincidencia en el tiempo con el retorno, a finales de su última década, de miles de judíos a la tierra de Israel. Corría el año 1898 cuando Theodore Herzl fundaba el Movimiento Sionista, el cual sería clave primordial en la reconstitución del Estado

¹⁹⁹ Hechos 10.

de Israel aquel 14 de Mayo de 1948. No puede ser casual que la gran menorá²⁰⁰ que hoy se levanta frente al edificio del Parlamento israelí en Jerusalem lleve esta inscripción: “No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho el Señor de los ejércitos.” (Zacarías 4:6). Aquellos pioneros serían quienes devolverían a la tierra de los padres su productividad agrícola, limpiando los pozos y conductos del agua, sanando las tierras, y reedificando sus ciudades, conforme a los designios de Dios y el modelo de su Palabra:

“Vosotros también, hijos de Sión, alegraos y gozaos en el Señor vuestro Dios; porque os dado la primera lluvia a su tiempo, y hará descender sobre vosotros lluvia temprana y tardía como al principio. Las eras se llenarán de trigo, y los lagares rebosarán de vino y aceite. Y os restituiré los años que comió la oruga, el saltón, el revoltón y la langosta, mi gran ejército que envié contra vosotros. Comeréis hasta saciaros, y alabaréis el nombre del Señor vuestro Dios, el cual hizo maravillas con vosotros; y nunca jamás será mi pueblo avergonzado. Y conoceréis que en medio de Israel estoy yo, y que yo soy el Señor vuestro Dios, y no hay otro; y mi pueblo nunca jamás será avergonzado.” (Joel 2:23-27).

Después de todos los esfuerzos realizados por evangelizar a los judíos, empresa en la que la cristiandad gentil hemos cometido crímenes horribles, desmanes, despropósitos y atrocidades sin nombre, en el testimonio de la mayoría de los hebreos que hoy reconocen a Jesús como su Mesías, que ha de venir, afirman que fue el Espíritu del Señor quien reveló esta maravilla en sus corazones. ¿Acaso ha sido de otro modo en todos nosotros?²⁰¹ La profecía bíblica claramente señala que para ser llenos del Espíritu Santo, el Señor ha decidido que primeramente Israel ha de volver a su tierra, la cual el Eterno les dio en perpetuidad, y después ésta ha de ser restaurada mediante el trabajo y el esfuerzo del Señor a través de su pueblo, como en los tiempos antiguos. Y entonces estarán preparados para recibir la plenitud del Consolador:

“Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carene el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y

²⁰⁰ “Menorá”: La lámpara del santuario. Candelabro de seis brazos y siete luces que representa la lámpara que permanecía en el Lugar Santo en el templo de Jerusalem. (Ver Éxodo 25:31-40; 37:17-24; Números 8:1-4; Mateo 5:15; Marcos 4:21; Lucas 8:16; 11:33; Apocalipsis 1:12; 2:5). Una versión de ocho brazos, nueve luces comprendido el “shamash” (“testigo”), del que se toma el fuego para prender las luces de los brazos, es la llamada “janukiá”, que se emplea durante la celebración de la fiesta de Januká, en la que se conmemora la victoria de los macabeos sobre los invasores griegos, bajo las órdenes del sanguinario pagano Antíoco Epifanes IV, y la rededicación del templo. Comoquiera que el aceite no contaminado duró milagrosamente durante los ocho días necesarios para que los sacerdotes elaboraran el nuevo aceite con que ungir y consagrar el templo y todos sus utensilios, se estableció la fiesta en que se conmemora el milagro encendiendo una luz del candelero cada noche.

²⁰¹ Mateo 16:16-17.

pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra. Habitaréis en la tierra que di a vuestros padres, y vosotros me seréis por pueblo, y yo seré a vosotros por Dios.” (Ezequiel 36:25-28).

“Por tanto, profetiza, y diles: Así ha dicho el Señor: He aquí yo abro vuestros sepulcros, pueblo mío, y os haré subir de vuestras sepulturas, y os traeré a la tierra de Israel. Y Sabréis que yo soy el Señor, cuando abra vuestros sepulcros, y os saque de vuestras sepulturas, pueblo mío. Y pondré mi Espíritu en vosotros, y viviréis, y os haré reposar sobre vuestra tierra; y sabréis que yo el Señor hablé, y lo hice, dice el Señor.” (Ezequiel 37:12-14).

Unas palabras finales sobre dos textos obviados por muchos cristianos, y que están estrechamente relacionados con el tema que nos ha venido ocupando en este trabajo: El primero de ellos es: “Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención.” (Efesios 4:30). El contexto de estas palabras demuestra claramente que nada contrista, es decir, nada sume en profundísima tristeza al Santo Consolador como el que los hermanos nos maltratemos unos a otros:

“Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes... Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, griterío y maledicencia, y toda malicia. Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también or perdonó a vosotros en Cristo.” (Efesios 4:29, 31-32).

El segundo de los textos es: “No apaguéis al Espíritu”. (1ª Tesalonicenses 5:19). En este caso el contexto es también el maltrato a los hermanos, la falta de reconocimiento a las autoridades delegadas por el Señor en su Iglesia, la resultante falta de gozo, el abandono de la práctica de la oración, el olvido de la gratitud, el menosprecio de las profecía, y el descuido en la abstención de toda clase de mal.²⁰²

La bendita Persona del Espíritu Santo, con sus dones, ministerios y operaciones, siempre y sin excepción, está relacionada con nuestro andar en el amor de Dios: “Andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante.” (Efesios 5:2).

No busquemos la explicación en ninguna otra causa o razón. Quienes se quejan de no sentir al Señor, de no apreciar su presencia, deben leer detenidamente y en actitud de oración todo el contexto de los pasajes citados anteriormente. El Santo Consolador no nos abandona cada vez que los discípulos de Jesús hacemos algo que no le complace. El Señor ha prometido: “No te desampararé, ni te dejaré.” (Hebreos 13:5).²⁰³ El Espíritu Santo no nos deja. Gracias a ello podemos proceder al arrepentimiento y la confesión de nuestros pecados. Sin embargo, podemos

²⁰² 1ª Tesalonicenses 5:12-24.

²⁰³ Ver también Deuteronomio 31:6,8; Josué 1:5.

tener la certeza de que el Espíritu Santo se oculta cuando no puede gloriarse en nuestra vida. El Santo Consolador, contristado, se retira en lo más recóndito de nuestra ser, al comprobar que nuestro proceder no corresponde a la dignidad del llamamiento que Él nos ha hecho. Por eso se nos insta en las Escrituras a que le busquemos con prontitud, con integridad y diligencia:

“Yo amo a los que me aman, y me hallan los que temprano me buscan... Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardónador de los que le buscan.” (Proverbios 8:17; Hebreos 11:6).²⁰⁴

Apagamos al Espíritu cuando vivimos en desobediencia. No hay otra principal causa de infelicidad. Tristemente, para muchos cristianos no existen las Escrituras donde se nos dice: “Acordaos de vuestros pastores, que os hablaron la palabra de Dios; considerad cuál haya sido el resultado de su conducta, e imitad su fe. Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos... Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso.” (Hebreos 13:7-8, 17). Quienes ignoran o rechazan la idea de que el Buen Pastor ha establecido pastores para representarle en medio del rebaño de Dios, no sólo no progresan en la vida cristiana, sino que al apagar al Espíritu, viven vidas empobrecidas espiritualmente, frustrados y amargados, con enormes dificultades en el establecimiento y mantenimiento de buenas relaciones con otros hermanos en la fe de Cristo, y no digamos con los de afuera.

Concluiremos con unos textos en los que la distinción entre el bautismo del creyente por el Espíritu Santo en el cuerpo de Cristo, el sello del Espíritu, y la llenura o bautismo en o con el Santo Espíritu, quedan claramente expresados:

“En él -el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo- también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de vuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria.” (Efesios 1:13-14).

“Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu.” (1ª Corintios 12:13).

“Respondió Jesús y le dijo: Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna.” (Juan 4:13-14).

“Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado.” (Juan 7:37-39).

²⁰⁴ Ver también Salmo 27:4; 40:16; Proverbios 28:5; Isaías 55:6; Oseas 5:15.

Joaquín Yebra

LA VIGENCIA DEL DON DE LENGUAS PARA HOY.

J.Y.
Abril, 2004.

X - Bibliografía.

- * Bruce, F.F., “Primera y Segunda Epístola a los Corintios”, New Century Bible, Oliphants, Londres, Reino Unido, 1971.
- * Selwyn, E.G., “The First Epistle of Peter”, The MacMillan Press Ltd., Londres, Reino Unido, 1974.
- * Meyer, Joyce, “Knowing God Intimately”, Warner Books, Inc., New York, USA, 2003.
- * R. Ederly, Marcos, “Torá: traducción, supervisión, selección exegética, notas y comentarios”, 2ª ed., Editorial Sinai, Tel Aviv, Israel, 1994.
- * “Paraclete”, Springfield, Missouri, USA, años 1974-1985.
- * “Refreshing Times Newsletter”, Holy Spirit Renewal Ministries in American Baptist Churches, June 2002.
- * Evans, Ernest, D.D., “Tertulian’s Homilies. Translation and commentary”, S.P.C.K., Londres, Reino Unido, 1964.
- * M. Grant, Robert, “Second Century Christianity: A Collection of Fragments”, S.P.C.K., Londres, Reino Unido, 1957.
- * Slosser, Bob, “A Man called Mr. Pentecost”, Logos International, Plainfield, New Jersey, USA, 1977.
- * “Encyclopedia Britannica”, ed. CD., 1998.
- * “The New Caxton Encyclopedia”, The Caxton Publishing Company, International Learning Systems Corporation, London, England, 1972.
- * “Enciclopedia de la Biblia”, Ediciones Garriga, S.A., Barcelona, España, 2ª ed., 1969.
- * “Ante Nicene Fathers”, ed. Alexander Roberts y James Donaldson, William B. Eerdmans Publishing Company, reprint of Edinburg Edition, 1969-1973.
- * “A Selected Library of Nicene and Post-Nicene Fathers of the Christian Church”, ed. Philip Schaff, D.D., LL.D., William B. Eerdmans Publishing Company, Grand Rapids, Michigan, USA, 1979.

- * “The Expositor’s Bible Commentary”, Zondervan Publishing House, Grand Rapids, Michigan, USA, 1978.
- * Marshall, Alfred, “The R.S.V. Interlinear Greek-English New Testament: The Nestle Greek Text with a Literal English Translation”, Samuel Bagster and Sons Limited, Londres, Reino Unido, 3ª ed., 1975.
- * “Pocket Interlinear New Testament”, ed. Jay P. Green, Sr., Alpha & Omega Associated Publishers and Authors, Inc., Lafayette, Indiana, USA, 1979.
- * “Biblia de Estudio Pentecostal, Nueva Versión Internacional”, Editorial Vida, Miami, Florida, USA, 1991.
- * “Biblia Textual: El Nuevo Testamento”, Sociedad Bíblica Iberoamericana, Capellades, Barcelona, España, 2001.
- * Reina-Valera 1960, “Santa Biblia”, Sociedades Bíblicas Unidas.
- * Ortiz V., Pedro, “Concordancia Manual y Diccionario Griego-Español del Nuevo Testamento”, Sociedad Bíblica, Madrid, España, 1997.
- * Ortiz V., Pedro, “Léxico Hebreo-Español y Arameo-Español”, Sociedad Bíblica, Madrid, España, 1977.
- * “Talmud de Babilonia”, Editorial Paidós, Buenos Aires, Argentina, 1989.
- * “Clave Lingüística del Nuevo Testamento Griego”, Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos, Ediciones La Aurora, Buenos Aires, Argentina, 1986.
- * “Enciclopedia del Mundo Bíblico”, Plaza & Janés, S.A., Editores, Barcelona, España, 1970.
- * Casares, Julio, “Diccionario Ideológico de la lengua Española”, Editorial Gustavo Gili, S.A., Barcelona, España, 1990.
- * “Webster’s New World Dictionary of the American Language”, 2nd. College Edition, The World Publishing Company, New York and Cleveland, USA, 1970.
- * “Theological Dictionary of the New Testament”, Gerhard Kittel, ed., William Eerdmans Publishing Company, Grand Rapids, Michigan, USA, 1983.
- * Chavez, Moisés, “Diccionario de Hebreo Bíblico”, Editorial Mundo Hispano, El Paso, Texas, USA, 1992.
- * “Theological Wordbook of the Old Testament”, Ed. R. Laird Harris, Gleason L. Archer, Jr.,

Bruce K. Waltke, Moody Press, Chicago, USA., 1980.

* “The New Brown-Driver-Brigs-Gesenius Hebrew-English Lexicon”, Hendrickson Publishers Inc., Peabody, Massachusetts, USA, 1979.

* Davidson, Benjamin, “The Analytical Hebrew and Chaldee Lexicon”, Hendrickson Publishers Inc., Lynn, Massachusetts, USA, 1981.

* Thayer, JoseHenry, “The New Thayer’s Greek-English Lexicon”, Christian Copyrights Inc., Alpha & Omega Publishers and Authors, Lafayette, Indiana, USA, 1981.

* “Diccionario del Hebreo y Arameo Bíblicos”, Ediciones La Aurora, Buenos Aires, Argentina, 1982.